



S. K. WALLACE

EL GUERRERO  
Y  
LA HECHICERA  
Hermanos MacLeod, 2

# Índice

[El guerrero y la hechicera El guerrero y la hechicera](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras historias de S. K. Wallace](#)

# **El guerrero y la hechicera**

Hermanos MacLeod, 2

S. K. Wallace

# Sinopsis

## El Guerrero y la Hechicera

En las salvajes y misteriosas Highlands escocesas, Malcolm MacLeod, un guerrero temido y respetado, es conocido por su destreza en la batalla y su lealtad inquebrantable a su clan. Pero cuando una emboscada lo deja al borde de la muerte, su única esperanza recae en las manos de Fiona MacTavish, la enigmática "hechicera" del pueblo, una mujer que ha vivido toda su vida al margen de la sociedad, guiada por antiguos conocimientos y misterios ancestrales.

Fiona, temida y respetada por igual, lleva una vida solitaria, dedicada a la curación y a las prácticas celtas que tanto valora. Cuando los hombres de Malcolm la imploran para que lo salve, Fiona se enfrenta a una decisión que podría cambiar su destino para siempre. Lo que comienza como un acto de compasión se transforma en un vínculo inquebrantable, cuando el guerrero y la hechicera descubren una atracción irresistible que amenaza con desmoronar las barreras que han construido alrededor de sus corazones.

Pero el camino hacia el amor está plagado de desafíos. Los rumores sobre la relación entre Malcolm y Fiona se extienden por el pueblo, alimentando la superstición y el miedo. Y mientras los enemigos acechan desde las sombras, el clan MacLeod se enfrenta a una amenaza que podría destruirlos a todos.

*\*El Guerrero y la Hechicera\** es una apasionante novela de amor y redención, donde dos almas marcadas por el destino se unen para enfrentar los prejuicios de una sociedad temerosa y luchar por un amor que trasciende el tiempo y las tradiciones. Una historia llena de sensualidad, emociones y un misticismo envolvente, que te llevará a las tierras escocesas donde lo mágico y lo real se entrelazan en un relato inolvidable.

# Prólogo: La Batalla Inesperada

El cielo sobre las Highlands se teñía de tonos oscuros mientras el sol descendía, dejando atrás un resplandor anaranjado que se desvanecía rápidamente. La llanura, normalmente tranquila bajo el manto de la noche, se había convertido en un campo de batalla donde el sonido del acero chocando y los gritos de los hombres rompían la calma que solía reinar en esos parajes.

Malcolm MacLeod, el segundo hermano de los MacLeod, lideraba a sus hombres con la fiereza de un lobo defendiendo su territorio. Su espada brillaba a la luz moribunda del día, cortando el aire y derribando a los bandidos que habían osado invadir las tierras del clan. Su presencia, imponente y letal, infundía tanto miedo como respeto. A pesar de estar superados en número, Malcolm y sus hombres luchaban con la determinación de quienes no tienen otra opción más que vencer.

—¡Mantened la línea! —gritó Malcolm, su voz resonando sobre el fragor de la batalla. Sus ojos oscuros se movían con rapidez, evaluando la situación, anticipando cada movimiento de sus enemigos.

El combate era feroz, y los bandidos, desesperados y sin nada que perder, luchaban con una violencia salvaje. Pero Malcolm, con su experiencia y su destreza, parecía invencible. Cada golpe de su espada era preciso, cada movimiento calculado. Sin embargo, en medio del caos, incluso los guerreros más experimentados son vulnerables a la traición del azar.

Mientras giraba para bloquear el ataque de un bandido que se abalanzaba sobre él, Malcolm vio con el rabllo del ojo a uno de sus hombres, un joven que apenas había visto su primera batalla, tambalearse y caer al suelo. Un bandido se cernía sobre el muchacho, su espada levantada para dar el golpe final. Sin pensarlo, Malcolm se lanzó hacia él, apartando al joven con un empujón y bloqueando el golpe con su propia espada.

El sonido del metal contra metal resonó en sus oídos, pero antes de que pudiera reaccionar, sintió un dolor agudo en su costado. Giró la cabeza justo a tiempo para ver a otro bandido, más astuto, que había aprovechado su distracción para clavarle una daga profundamente en el costado. Malcolm gruñó, el dolor lacerante recorriendo su cuerpo, pero no cayó. Con un rugido de furia, despachó al atacante con un golpe mortal, antes de dar un paso atrás, tambaleándose.

Sus hombres, al ver a su líder herido, redoblaron sus esfuerzos, luchando con una fiereza renovada. Los bandidos, viendo que la batalla se volvía en su contra, comenzaron a dispersarse, huyendo hacia la oscuridad que caía rápidamente sobre la llanura. La victoria estaba asegurada, pero el precio había sido alto.

Malcolm, con la vista nublada por el dolor, vio a sus hombres correr tras los bandidos que huían, pero su preocupación no estaba en los que escapaban, sino en el joven guerrero que había

salvado. Con un esfuerzo sobrehumano, caminó hasta él, viendo que el muchacho estaba vivo, solo inconsciente. Al menos, su sacrificio no había sido en vano.

Pero su propio cuerpo ya no le respondía. El dolor en su costado era insoportable, y sentía cómo la sangre empapaba su ropa, caliente y pegajosa. Dio un paso más, intentando mantenerse en pie, pero sus fuerzas lo abandonaron. Todo a su alrededor comenzó a desvanecerse en una oscuridad densa y sofocante. Lo último que escuchó antes de caer fue el grito desesperado de uno de sus hombres llamando a su nombre.

Malcolm se desplomó en el suelo, su espada resbalando de su mano, y la inconsciencia lo envolvió como un manto.

\*\*\*

Cuando Malcolm abrió los ojos, la oscuridad de la noche ya se había instalado por completo, pero el dolor agudo en su costado seguía recordándole su vulnerabilidad. Sus hombres lo habían rodeado, y podía ver la preocupación en sus rostros mientras discutían en susurros apresurados.

—No podemos perderlo —dijo uno de ellos, la desesperación teñida en su voz—. El Laird no lo permitiría.

Otro asintió con gravedad. —Debe haber algo que podamos hacer. No podemos dejarlo morir aquí.

Fue entonces cuando uno de los guerreros más veteranos, un hombre mayor con cicatrices que atestiguaban las muchas batallas que había librado, habló con voz firme. —Hay una persona que podría salvarlo. Fiona MacTavish.

El nombre cayó como un susurro cargado de misticismo. Fiona MacTavish, la "hechicera" del pueblo. Algunos la respetaban, otros la temían, pero todos sabían que sus conocimientos iban más allá de la simple curación. Decir que era una curandera sería quedarse corto; su sabiduría se remontaba a tiempos ancestrales, y los rumores de su poder habían llegado a todos los rincones de las Highlands.

—¿Estáis loco? —exclamó uno de los hombres más jóvenes—. No podemos llevarlo a ella. ¿Y si no lo salva? ¿Y si decide hacerle daño?

El veterano lo miró con severidad. —¿Preferís que muera aquí, en este campo de batalla? Fiona puede ser nuestra única esperanza. Debemos intentarlo.

La determinación en las palabras del hombre convenció al resto. Sabían que el tiempo no estaba de su lado, y con cada minuto que pasaba, Malcolm perdía más sangre, su vida escapando lentamente de su cuerpo. No había otra opción. Decidieron que llevarían a Malcolm a Fiona, con la esperanza de que su poder pudiera salvarlo de una muerte segura.

Con cuidado, levantaron el cuerpo de Malcolm, intentando no agravar más la herida. La oscuridad de la noche les proporcionaba cierta cobertura mientras se adentraban en el bosque,

siguiendo el sendero que llevaba a la cabaña de Fiona, un lugar que muchos evitaban por temor a lo desconocido.

El bosque estaba en silencio, con solo el crujido de las ramas bajo sus pies y el susurro del viento entre los árboles acompañando su avance. La luna, casi llena, los guiaba, su luz plateada creando sombras que parecían moverse con vida propia. Los hombres, aunque valientes en batalla, sentían un temor reverencial al acercarse a la morada de la hechicera.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, llegaron a un claro en medio del bosque. Allí, bañada por la luz de la luna, se alzaba la cabaña de Fiona. Era una construcción sencilla, hecha de piedra y madera, con un tejado de paja, pero había algo en ella que la hacía parecer más antigua, más poderosa, que cualquier otro lugar en esas tierras.

Uno de los hombres se adelantó y golpeó la puerta con suavidad, dudando si sería prudente llamar con más fuerza. El silencio que siguió fue pesado, hasta que finalmente la puerta se abrió con un crujido, revelando a Fiona en el umbral.

Era una mujer joven, más de lo que muchos esperaban, con el cabello oscuro cayendo en cascada sobre sus hombros y unos ojos verdes que parecían brillar con una luz propia. Su expresión era serena, pero sus ojos revelaban una inteligencia aguda, como si pudiera ver más allá de lo que era visible.

—Traedlo dentro —dijo Fiona, sin un atisbo de sorpresa en su voz, como si ya supiera que vendrían.

Los hombres obedecieron, llevando a Malcolm al interior de la cabaña y colocándolo con cuidado en una cama que Fiona señaló. La cabaña estaba decorada con hierbas secas colgadas del techo, frascos de vidrio llenos de extraños ungüentos, y libros antiguos apilados en estanterías de madera. El aire olía a tierra, a hojas frescas y a algo más, algo que ninguno de los hombres podía identificar.

Fiona se acercó a Malcolm, observando la herida con una calma que contrastaba con la gravedad de la situación. Colocó una mano sobre su costado, cerrando los ojos por un momento, como si estuviera sintiendo algo más allá de la carne y la sangre.

—La herida es profunda, pero no imposible de curar —dijo finalmente, abriendo los ojos y mirando a los hombres que la rodeaban—. Dejadme hacer mi trabajo. Necesitaré tiempo y silencio.

Los hombres asintieron, retrocediendo hacia la puerta, pero antes de que pudieran salir, Fiona los detuvo con un gesto de la mano.

—Uno de vosotros debe quedarse —dijo, su mirada fija en el hombre mayor que había sugerido traer a Malcolm—. Necesitaré ayuda, y confío en que tú serás capaz de darla.

El hombre asintió con gravedad, sabiendo que su deber no había terminado. Los demás salieron

de la cabaña, dejando a Fiona y al veterano con Malcolm, cuya respiración se hacía más débil con cada minuto que pasaba.

Fiona se inclinó sobre Malcolm, comenzando a trabajar con una precisión que solo alguien con su conocimiento y experiencia podía tener. Sus manos se movían con rapidez, aplicando ungüentos, rec

itando palabras en un idioma antiguo que los hombres del clan no entendían, pero que sentían en sus huesos.

El veterano, aunque había visto muchas cosas en su vida, no podía evitar sentirse impresionado por la destreza de Fiona. Había oído rumores sobre sus habilidades, pero verlas en acción era algo completamente diferente. Sabía que, aunque las posibilidades eran escasas, Malcolm estaba en las mejores manos posibles.

La noche avanzó lentamente, cada minuto arrastrándose mientras Fiona trabajaba incansablemente. El veterano observaba en silencio, ayudando cuando se lo pedía, pero sin interferir. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Fiona se apartó de Malcolm, susurrando una última palabra antes de cubrirlo con una manta.

—Vivirá —dijo con voz tranquila, pero firme—. Pero necesitará tiempo para recuperarse.

El veterano dejó escapar un suspiro de alivio, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento. Sabía que Malcolm había estado al borde de la muerte, y que sin Fiona, probablemente no habría sobrevivido.

—Gracias —dijo, su voz ronca por la emoción contenida.

Fiona asintió, pero su expresión seguía siendo enigmática. —El tiempo dirá si mi intervención fue suficiente. Ahora, descansa. Lo vigilaremos durante la noche.

El veterano se sentó en una silla cercana, observando a Malcolm, que respiraba con más regularidad, aunque aún estaba pálido y débil. Sabía que la batalla no había terminado, pero al menos, por ahora, su líder estaba a salvo.

Y mientras la noche seguía su curso, en la cabaña de Fiona MacTavish, el guerrero y la hechicera se encontraron unidos por el destino, en un momento que marcaría el comienzo de una historia que cambiaría sus vidas para siempre.

# Capítulo 1: La Curandera Solitaria

El bosque que rodeaba la cabaña de Fiona MacTavish estaba envuelto en un silencio sereno, roto solo por el susurro del viento que pasaba entre las ramas de los árboles altos y el canto lejano de algún pájaro nocturno. La cabaña, construida de piedra y madera, estaba apartada del pueblo, oculta entre los árboles y las colinas que bordeaban las tierras del clan MacLeod. Para algunos, era un lugar de misterio, para otros, de temor. Pero para Fiona, era su hogar, un refugio donde la naturaleza y la soledad le ofrecían la paz que había buscado toda su vida.

Fiona vivía en armonía con su entorno, dedicando sus días a la recolección de hierbas, la preparación de ungüentos y pociones, y el estudio de los antiguos textos de curación que su madre le había dejado. Cada rincón de la cabaña estaba impregnado de su trabajo, con ramos de plantas secándose colgados del techo, frascos de vidrio llenos de mezclas aromáticas en las estanterías, y pergaminos con recetas y fórmulas esparcidos sobre la mesa de madera en el centro de la habitación.

A pesar de su conocimiento y habilidades, Fiona llevaba una vida solitaria. Era una elección que había hecho después de años de ser tratada con desconfianza por los demás. La gente del pueblo la respetaba, pero también la temían. Su habilidad para curar enfermedades y salvar vidas había sido vista por algunos como un don divino, pero por otros como algo más oscuro, algo que no comprendían y, por lo tanto, rechazaban. Fiona había aprendido a aceptar su aislamiento, encontrando consuelo en la naturaleza y en el trabajo que hacía para ayudar a los pocos que se atrevían a buscar su ayuda.

Esa noche, mientras el crepúsculo daba paso a la oscuridad, Fiona estaba en la cabaña, concentrada en mezclar una nueva fórmula de ungüento para las quemaduras. La luz de las velas parpadeaba suavemente, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra. El aroma de las hierbas llenaba el aire, una mezcla calmante de lavanda, salvia y romero que la envolvía en una sensación de tranquilidad. Sin embargo, una inquietud latente perturbaba su calma habitual, un presentimiento que no podía ignorar.

De repente, un golpe suave pero urgente en la puerta rompió el silencio. Fiona levantó la cabeza, su corazón acelerándose ligeramente. Rara vez recibía visitas, y mucho menos a esas horas de la noche. Colocó con cuidado el ungüento sobre la mesa y se dirigió a la puerta, sus pasos apenas audibles sobre el suelo de madera.

Cuando abrió la puerta, la vista que la recibió la dejó sin aliento. Frente a ella estaban tres hombres, todos con las ropas manchadas de sangre y los rostros tensos por la preocupación. Entre ellos, sostenido con cuidado pero con evidente urgencia, estaba Malcolm MacLeod, su cuerpo inerte y pálido por la pérdida de sangre. Sus ojos estaban cerrados, y su respiración, apenas perceptible.

Fiona sintió un nudo en el estómago. Conocía a Malcolm de nombre, como la mayoría en esas

tierras. Sabía que era un guerrero feroz, el segundo al mando de los MacLeod, y un hombre que muchos temían y respetaban por igual. Pero también sabía que su llegada a su puerta traía consigo un dilema que no podía tomar a la ligera.

—Por favor, señorita Fiona, ayudadnos —imploró el hombre mayor que sostenía a Malcolm—. Está gravemente herido. Vos sois nuestra única esperanza.

Fiona observó el rostro de Malcolm, buscando signos de vida, de alguna promesa de recuperación. La herida en su costado estaba maltratada, y la sangre seguía fluyendo lentamente, tiñendo de rojo oscuro sus ropas. Sus manos, acostumbradas a evaluar heridas y dolencias, ya comenzaban a calcular lo que se necesitaría para salvarlo. Pero su mente vacilaba.

Sabía que si Malcolm moría bajo su cuidado, las repercusiones serían graves. Aunque había ayudado a muchos en el pasado, nunca había tenido a alguien tan influyente y conocido bajo su responsabilidad. Si no lograba salvarlo, las sospechas y el temor hacia ella solo aumentarían. Pero más allá de eso, estaba el hecho de que no podía ignorar a un hombre moribundo en su puerta, no importaba quién fuera.

Fiona respiró hondo, obligándose a calmar la tormenta de pensamientos en su mente. No era momento para dudas. —Traedlo dentro —dijo finalmente, con una voz que, aunque suave, no admitía réplica.

Los hombres entraron en la cabaña, llevándolo con cuidado hasta la cama que Fiona había preparado para los enfermos que atendía. Lo colocaron con delicadeza, aunque sus manos temblaban ligeramente por la tensión del momento. Fiona se acercó, evaluando la situación con una mirada rápida y eficiente.

—Necesitaré que me dejéis trabajar sola —dijo Fiona, su tono profesional y firme—. Volved al amanecer. Entonces os diré si ha sobrevivido la noche.

Los hombres dudaron, pero el tono de Fiona y la desesperación en sus corazones les hizo obedecer. Sabían que no había más que pudieran hacer, y aunque les costaba dejar a su líder en manos de alguien que consideraban tan enigmática, no tenían otra opción.

—Confiamos en vos, señorita Fiona —dijo el hombre mayor antes de salir, con una reverencia de agradecimiento—. Que Dios esté con vos.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Fiona se volvió hacia Malcolm, que yacía inconsciente en la cama, su rostro aún marcado por la batalla. Su respiración era irregular, y su piel comenzaba a mostrar un tono grisáceo que indicaba la gravedad de su condición.

Fiona se arrodilló junto a la cama, apartando con cuidado la tela empapada de sangre que cubría la herida. Al ver la profundidad del corte y la extensión del daño, su preocupación creció. La herida estaba infectada, y la pérdida de sangre había debilitado a Malcolm hasta el punto en que cualquier otro hombre podría haber sucumbido ya.

—Eres un guerrero fuerte, Malcolm MacLeod —susurró Fiona, casi para sí misma—. Pero necesitarás algo más que fuerza para sobrevivir a esto.

Con manos expertas, comenzó a limpiar la herida con agua tibia y un paño, lavando la sangre seca y las impurezas. Luego, preparó un ungüento especial, mezclando hierbas con propiedades antisépticas y curativas en una pasta espesa que aplicó con cuidado sobre el corte. Mientras trabajaba, recitó en voz baja antiguos conjuros de sanación, palabras que habían sido transmitidas de generación en generación, llenas de un poder que trascendía el conocimiento de las hierbas.

El tiempo pareció detenerse mientras Fiona trabajaba, su concentración absoluta en la tarea que tenía entre manos. Sabía que, más allá de sus habilidades, necesitaba suerte y la voluntad de Malcolm para sobrevivir. El calor del fuego en la chimenea llenaba la cabaña, pero no podía ahuyentar la sombra de la muerte que acechaba cerca.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Fiona terminó de atender la herida. Vendó cuidadosamente el costado de Malcolm, asegurándose de que la presión fuera suficiente para detener el sangrado sin causar más daño. Se sentó en una silla junto a la cama, su mirada fija en el rostro del guerrero. Aunque su trabajo físico había terminado, la verdadera prueba apenas comenzaba. Solo el tiempo diría si su intervención había sido suficiente para salvarlo.

La cabaña estaba en silencio, salvo por el crujido ocasional de la madera en el fuego. Fiona no podía apartar la vista de Malcolm, observando cada leve movimiento de su pecho, cada suspiro débil que escapaba de sus labios. Había visto a muchos hombres en situaciones similares, pero había algo en Malcolm que la inquietaba, una conexión que no entendía del todo.

—No te rindas, Malcolm —murmuró, su voz apenas un susurro en la penumbra—. Lucha. Hay mucho por lo que vivir aún.

Las horas pasaron lentamente, cada minuto una eternidad para Fiona mientras vigilaba a su paciente. A pesar de su resistencia natural a formar lazos emocionales, no podía evitar sentir una creciente preocupación por el hombre que yacía ante ella. Sabía que había hecho todo lo posible, pero el resto dependía de él.

Finalmente, cuando el primer rayo de sol comenzó a filtrarse a través de las ventanas de la cabaña, Malcolm dejó escapar un suspiro más profundo, y su respiración se hizo más regular. Fiona sintió un alivio abrumador al ver que el color volvía lentamente a su rostro. El peligro no había pasado del todo, pero al menos había sobrevivido la noche, y eso era un pequeño milagro en sí mismo.

Fiona se permitió cerrar los ojos por un momento, agotada tanto física como emocionalmente. Pero antes de que pudiera relajarse del todo, sintió una mano débil que la tocaba. Abrió los ojos de golpe, encontrándose con la mirada entreabierta de Malcolm, sus ojos os

curos enfocándose en ella con una mezcla de confusión y agradecimiento.

—Tú... —comenzó Malcolm, su voz ronca por el esfuerzo—. Me has salvado...

Fiona asintió, sus propios ojos llenándose de lágrimas que se negó a dejar caer. —Has tenido suerte, Malcolm MacLeod. Pero aún no estás fuera de peligro.

Malcolm intentó sonreír, aunque el esfuerzo le costaba. —Gracias... Fiona.

El sonido de su nombre en los labios de Malcolm la sorprendió, como si fuera la primera vez que alguien lo pronunciaba con tanta intimidad. Fiona sintió que algo se movía dentro de ella, un sentimiento que había enterrado durante mucho tiempo. Pero lo apartó, enfocándose en lo que quedaba por hacer.

—Descansa, Malcolm. Necesitarás todas tus fuerzas para sanar —dijo Fiona, suavemente.

Malcolm cerró los ojos, dejándose llevar nuevamente por el sueño, pero esta vez, su respiración era tranquila, casi pacífica.

Fiona se quedó a su lado, vigilándolo mientras la luz del día comenzaba a llenar la cabaña. Sabía que el camino hacia la recuperación sería largo, pero en ese momento, sentía que había algo más en juego, algo que aún no podía nombrar. Y mientras observaba al guerrero que había jurado proteger a su clan, Fiona se preguntó si no era ella la que realmente necesitaba ser salvada.

## Capítulo 2: Entre la Vida y la Muerte

La cabaña de Fiona estaba envuelta en un silencio inquietante, roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea y los débiles murmullos que escapaban de los labios de Malcolm. Afuera, la noche se había instalado completamente, arrojando el bosque en una negrura impenetrable. Sin embargo, dentro de esas cuatro paredes de piedra, el tiempo parecía haberse detenido, suspendido entre la vida y la muerte, mientras Fiona luchaba con todas sus fuerzas por salvar al hombre que yacía ante ella.

Desde el momento en que los hombres de Malcolm lo habían dejado en sus manos, Fiona no había descansado ni un instante. Cada movimiento era preciso, cada acción estaba cargada de una intención que iba más allá de la simple curación. Mientras preparaba las hierbas y los ungüentos, su mente estaba en una especie de trance, conectada a una sabiduría que había heredado de su madre, de su abuela, y de las mujeres que habían venido antes que ellas.

La herida en el costado de Malcolm era profunda y traicionera. Aunque había logrado detener el sangrado, la infección había comenzado a propagarse, amenazando con consumirlo desde dentro. Fiona sabía que debía actuar rápido, pero también con cuidado. Las hierbas que había aplicado anteriormente habían hecho su trabajo para limpiar la herida y calmar la fiebre, pero ahora necesitaba algo más potente, algo que solo podría preparar con una mezcla precisa de plantas raras y rituales que requerían una concentración absoluta.

Con movimientos rápidos y decididos, Fiona buscó entre sus estantes los ingredientes que necesitaba. Lavanda para calmar, milenrama para detener cualquier nuevo sangrado, y raíz de angélica para combatir la infección. Mientras mezclaba las hierbas en un cuenco de madera, susurró palabras en un idioma antiguo, un canto rítmico que resonaba con el poder de generaciones de curanderas. Su voz, aunque baja, llenaba la cabaña con una energía palpable, una fuerza que parecía envolver a Malcolm en un manto protector.

Mientras trabajaba, no podía evitar observar el rostro de Malcolm. A pesar de su palidez y la rigidez que el dolor imprimía en sus facciones, había algo en él que hablaba de una vida vivida con intensidad, de un hombre que no se rendía fácilmente. Sus cejas estaban fruncidas, como si aún en la inconsciencia estuviera luchando contra la oscuridad que amenazaba con llevarlo. Fiona sentía una extraña conexión con él, una conexión que iba más allá de la simple compasión por un paciente. Era como si algo en su alma resonara con la suya, despertando un instinto de protección que no podía ignorar.

Con el ungüento listo, Fiona se acercó a la cama donde Malcolm yacía inmóvil. Se arrodilló a su lado, aplicando la mezcla sobre la herida con cuidado, sus manos moviéndose con la precisión de alguien que conocía cada músculo, cada tejido bajo la piel. Mientras lo hacía, los labios de Malcolm se movieron, dejando escapar palabras apenas audibles, un murmullo que parecía surgir de lo más profundo de su ser.

—No... me dejes... —susurró Malcolm, su voz quebrada por el dolor y el delirio.

Fiona se detuvo un momento, sorprendida por la intensidad de esas palabras. No era la primera vez que trataba a un herido en esas condiciones, pero nunca antes había sentido algo tan fuerte como lo que estaba experimentando en ese momento. Había algo en la manera en que Malcolm pronunciaba esas palabras, como si estuviera hablando desde un lugar de vulnerabilidad que contrastaba profundamente con la imagen del guerrero implacable que todos conocían.

—No te dejaré, Malcolm —murmuró Fiona en respuesta, aunque sabía que él no podía oírla. Sus palabras eran más una promesa, una afirmación de su propia determinación.

Malcolm, sin embargo, siguió hablando en su delirio, sus palabras fragmentadas revelando retazos de sus miedos más profundos. —La batalla... no puedo... no puedo fallarles...

Fiona sintió un nudo en la garganta al escuchar la angustia en su voz. Podía ver en su mente el peso que Malcolm llevaba sobre sus hombros, la responsabilidad de proteger a su clan, de ser el guerrero que todos esperaban que fuera. Pero también veía algo más, una soledad oculta tras la fachada de fuerza, un temor de no estar a la altura de las expectativas, de fallar cuando más lo necesitaban.

Mientras aplicaba la última capa del ungüento, Fiona susurró suavemente, como si pudiera calmar sus pesadillas con sus palabras. —No estás solo, Malcolm. Eres más fuerte de lo que crees.

Las horas pasaron lentamente, y la noche dio paso a un amanecer grisáceo, iluminando suavemente la cabaña a través de las pequeñas ventanas. Fiona permaneció junto a Malcolm, observando cada cambio en su respiración, cada contracción involuntaria de sus músculos. Sabía que las próximas horas serían cruciales, que la vida de Malcolm pendía de un hilo.

Malcolm se agitaba de vez en cuando, como si luchara contra demonios invisibles. Su frente estaba perlada de sudor, y su piel alternaba entre caliente como el fuego y fría como el hielo. Fiona utilizaba paños húmedos para enfriar su frente, susurrando palabras de aliento, aunque sabía que él no podía escucharla. Sin embargo, esas palabras también eran para ella, un recordatorio de que no debía rendirse, de que había esperanza incluso en los momentos más oscuros.

De repente, Malcolm abrió los ojos, pero estos no parecían ver la realidad que lo rodeaba. Su mirada estaba perdida en algún lugar lejano, y cuando habló, su voz era apenas un susurro, cargada de dolor y desesperación.

—Padre... ¿Por qué...? —Su voz se quebró, y Fiona sintió una punzada en el corazón. La relación entre un padre y un hijo era sagrada, pero también podía ser una fuente de heridas profundas, cicatrices que nunca sanaban por completo.

Fiona no sabía mucho sobre la familia de Malcolm, pero podía intuir que había algo que lo atormentaba, algo relacionado con su padre, algo que quizás había llevado en silencio durante

años. ¿Era esto lo que lo hacía luchar tan ferozmente, lo que lo impulsaba a ser el guerrero que todos admiraban? ¿Era una búsqueda constante de aprobación, una lucha para demostrar su valía?

—Malcolm... —susurró Fiona, sin saber qué más decir. Quería alcanzarlo, sacarlo de esa oscuridad, pero no sabía cómo. Su voz era suave, calmante, como una melodía que intentaba guiarlo de vuelta a la realidad. —Estás a salvo aquí. No tienes que luchar solo.

Con esas palabras, Malcolm pareció calmarse, aunque sus ojos seguían cerrados. Su respiración, que había sido irregular y agitada, comenzó a estabilizarse, volviéndose más profunda y tranquila. Fiona, sintiendo que su presencia estaba marcando una diferencia, se inclinó más cerca, susurrando en su oído.

—Eres fuerte, Malcolm. Has superado mucho, y superarás esto también. No te rindas.

Malcolm dejó escapar un suspiro largo, como si algo dentro de él se hubiera liberado, y finalmente, su cuerpo se relajó por completo. Fiona permaneció a su lado, observando cómo la calma volvía a instalarse en él. Aún no estaba fuera de peligro, pero parecía haber cruzado una línea, como si su alma hubiera decidido seguir luchando, aferrándose a la vida con la misma determinación que mostraba en la batalla.

Fiona se permitió un breve momento de alivio, pero sabía que su trabajo aún no había terminado. Se levantó con cuidado, yendo hacia la mesa para preparar una infusión de hierbas que ayudaría a Malcolm a recuperar sus fuerzas. Mientras lo hacía, no podía evitar pensar en lo que había descubierto durante esas largas horas de vigilancia. Malcolm no era solo un guerrero; era un hombre con miedos, con heridas profundas que quizás iban más allá de lo físico.

Cuando regresó con la infusión, encontró a Malcolm despierto, sus ojos abiertos y enfocados en el techo de la cabaña. Parecía consciente, pero también confuso, como si no supiera exactamente dónde se encontraba. Fiona se sentó junto a él, ofreciéndole la taza caliente.

—Bebe esto. Te ayudará a recuperar tus fuerzas —dijo con suavidad, acercando la taza a sus labios.

Malcolm la miró con ojos llenos de una mezcla de gratitud y vulnerabilidad que la sorprendió. —Gracias... —murmuró, antes de tomar un pequeño sorbo de la infusión.

Fiona asintió, observándolo mientras bebía, asegurándose de que pudiera manejar la bebida sin problemas. Había algo en ese momento, algo que los conectaba de una manera que Fiona no podía explicar. Era como si, al salvarlo, hubiera tocado una parte de él que nadie más había visto.

—Debes descansar —dijo finalmente, retirando la taza cuando Malcolm terminó de beber—. Has estado entre la vida y la muerte, pero ahora estás en el camino de la recuperación. Tómate el tiempo que necesites.

Malcolm asintió débilmente, sus ojos comenzando a cerrarse nuevamente, esta vez no por el

agotamiento extremo, sino por el efecto calmante de la infusión. Fiona se levantó para dejarlo descansar, pero antes de que pudiera alejarse, sintió que Malcolm tomaba su mano.

—Fiona... —dijo, su voz apenas un susurro—. No sé cómo agradecerte esto. Nunca nadie...

Fiona apretó su mano suavemente, interrumpiéndolo. —No tienes que agradecerme, Malcolm. Solo descansa. Todo lo demás puede esperar.

Malcolm asintió, finalmente permitiendo que el sueño lo reclamara. Fiona lo observó por un momento más, asegurándose de que estaba tranquilo, antes de soltar su mano y retirarse en silencio.

Mientras la mañana avanzaba y el sol comenzaba a iluminar la cabaña, Fiona se dio cuenta de que algo había cambiado. No solo en Malcolm, sino también en ella misma. Había sentido la vulnerabilidad de un hombre que todos creían invencible, y eso había despertado en ella un deseo de protegerlo, de ayudarlo a sanar, no solo físicamente, sino en todos los aspectos de su ser.

Sabía que el camino por delante no sería fácil, ni para Malcolm ni para ella. Pero también sabía que estaban unidos por algo más que la necesidad de curación. Y aunque no podía prever el futuro, Fiona sentía que este encuentro marcaría el comienzo de algo que cambiaría sus vidas para siempre.

## Capítulo 3: El Despertar

El sol se filtraba tímidamente a través de las pequeñas ventanas de la cabaña, proyectando sombras suaves sobre las paredes de piedra. El aire estaba impregnado del aroma de hierbas frescas y la madera quemándose en la chimenea. El silencio del bosque se extendía hasta el interior de la cabaña, interrumpido solo por el leve crepitar del fuego.

Malcolm MacLeod abrió los ojos lentamente, sintiendo el peso del cansancio sobre sus párpados. Por un momento, no supo dónde estaba; su mente, aún nublada por la fiebre, intentaba orientarse en ese entorno desconocido. La última vez que había estado consciente, se encontraba en medio de un campo de batalla, con la sangre manchando sus manos y la oscuridad invadiendo su visión. Ahora, todo a su alrededor era tranquilo, casi irreal.

Parpadeó varias veces, su mirada enfocándose en el techo de madera sobre su cabeza, en las vigas que sostenían la estructura. El dolor en su costado, aunque amortiguado, era un recordatorio constante de la herida que había sufrido. Intentó moverse, pero su cuerpo se sentía pesado, como si cada músculo estuviera hecho de plomo. Con un esfuerzo titánico, logró girar la cabeza y sus ojos se posaron en una figura que estaba de pie al otro lado de la habitación.

Era una mujer, delgada y de rostro sereno, con el cabello oscuro cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. Sus manos se movían con precisión mientras trituraba unas hojas en un cuenco de madera. Malcolm la reconoció de inmediato, a pesar de que sus recuerdos eran confusos y fragmentados. Era Fiona MacTavish, la hechicera del pueblo.

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo. Había oído muchas cosas sobre Fiona, la mayoría de ellas envueltas en misterio y temor. La gente del pueblo hablaba de ella en susurros, algunos con respeto, otros con desconfianza. Se decía que tenía conocimientos que ningún otro poseía, habilidades que la conectaban con fuerzas que los demás no comprendían. Y ahora, estaba en su cabaña, vivo gracias a ella.

Pero a pesar de su agradecimiento, una parte de él no podía evitar desconfiar. Fiona era una figura enigmática, y aunque estaba claro que lo había salvado, Malcolm no estaba dispuesto a bajar la guardia. La vida de un guerrero le había enseñado a ser cauteloso, a no confiar ciegamente en nadie, por mucho que las circunstancias lo sugirieran.

Fiona debió sentir su mirada, porque levantó la cabeza de repente, encontrando sus ojos con los de Malcolm. Durante un breve momento, ninguno de los dos habló. Fiona fue la primera en romper el silencio.

—Veo que has despertado —dijo, con una voz suave pero firme—. Eso es una buena señal.

Malcolm intentó responder, pero su garganta estaba seca, y solo un débil gruñido salió de sus labios. Fiona pareció entender, y se acercó a él, llevando consigo un pequeño cuenco de agua. Se

sentó en el borde de la cama y, con cuidado, levantó su cabeza para que pudiera beber.

—Despacio —le advirtió—. Has estado inconsciente durante mucho tiempo. Tu cuerpo aún se está recuperando.

Malcolm obedeció, tomando pequeños sorbos mientras sus ojos nunca abandonaban los de Fiona. Había una calma en ella que le resultaba desconcertante, una especie de serenidad que contrastaba con todo lo que había vivido en los últimos días. Cuando terminó de beber, Fiona volvió a colocar el cuenco en la mesa y lo observó con una expresión que Malcolm no supo descifrar.

—¿Dónde estoy? —preguntó finalmente, su voz rasposa por la falta de uso.

—Estás en mi cabaña, en el bosque, cerca de las tierras del clan MacLeod —respondió Fiona—. Tus hombres te trajeron aquí después de la batalla. Estabas gravemente herido.

Malcolm asintió lentamente, recordando los momentos antes de que la oscuridad lo consumiera. —Lo recuerdo... —murmuró, más para sí mismo que para ella.

—Estabas al borde de la muerte cuando llegaste —continuó Fiona, sin apartar la vista de él—. Pero eres fuerte, Malcolm. Has luchado para sobrevivir, y eso ha hecho la diferencia.

Malcolm estudió su rostro, buscando algún indicio de sus intenciones. Pero Fiona era una mujer difícil de leer, sus ojos verdes eran como un lago en calma, revelando poco o nada de lo que podría estar pensando. A pesar de su agradecimiento, no podía evitar preguntarse por qué una mujer como ella había decidido salvarlo.

—¿Por qué? —preguntó de repente, sorprendiendo a ambos con la brusquedad de su tono.

Fiona parpadeó, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa. —¿Por qué qué? —replicó, aunque parecía saber exactamente a qué se refería.

—¿Por qué me salvaste? —La pregunta salió más como un desafío que como una curiosidad genuina, reflejando la desconfianza que aún sentía.

Fiona mantuvo su mirada, su expresión inalterada. —Porque es lo que hago, Malcolm. Cuido de los que necesitan ayuda. No podía dejarte morir.

Malcolm apretó los labios, insatisfecho con su respuesta, pero incapaz de refutarla. Aún así, el escepticismo no se disipaba. La vida en las Highlands le había enseñado que nada era tan simple, que siempre había algo más bajo la superficie.

Fiona pareció percibir su estado de ánimo, porque continuó hablando, su voz adoptando un tono más suave, casi conciliador. —Sé que es difícil confiar en alguien que no conoces, especialmente en alguien como yo, que tiene una reputación... particular. Pero te aseguro, Malcolm, que mis intenciones son solo ayudarte a sanar. No tengo ningún interés en hacerte daño.

Malcolm la observó en silencio por un largo momento, sopesando sus palabras. Sabía que ella decía la verdad, o al menos, parte de ella. Había sinceridad en sus ojos, pero también algo más, algo que no lograba identificar. Finalmente, decidió no presionar más. Estaba demasiado débil para un enfrentamiento, y además, en el fondo, sabía que sin Fiona, no estaría respirando en ese momento.

—Lo aprecio —dijo, su tono más relajado—. Pero no me pidas que confíe tan fácilmente. Soy un hombre que ha visto demasiadas cosas para hacerlo.

Fiona asintió, aceptando sus palabras sin rastro de ofensa. —Lo entiendo. Solo te pido que me permitas ayudarte a recuperarte. Después, podrás tomar tus propias decisiones.

Malcolm inclinó la cabeza en señal de acuerdo, aunque seguía sintiendo una ligera tensión en el aire. A pesar de su desconfianza, no podía ignorar el hecho de que Fiona había estado cuidando de él durante días, sin esperar nada a cambio. Era una contradicción que no lograba resolver en su mente.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? —preguntó, cambiando de tema.

—Tres días —respondió Fiona—. Durante ese tiempo, has estado en un estado febril, luchando contra la infección en tu herida. Ha sido una batalla difícil, pero parece que estás saliendo victorioso.

Malcolm asintió, procesando la información. Tres días. Había perdido tres días en los que podría haber estado liderando a sus hombres, protegiendo a su clan. La responsabilidad de su papel como guerrero pesaba sobre él, y la idea de haber estado tan cerca de la muerte lo inquietaba profundamente.

Fiona, percibiendo su preocupación, continuó hablando, su tono calmado y seguro. —Tus hombres estarán bien. Les envié un mensaje diciendo que te estabas recuperando y que te recogerían cuando estuvieras lo suficientemente fuerte para viajar.

—Gracias —respondió Malcolm, sintiendo una mezcla de alivio y frustración. No le gustaba la idea de ser una carga para los demás, pero sabía que en su estado actual, no tenía muchas opciones.

Fiona se levantó de la cama, dándole espacio para respirar. —Necesitas descansar, Malcolm. Tu cuerpo aún está débil, y necesitarás toda la fuerza que puedas reunir para sanar por completo.

Malcolm asintió, aunque sabía que el descanso sería difícil de encontrar con tantas preguntas y preocupaciones rondando en su mente. Observó a Fiona mientras ella volvía a sus tareas, su figura moviéndose con gracia por la cabaña. Era una mujer enigmática, y aunque él no lo admitiera abiertamente, había algo en su presencia que lo tranquilizaba, a pesar de la desconfianza inicial.

El cansancio comenzó a pesarle, y sintió sus ojos volverse pesados una vez más. Sin embargo,

antes de que el sueño lo reclamara por completo, no pudo evitar murmurar, más para sí mismo que para ella:

—He conocido a muchos curanderos, pero ninguno como tú, Fiona.

Fiona, que había estado preparando una nueva mezcla de hierbas, se detuvo por un breve segundo, una leve sonrisa asomando en sus labios. No respondió, pero su silencio fue suficiente para dejar en claro que había escuchado sus palabras.

Malcolm cerró los ojos, dejando que la calidez de la cabaña y el suave murmullo del bosque lo arrullaran hacia el sueño. Sabía que aún quedaba mucho por resolver, muchas preguntas sin respuesta. Pero por ahora, estaba vivo, y eso era suficiente.

Mientras el sol continuaba su ascenso, bañando la cabaña con una luz dorada, Malcolm se dejó llevar por el sueño, con la extraña sensación de que, a pesar de todo, estaba exactamente donde debía estar. Y en ese momento de tranquilidad, entre el sueño y la vigilia, comprendió que, aunque la desconfianza aún persistía, Fiona MacTavish era mucho más que la hechicera del pueblo. Era la mujer que lo había salvado, y por eso, una parte de él ya le debía algo más que su vida.

## Capítulo 4: El Guerrero Reticente

El aire de la mañana estaba fresco y limpio, impregnado del aroma de la tierra húmeda y del susurro constante del viento entre los árboles. Los primeros rayos de sol se colaban a través del follaje, proyectando sombras danzantes sobre el suelo del bosque. Dentro de la cabaña, el ambiente era cálido, con el crepitar del fuego en la chimenea añadiendo un suave telón de fondo a la tranquilidad del lugar.

Malcolm MacLeod abrió los ojos, sintiendo una mezcla de cansancio y frustración al despertar. Durante los últimos días, había permanecido confinado en la cabaña de Fiona, recuperándose de la herida que lo había dejado al borde de la muerte. Aunque su cuerpo comenzaba a sanar, su mente estaba inquieta, incapaz de soportar la idea de estar inactivo mientras su clan podía necesitarlo.

Se incorporó con esfuerzo, sintiendo una punzada de dolor en el costado. Aunque el dolor era más soportable que antes, le recordaba constantemente que aún no estaba en plena forma. Sus músculos, acostumbrados al movimiento constante y al rigor de la batalla, ahora se sentían debilitados, casi ajenos. Esa sensación de vulnerabilidad lo atormentaba más que cualquier herida física.

Fiona estaba de pie junto a la mesa, mezclando hierbas en un cuenco con la misma serenidad con la que había cuidado de él desde su llegada. Aunque sus manos se movían con la precisión de alguien que había realizado esa tarea cientos de veces, su mente estaba claramente en otro lugar. Había notado el creciente malestar de Malcolm, su deseo de abandonar la cabaña y regresar a sus deberes, pero también sabía que no podía permitir que se marchara antes de tiempo.

Malcolm la observó en silencio durante unos momentos, sus pensamientos enredados entre la gratitud y la necesidad imperiosa de retomar el control de su vida. Finalmente, decidió que ya había pasado suficiente tiempo allí. A pesar de la advertencia de Fiona, sentía que debía regresar a su clan, asegurarse de que todo estaba en orden. Con esa determinación en mente, se levantó de la cama, ignorando el dolor que atravesó su costado.

Fiona levantó la vista de su trabajo justo a tiempo para verlo tambalearse, sus pasos torpes y vacilantes mientras intentaba dirigirse hacia la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, su tono calmado pero con un matiz de autoridad que no podía ignorarse.

—Debo regresar a mi clan —respondió Malcolm, con la voz firme aunque su cuerpo temblaba ligeramente por el esfuerzo—. He estado aquí demasiado tiempo. Mis hombres me necesitan.

Fiona lo miró fijamente, dejando el cuenco sobre la mesa y acercándose a él con pasos decididos. Sus ojos verdes, habitualmente serenos, ahora brillaban con una mezcla de preocupación y

determinación.

—Aún no estás lo suficientemente fuerte para irte, Malcolm —dijo, su tono suave pero inflexible—. Tu cuerpo sigue sanando, y si intentas hacer más de lo que puedes, podrías poner en riesgo todo el progreso que has hecho.

Malcolm apretó los dientes, luchando contra el impulso de discutir. No le gustaba que lo consideraran débil, y menos aún que alguien le dijera lo que debía hacer. Sin embargo, en el fondo, sabía que Fiona tenía razón. Su cuerpo no estaba listo, y cada paso hacia la puerta lo confirmaba.

Aun así, la necesidad de sentirse útil, de estar en el control de su propia vida, lo empujaba a continuar. Dio un paso más, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio, pero el dolor en su costado se intensificó, obligándolo a detenerse.

Fiona suspiró, con una mezcla de exasperación y compasión. Sabía lo difícil que era para un hombre como Malcolm aceptar la vulnerabilidad, pero también sabía que no podía permitir que se hiciera daño a sí mismo por orgullo.

—Malcolm —dijo, colocándose frente a él y bloqueando su camino—, entiendo que quieras regresar a tu clan, pero ahora mismo, necesitas concentrarte en sanar. Si te esfuerzas demasiado, podrías abrir la herida de nuevo o incluso empeorarla. Y si eso sucede, podrías quedar incapacitado por mucho más tiempo.

Malcolm la miró, sus ojos oscuros reflejando la tormenta interna que lo consumía. Estaba acostumbrado a ser fuerte, a no depender de nadie, y la idea de necesitar la ayuda de alguien lo hacía sentirse impotente. Sin embargo, sabía que Fiona tenía razón, aunque le costara admitirlo.

—No puedo quedarme aquí indefinidamente —dijo finalmente, con la voz cargada de frustración—. Mi clan me necesita.

—Y te necesitarán en plenas condiciones, no en el estado en el que estás ahora —replicó Fiona, suavizando su tono—. Solo te pido que tengas paciencia. Unos días más y estarás lo suficientemente fuerte para regresar, y lo harás con la certeza de que no te desmoronarás en el camino.

Malcolm cerró los ojos por un momento, dejando escapar un largo suspiro. Odiaba sentirse atrapado, pero también odiaba la idea de ser una carga para su clan si no estaba en su mejor forma. Finalmente, asintió, aceptando la realidad de su situación.

—Tienes razón —admitió a regañadientes—. Pero prométeme que en cuanto esté listo, me dejarás ir.

Fiona asintió, reconociendo su necesidad de control. —Lo prometo. Pero hasta entonces, debes concentrarte en sanar. Déjame ayudarte.

Malcolm volvió a la cama con la ayuda de Fiona, cada paso una lucha contra su propio orgullo.

Cuando finalmente se recostó, sintió una mezcla de alivio y frustración. Odiaba la debilidad que lo había invadido, pero sabía que no tenía otra opción más que aceptarla, al menos por el momento.

Durante los días siguientes, Malcolm permaneció en la cabaña de Fiona, luchando con la paciencia que ella le pedía y con sus propios demonios internos. Aunque había aceptado quedarse, no era fácil para él depender de otra persona, y menos de una mujer cuya reputación en el pueblo estaba envuelta en misterio.

Sin embargo, a medida que pasaban los días, algo comenzó a cambiar. Malcolm empezó a observar a Fiona con más detenimiento, notando detalles que antes había pasado por alto. Aunque su comportamiento era calmado y profesional, podía ver destellos de cansancio en sus ojos, como si llevara una carga que pocos entendían. Se dio cuenta de que Fiona también estaba sola en su lucha, lidiando con la desconfianza y el aislamiento, pero a pesar de eso, seguía adelante, ayudando a los demás sin esperar nada a cambio.

Una tarde, mientras Fiona estaba fuera recogiendo hierbas, Malcolm se levantó de la cama con más facilidad que en días anteriores. Aún sentía el dolor en su costado, pero era soportable. Decidió salir al exterior, necesitaba sentir el aire fresco y el sol en su rostro. Cuando abrió la puerta, la luz del día lo recibió, cálida y revitalizante. Se apoyó en el marco de la puerta por un momento, dejando que la brisa le despejara la mente.

El bosque que rodeaba la cabaña era denso y lleno de vida. Los árboles se alzaban imponentes, y el sonido de los pájaros resonaba en el aire. Era un contraste con el mundo al que estaba acostumbrado, lleno de peligro y ruido constante. Aquí, todo parecía más lento, más tranquilo.

Dio unos pasos fuera de la cabaña, disfrutando de la sensación de la hierba bajo sus pies. A lo lejos, vio a Fiona, inclinada sobre una planta, cortando con cuidado las hojas que necesitaba. Parecía completamente en paz, como si este fuera el único lugar donde realmente pertenecía.

Malcolm se acercó lentamente, consciente de que todavía no estaba completamente recuperado, pero también deseoso de alejarse de la sensación de inutilidad que lo había acompañado en los últimos días. Cuando llegó a su lado, Fiona levantó la vista, sorprendida de verlo fuera de la cabaña.

—Te estás recuperando más rápido de lo que esperaba —comentó, con una pequeña sonrisa.

Malcolm se encogió de hombros, aunque el movimiento le costó más esfuerzo del que habría querido admitir. —El estar encerrado me está volviendo loco. Necesitaba salir.

Fiona lo observó por un momento antes de asentir. —Entiendo. A veces, el aire fresco es la mejor medicina. Pero aún debes tener cuidado. No quiero que todo mi trabajo se eche a perder porque decidiste que ya estabas listo antes de tiempo.

Malcolm esbozó una sonrisa, la primera desde que había despertado en su cabaña. Había algo en la manera de hablar de Fiona, una mezcla de firmeza y suavidad, que empezaba a desarmarlo. A

pesar de sus reservas iniciales, estaba comenzando a respetarla, a verla no solo como la "hechicera" que todos murmuraban en el pueblo, sino como una persona compleja, con sus propias luchas y fortalezas.

—Lo tendré en cuenta —respondió, aunque su tono sugería que aún no estaba del todo convencido.

Fiona volvió a concentrarse en su tarea, cortando las hierbas con una precisión que Malcolm solo había visto en guerreros expertos con sus armas. Había una destreza en sus movimientos que revelaba años de práctica y un conocimiento profundo de la naturaleza.

—¿Cómo aprendiste todo esto? —preguntó Malcolm, observándola trabajar.

Fiona hizo una pausa, su mirada perdida en algún recuerdo lejano. —Mi madre me enseñó. Y a ella, su madre antes que ella. Es una tradición que ha pasado de generación en generación en mi familia. Aprendí a observar la naturaleza, a entender las propiedades de cada planta, y a respetar el poder que tienen.

Malcolm asintió, impresionado por la dedicación y el conocimiento que Fiona poseía. No era solo una curandera; era una guardiana de conocimientos antiguos, una protectora de secretos que la mayoría de las personas ni siquiera sabían que existían.

—Debe haber sido difícil —comentó, sintiendo una conexión inesperada con ella—. Vivir aquí, sola, siendo vista como alguien diferente.

Fiona lo miró, sus ojos verdes brillando con una mezcla de emociones que no podía identificar por completo. —A veces lo es. Pero he encontrado paz en esta soledad. Aquí, en el bosque, tengo lo que necesito. Y cuando la gente me necesita, estoy aquí para ayudar, aunque no siempre lo aprecien.

Malcolm sintió una punzada de empatía por ella. En muchos sentidos, sus vidas no eran tan diferentes. Ambos llevaban cargas que los aislaban de los demás, ambos luchaban con expectativas y responsabilidades que a menudo parecían abrumadoras. Pero mientras él tenía a su clan, su familia, Fiona parecía estar completamente sola.

—No deberías estar sola todo el tiempo —dijo, más como un pensamiento en voz alta que como una declaración.

Fiona sonrió tristemente. —La soledad puede ser un refugio, Malcolm. Y en mi caso, es más seguro para todos. Las personas no siempre entienden lo que no conocen, y eso puede llevar al miedo. Prefiero estar sola que ser malinterpretada.

Malcolm entendió lo que quería decir. El miedo a lo desconocido podía ser poderoso, y Fiona, con su conocimiento y habilidades, era un enigma para muchos. Sin embargo, no podía evitar pensar que alguien como ella merecía más que la soledad que había elegido.

—Quizás, pero también mereces algo más —dijo suavemente, sin estar seguro de por qué se sentía tan inclinado a protegerla, a ofrecerle algo que él mismo no siempre tenía.

Fiona lo miró con sorpresa, como si no esperara esas palabras de él. Durante un largo momento, se quedaron en silencio, observándose mutuamente, cada uno intentando descifrar al otro. Fue Fiona quien finalmente rompió el silencio.

—Tal vez, pero ese no es mi destino. Mi lugar está aquí, en el bosque, ayudando a los que lo necesitan. Eso es suficiente para mí.

Malcolm asintió, aunque una parte de él no estaba del todo convencida. Había algo en Fiona que lo intrigaba, algo que lo hacía querer saber más, entender más. Sin embargo, no estaba seguro de cómo acercarse a esa verdad sin romper las barreras que ella había construido a su alrededor.

—Si alguna vez necesitas algo, estaré en deuda contigo —dijo Malcolm, cambiando el tema pero sin dejar de mirarla.

Fiona sonrió con gratitud, pero negó con la cabeza. —No estoy aquí para cobrar deudas, Malcolm. Lo que hice, lo hice porque era lo correcto. Eso es todo lo que importa.

Malcolm no respondió, pero en su interior, sabía que esta mujer había hecho más por él de lo que ella misma admitía. No solo le había salvado la vida, sino que también había comenzado a curar algo más profundo dentro de él, algo que ni siquiera sabía que estaba herido.

Pasaron un rato más en silencio, disfrutando de la tranquilidad del bosque. Fiona continuó recolectando hierbas, y Malcolm permaneció a su lado, sintiendo por primera vez en días una paz que no había esperado encontrar. Aunque sabía que su tiempo en la cabaña llegaría a su fin pronto, también sabía que su encuentro con Fiona había dejado una marca en él, una que no se desvanecería fácilmente.

Cuando finalmente regresaron a la cabaña, el sol ya estaba descendiendo en el horizonte, pintando el cielo con tonos de rosa y naranja. Malcolm se sentó en la cama, sintiendo el cansancio en sus músculos pero también una extraña sensación de satisfacción. Sabía que aún le quedaba un camino por recorrer para estar completamente recuperado, pero ya no sentía la misma urgencia de antes. Por alguna razón, estar en la cabaña con Fiona, en medio del bosque, ya no se sentía como una prisión, sino como un refugio.

Fiona le ofreció una taza de té caliente, y Malcolm la aceptó con una sonrisa. Se sentaron juntos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Aunque no lo expresaron en palabras, ambos sabían que algo había cambiado entre ellos. Había una conexión, una comprensión mutua que no había existido antes.

Y mientras la noche caía sobre las Highlands, Malcolm y Fiona se encontraron compartiendo un momento de paz, un respiro en medio de la tormenta que era la vida de ambos. Aunque las barreras emocionales aún estaban allí, habían comenzado a erosionarse, y en ese momento, rodeados por la calma del bosque, ambos comenzaron a preguntarse si quizás, solo quizás, sus

caminos estaban destinados a entrelazarse de una manera que ninguno de los dos había anticipado.

## Capítulo 5: La Primera Chispa

El sol del mediodía caía suavemente sobre el bosque, filtrándose a través del denso follaje y creando patrones irregulares de luz y sombra en el suelo. Los árboles altos, con sus troncos gruesos y ramas extendidas, parecían susurrar entre ellos, movidos por la brisa ligera que acariciaba el ambiente. A pesar de la serenidad que reinaba en ese rincón apartado de las Highlands, Malcolm MacLeod se sentía inquieto.

Habían pasado varios días desde que había intentado, sin éxito, regresar a su clan. Aunque la recuperación seguía su curso, aún no estaba listo para marcharse. Aceptar esa realidad había sido un desafío para él, un hombre acostumbrado a la acción, a estar siempre en control. Sin embargo, para su propia sorpresa, poco a poco había comenzado a encontrar una especie de paz en las tareas cotidianas de la vida en el bosque.

Fiona, con la paciencia que parecía inagotable, le había permitido ayudarla en algunas de sus tareas diarias. Al principio, Malcolm había aceptado solo por necesidad, buscando cualquier actividad que le ayudara a combatir la sensación de inutilidad que lo asediaba. Pero a medida que los días pasaban, algo dentro de él había comenzado a cambiar. Tal vez era el ritmo tranquilo de la vida en la cabaña, o tal vez era la compañía de Fiona, pero de alguna manera, se sentía menos como un guerrero herido y más como un hombre que, aunque temporalmente apartado de su vida habitual, estaba redescubriendo aspectos de sí mismo que había olvidado.

Esa tarde, después de un breve descanso, Malcolm había salido al bosque con Fiona para recoger más hierbas. Aunque aún sentía la punzada ocasional de dolor en su costado, se movía con más facilidad, y la frescura del aire llenaba sus pulmones con una energía renovada. Fiona caminaba unos pasos delante de él, su figura ágil y segura mientras se movía entre los árboles, buscando las plantas que necesitaba.

—Aquí —dijo de repente, agachándose junto a un arbusto de hojas pequeñas y verdes—. Esta es una de las más importantes. Se llama milenrama. Es una planta poderosa, buena para detener el sangrado y también para ayudar en la curación de heridas.

Malcolm se acercó, observando con atención mientras Fiona cortaba cuidadosamente algunas ramas con un cuchillo pequeño. Aunque su orgullo de guerrero le impedía admitirlo en voz alta, se había dado cuenta de que su conocimiento sobre la naturaleza y las plantas era prácticamente nulo comparado con el de Fiona. La manera en que ella manejaba cada hierba, cada planta, con un respeto casi reverente, lo hacía sentirse como un aprendiz inexperto.

—¿Y cómo sabes cuál usar? —preguntó, intentando disimular su curiosidad con un tono neutral.

Fiona le dirigió una mirada fugaz, notando su interés genuino detrás de la pregunta. —Todo depende de la situación —respondió—. Algunas plantas son mejores para tratar heridas abiertas,

como esta, mientras que otras se usan para las fiebres, o para calmar el dolor. Lo importante es saber qué planta es la adecuada y cómo prepararla correctamente.

Malcolm asintió, guardando la información en su mente. Había algo fascinante en todo lo que Fiona sabía, en cómo transformaba lo que a simple vista parecían hierbas comunes en remedios que salvaban vidas. A medida que la escuchaba hablar, se daba cuenta de que había más en Fiona de lo que él, o cualquier otro, podría haber imaginado. Su aparente calma y serenidad ocultaban una fuerza interna y un conocimiento que él estaba empezando a admirar profundamente.

Mientras seguían recogiendo hierbas, Fiona le explicó los usos de cada una, con una paciencia que no mostraba signos de disminuir. Malcolm, por su parte, se encontró prestando atención no solo a lo que decía, sino también a la manera en que lo hacía. Había algo en su voz, en el suave tono que usaba al hablar, que lo envolvía, que lo hacía querer escuchar más. Y, sin que él lo notara, esa conexión se fue haciendo más fuerte con cada minuto que pasaban juntos.

Finalmente, después de un rato, Fiona se detuvo junto a un claro en el bosque, donde la luz del sol caía directamente sobre un pequeño grupo de flores moradas.

—Estas son lavandas —dijo, inclinándose para arrancar algunas—. Son maravillosas para calmar la mente y el cuerpo. Ayudan a conciliar el sueño y también alivian la tensión muscular.

Malcolm se agachó a su lado, observando las flores que ella recogía. Había algo en la simplicidad de ese momento, en el silencio compartido entre ambos, que lo hizo sentir una extraña sensación de paz. Y entonces, mientras sus manos se acercaban a las de Fiona para recoger una flor, sus dedos se rozaron por accidente.

El contacto fue breve, apenas un segundo, pero fue suficiente para que ambos se quedaran quietos, sorprendidos por la intensidad de lo que sintieron. Una chispa, tan pequeña como inesperada, pareció encenderse en el aire entre ellos. Malcolm levantó la vista, encontrándose con los ojos de Fiona. En su mirada, vio un destello de algo que no había estado allí antes, algo que lo hizo olvidar, aunque solo fuera por un momento, el dolor y la vulnerabilidad que había sentido durante tanto tiempo.

Fiona, por su parte, sintió su corazón acelerar. Durante días había tratado de mantener la distancia emocional, de no dejarse llevar por los sentimientos que comenzaban a surgir en su interior. Sabía que Malcolm era un hombre complicado, alguien cuya vida estaba definida por la lucha y el deber. Y, sin embargo, en ese breve contacto, sintió una conexión que no pudo negar, una atracción que la tomó por sorpresa.

Ambos se quedaron así, en silencio, sus manos apenas separadas, sus ojos fijos el uno en el otro. El bosque, que hasta entonces había sido un lugar de tranquilidad, parecía ahora lleno de una energía palpable, como si la naturaleza misma reconociera lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Finalmente, fue Fiona quien rompió el contacto, apartando la mano y desviando la mirada, intentando recuperar la compostura.

—Debemos regresar —dijo, su voz apenas un susurro—. Tenemos suficiente por hoy.

Malcolm asintió, aunque no pudo evitar sentir una pequeña punzada de decepción cuando Fiona se levantó y comenzó a caminar de regreso a la cabaña. Durante un instante, había sentido algo más que simple curiosidad, algo que lo había hecho olvidar su dolor y su frustración. Pero ahora, mientras la veía alejarse, no podía evitar preguntarse qué significaba realmente ese momento.

El camino de regreso fue silencioso, pero no incómodo. Ambos estaban inmersos en sus propios pensamientos, intentando procesar lo que había ocurrido, aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo. Malcolm, por su parte, se encontraba en una encrucijada. Por un lado, sabía que no podía permitirse dejarse llevar por sentimientos que complicarían aún más su situación. Pero por otro lado, no podía negar la atracción que había comenzado a sentir por Fiona, una mujer que, a pesar de su aparente fragilidad, había demostrado ser mucho más fuerte y valiente de lo que él había imaginado.

Cuando llegaron a la cabaña, Fiona se dirigió directamente a la mesa para comenzar a preparar las hierbas que habían recogido. Sus movimientos eran mecánicos, como si estuviera intentando distraerse de algo que no quería enfrentar. Malcolm la observó por un momento, notando la tensión en sus hombros, la manera en que evitaba mirarlo.

—Fiona... —comenzó, sin saber exactamente qué quería decir.

Fiona levantó la vista, y por un breve instante, sus ojos se encontraron nuevamente. Había una mezcla de emociones en su mirada: confusión, vulnerabilidad, pero también algo más, algo que Malcolm no lograba descifrar del todo.

—No pasa nada, Malcolm —respondió ella, intentando sonreír, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos—. Fue solo un momento. Nada más.

Malcolm asintió, aunque no estaba seguro de creerle. Sabía que Fiona estaba intentando protegerse, mantener las cosas en un nivel superficial para no complicar aún más su vida. Pero él también sentía esa necesidad de protección, esa barrera que ambos parecían haber construido a su alrededor.

El resto de la tarde pasó en silencio, con ambos sumidos en sus propios pensamientos. Malcolm intentó concentrarse en las tareas que Fiona le había dado, pero su mente seguía volviendo al claro del bosque, al breve contacto de sus manos, a la chispa que había sentido en ese momento.

Esa noche, cuando se retiró a su cama, Malcolm se encontró luchando por conciliar el sueño. Las sombras danzaban en las paredes de la cabaña, proyectadas por la luz del fuego que aún ardía en la chimenea. Pero no eran las sombras las que lo mantenían despierto, sino la imagen de Fiona, la sensación de su piel contra la suya, la intensidad de su mirada.

Finalmente, después de horas de dar vueltas en la cama, se dio cuenta de que no podía seguir ignorando lo que estaba comenzando a sentir. Sabía que era un guerrero, un hombre cuya vida estaba marcada por el deber y la lucha. Pero también sabía que, en algún lugar profundo dentro

de él, había algo que estaba despertando, algo que no podía negar.

Y mientras el sueño finalmente lo reclamaba, Malcolm se hizo una promesa a sí mismo. No sabía lo que depararía el futuro, ni cómo enfrentar los sentimientos que estaban surgiendo en su interior. Pero sí sabía una cosa: no huiría de lo que estaba comenzando a sentir. No esta vez.

En la oscuridad de la cabaña, mientras la noche se desplegaba sobre las Highlands, Malcolm se quedó dormido con la imagen de Fiona en su mente, sabiendo que, aunque ambos intentaran negar lo que había ocurrido, la chispa entre ellos ya se había encendido. Y aunque no sabía a dónde los llevaría, estaba dispuesto a descubrirlo.

## Capítulo 6: El Rumor del Pueblo

El pueblo cercano al bosque se despertó ese día con un bullicio inusual. El mercado, que normalmente sería un lugar de intercambios tranquilos y saludos amistosos, estaba lleno de susurros y miradas furtivas. Las mujeres, con sus cestas llenas de hortalizas y frutas, se detenían en pequeños grupos, intercambiando palabras en voz baja mientras sus ojos se dirigían de vez en cuando hacia el camino que llevaba al bosque. Los hombres, que habitualmente estarían concentrados en sus tareas, se movían de un lado a otro con inquietud, sus rostros marcados por la preocupación.

El origen de toda esa agitación era un rumor que había comenzado a extenderse como un incendio por el pueblo. Se decía que Malcolm MacLeod, el temido y respetado guerrero del clan MacLeod, había sido visto en la cabaña de Fiona MacTavish, la hechicera del bosque. Algunos decían que había llegado herido, otros que había sido llevado allí por sus hombres después de una batalla. Pero lo que más inquietaba a la gente era la idea de que Fiona, con su conocimiento de las artes oscuras, pudiera estar utilizando sus habilidades para controlar a Malcolm, manteniéndolo prisionero en su cabaña.

—Dicen que lo tiene bajo un hechizo —susurraba una mujer a otra, su voz llena de temor—. Que no lo deja salir, que lo está manteniendo allí para sus propios propósitos.

—He oído que ni siquiera permite que sus hombres lo vean —respondió otra, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué otra razón podría haber para eso, si no es que está haciendo algo oscuro?

Los hombres, aunque más reservados en sus palabras, no estaban menos preocupados. Para ellos, la idea de que su líder pudiera estar bajo el control de una mujer con fama de hechicera era tan alarmante como humillante. Malcolm era un hombre fuerte, un guerrero invencible, y la sola idea de que pudiera estar siendo manipulado por alguien más era algo que no podían aceptar.

—Debemos hacer algo —dijo uno de los hombres, golpeando su puño contra la palma de su mano—. No podemos dejar que esto continúe. Si Malcolm está en peligro, debemos actuar.

Las palabras del hombre resonaron en el pequeño grupo que se había reunido alrededor de él. Los rostros de los demás mostraban una mezcla de acuerdo y miedo, pero también una determinación que comenzaba a tomar forma.

—No sabemos qué está pasando allí —dijo otro, más cauteloso—. Pero no podemos permitir que nuestro líder esté en manos de esa mujer. Deberíamos hablar con los demás, ver si podemos formar un grupo para ir a buscarlo.

Los murmullos de acuerdo se extendieron, y pronto, la idea de organizar una partida para ir a la cabaña de Fiona comenzó a ganar fuerza. Sin embargo, no todos compartían la misma opinión. Algunos, aunque inquietos, sentían un respeto por Fiona y su conocimiento, y no estaban

dispuestos a saltar a conclusiones precipitadas.

—Fiona ha ayudado a muchos de nosotros en el pasado —dijo una voz femenina, con un tono firme—. No deberíamos apresurarnos a juzgarla sin pruebas. Malcolm está bajo su cuidado porque está herido, y si está allí, es porque ella es la mejor opción para sanarlo.

Pero la voz de la razón a menudo es ahogada por el temor, y en este caso, el miedo a lo desconocido y a lo que no se comprendía alimentó la decisión de actuar. Decidieron que esa misma tarde se reunirían un grupo de hombres y subirían al bosque para exigir respuestas.

Mientras tanto, en la cabaña de Fiona, el ambiente era muy diferente. Después del paseo por el bosque, Malcolm había estado ayudando a Fiona a preparar las hierbas que habían recogido. A pesar de su reticencia inicial, había encontrado cierto consuelo en la rutina, en el trabajo manual que lo mantenía ocupado y le permitía alejarse, aunque fuera momentáneamente, de las preocupaciones que lo acosaban.

Fiona, por su parte, estaba agradecida por la ayuda de Malcolm, aunque nunca lo hubiera admitido abiertamente. Aunque era autosuficiente, la presencia de otra persona que compartiera las tareas diarias hacía que el peso de la soledad que siempre la había acompañado se sintiera un poco menos opresivo.

Sin embargo, ambos eran conscientes de la tensión que flotaba en el aire, una tensión que había comenzado a formarse desde aquel momento en el claro del bosque, cuando sus manos se habían rozado accidentalmente. Aunque ninguno de los dos había mencionado lo ocurrido, esa chispa de atracción latente estaba presente, en cada mirada que compartían, en cada palabra que intercambiaban.

Esa tarde, mientras Malcolm cortaba leña para el fuego, Fiona estaba en la cocina, preparando una mezcla de hierbas para un nuevo ungüento. De repente, escuchó el sonido de pasos acercándose a la cabaña, un ruido inusual en aquel lugar apartado.

Fiona dejó lo que estaba haciendo y salió de la cabaña, solo para encontrarse con un grupo de hombres que se acercaba rápidamente. Reconoció a algunos de ellos; eran hombres del pueblo, y entre ellos, vio a un par de los hombres de Malcolm, con rostros endurecidos por la preocupación y la desconfianza.

Malcolm, que también había oído los pasos, dejó el hacha a un lado y se acercó, sus sentidos alerta ante la posibilidad de un enfrentamiento. Aunque aún no estaba en plena forma, no permitiría que nada sucediera sin intervenir.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó, con la voz firme y autoritaria que era característica en él.

Uno de los hombres, claramente el líder del grupo, dio un paso adelante. Su expresión era seria, y había una chispa de desafío en sus ojos.

—Malcolm, hemos oído rumores —dijo, sin rodeos—. Rumores de que estás aquí contra tu voluntad, bajo el control de esta... mujer.

Fiona sintió una punzada de dolor ante la acusación implícita en sus palabras, pero no permitió que su rostro lo mostrara. Sabía que cualquier señal de debilidad sería aprovechada por los hombres para justificar sus temores.

—Eso es absurdo —respondió Malcolm, su tono helado—. Estoy aquí porque estoy recuperándome de una herida, y Fiona me ha estado ayudando a sanar. No hay nada más que eso.

—¿Estás seguro de eso, Malcolm? —intervino otro hombre, con un tono más cauteloso pero igualmente preocupado—. Sabemos lo que dicen sobre Fiona, sobre sus habilidades. Solo queremos asegurarnos de que no estás siendo manipulado.

Malcolm sintió que la ira comenzaba a hervir en su interior. Aunque él mismo había albergado dudas al principio, ahora estaba convencido de que Fiona no era más que una curandera dedicada, alguien que había arriesgado mucho por ayudarlo.

—Escuchad bien —dijo, con la voz baja pero cargada de autoridad—. No soy un hombre fácil de manipular. Si estoy aquí, es porque lo he decidido. Fiona no me ha hecho nada más que salvar mi vida. Así que os aconsejo que regreséis al pueblo y dejéis de difundir rumores sin fundamento.

Los hombres intercambiaron miradas, inseguros de cómo proceder. Por un lado, Malcolm era su líder, un hombre en el que confiaban y respetaban. Pero por otro, el miedo a lo desconocido seguía pesando sobre ellos, alimentado por las supersticiones que habían crecido a lo largo de los años.

Fiona, que había permanecido en silencio hasta ese momento, decidió intervenir. Sabía que el temor de los hombres no desaparecería simplemente con palabras, pero también entendía que era importante ofrecerles una salida, una forma de calmar sus miedos sin humillarlos.

—Entiendo vuestras preocupaciones —dijo, con un tono calmado y conciliador—. Pero os aseguro que Malcolm está aquí por su propia voluntad. Si tenéis alguna duda, podéis regresar en unos días y verlo por vosotros mismos, cuando esté lo suficientemente recuperado para volver al pueblo.

El líder del grupo la miró fijamente, como si intentara discernir la verdad en sus palabras. Finalmente, asintió, aunque su expresión seguía siendo tensa.

—Lo haremos —dijo, con la voz más suave pero aún firme—. Volveremos en unos días. Esperamos que lo que decís sea cierto, por el bien de todos.

Con esas palabras, el grupo comenzó a retirarse, aunque no sin lanzar miradas de advertencia tanto a Fiona como a Malcolm. Era evidente que, aunque se marchaban, las dudas y los temores no se habían disipado por completo.

Cuando los hombres desaparecieron en el camino del bosque, Malcolm dejó escapar un suspiro

de frustración. Había esperado que sus palabras fueran suficientes para calmar a los hombres, pero sabía que el temor y la superstición eran enemigos difíciles de vencer.

—Lo siento —dijo, volviéndose hacia Fiona—. No debería haberte involucrado en esto. Ahora te mirarán con aún más desconfianza.

Fiona lo observó por un momento, sus ojos reflejando una mezcla de tristeza y aceptación. —No es culpa tuya, Malcolm —respondió suavemente—. La gente siempre teme lo que no entiende. Y yo... siempre he sido alguien que no comprenden del todo.

Malcolm sintió una pun

zada de culpabilidad al escuchar sus palabras. Aunque había llegado a respetar a Fiona por lo que era, no podía negar que había sido parte de aquellos que la habían juzgado sin conocerla. Ahora, viendo la soledad y el dolor que sus palabras ocultaban, se dio cuenta de cuán injusto había sido.

—No tienes por qué estar sola en esto, Fiona —dijo, con una firmeza que sorprendió incluso a él mismo—. Te has enfrentado a esto durante mucho tiempo, pero no tienes que hacerlo siempre sola.

Fiona sonrió tristemente, como si sus palabras fueran tanto un consuelo como una verdad amarga. —Aprecio lo que dices, Malcolm. Pero la realidad es que, en muchos sentidos, siempre he estado sola. Y aunque has estado aquí conmigo, también entiendo que cuando te vayas, volveré a estarlo.

Malcolm quiso decir algo, ofrecerle alguna promesa de que las cosas serían diferentes, pero las palabras murieron en su garganta. Sabía que no podía prometer lo que no estaba seguro de poder cumplir. Su vida estaba ligada a su clan, a su deber, y aunque comenzaba a sentir una conexión con Fiona, no podía negar la realidad de sus responsabilidades.

El silencio se instaló entre ellos, pesado pero no incómodo, como si ambos estuvieran aceptando una verdad que no podían cambiar. Finalmente, Fiona volvió a la cabaña, retomando sus tareas con la misma calma que había mostrado antes, pero Malcolm sabía que algo había cambiado entre ellos. El rumor del pueblo había traído a la luz la frágil naturaleza de la conexión que estaban comenzando a formar, y aunque ninguno de los dos lo dijo en voz alta, ambos sabían que el camino por delante sería difícil.

Esa noche, mientras el fuego crepitaba en la chimenea y las sombras danzaban en las paredes, Malcolm se quedó despierto, reflexionando sobre lo ocurrido. Sabía que debía partir pronto, regresar a su clan y cumplir con sus deberes. Pero también sabía que dejar a Fiona, sabiendo que enfrentaría sola la desconfianza y los miedos del pueblo, sería una decisión que pesaría sobre su conciencia.

Mientras la noche avanzaba, Malcolm hizo una promesa silenciosa, una promesa que no estaba seguro de cómo cumpliría, pero que sabía que no podía ignorar. No dejaría que Fiona enfrentara sola el peligro que el miedo de los demás podía traer. Y aunque no sabía cómo, encontraría la

manera de protegerla, de estar allí para ella, incluso cuando sus caminos los separaran.

En la cabaña silenciosa, mientras las llamas del fuego se extinguían lentamente, Malcolm se dio cuenta de que, aunque su cuerpo estaba sanando, su corazón estaba empezando a enfrentarse a una batalla completamente nueva, una batalla que no estaba seguro de cómo ganar.

## Capítulo 7: La Primera Confrontación

El día comenzaba a desvanecerse, y la luz del sol que se filtraba a través de los árboles teñía el bosque de un tono dorado. En la cabaña de Fiona, el ambiente era sereno, aunque marcado por una tensión subyacente que ninguno de sus dos ocupantes podía ignorar. Desde la llegada del grupo del pueblo, Malcolm y Fiona habían caído en un silencio que, aunque no incómodo, estaba lleno de pensamientos no expresados, de emociones que ambos luchaban por comprender y aceptar.

Malcolm se encontraba sentado junto al fuego, sus ojos fijos en las llamas que bailaban con un ritmo hipnótico. Aunque su cuerpo aún no estaba completamente recuperado, sentía que cada día se fortalecía más, y con ello, la urgencia de regresar a su clan se hacía más apremiante. Pero junto a esa urgencia, había algo más, una nueva obligación que sentía hacia Fiona, una mujer que se había convertido en algo más que su salvadora.

Fiona, por su parte, trabajaba en la mesa cercana, sus manos ocupadas con las hierbas que había recogido esa mañana. La rutina de preparar pociones y ungüentos era algo que la calmaba, un ritual que había perfeccionado a lo largo de los años. Pero esa tarde, sus pensamientos no estaban en la tarea frente a ella, sino en el hombre que había traído inesperadamente un torbellino de emociones a su vida. El recuerdo de la confrontación con los aldeanos aún estaba fresco en su mente, y aunque Malcolm la había defendido con una convicción que la sorprendió, no podía evitar sentir que el equilibrio precario de su vida estaba a punto de desmoronarse.

El sonido de pasos pesados en la entrada de la cabaña rompió el silencio, y ambos levantaron la cabeza al mismo tiempo. Malcolm, alerta, se puso de pie con algo de dificultad, su mano instintivamente buscando la empuñadura de la espada que había dejado apoyada contra la pared. Fiona, más acostumbrada a recibir visitantes inesperados, se movió hacia la puerta, aunque una sombra de preocupación cruzó por su rostro.

Antes de que pudiera alcanzarla, la puerta se abrió con un golpe, revelando la figura imponente de uno de los guerreros del clan MacLeod. Era un hombre de mediana edad, con una barba espesa y ojos que reflejaban años de experiencia en el campo de batalla. Su postura era rígida, y la expresión de su rostro dejaba claro que no estaba allí para una visita social.

—Malcolm —gruñó, sin molestarse en saludar—. Es hora de que regreses. Has estado aquí demasiado tiempo.

El tono de su voz era duro, casi autoritario, y Malcolm sintió cómo la ira comenzaba a burbujear en su interior. No era solo la brusquedad del guerrero lo que lo molestaba, sino la implicación de que él, Malcolm MacLeod, podía ser obligado a hacer algo en contra de su voluntad.

—No he terminado mi recuperación —respondió Malcolm, su tono firme—. Aún no estoy listo para marcharme.

El guerrero frunció el ceño, claramente insatisfecho con la respuesta. —Llevas aquí semanas —insistió—. El clan te necesita. Además, la gente del pueblo está empezando a hablar. No es bueno que estés aquí con... ella.

El énfasis que puso en la última palabra fue suficiente para encender la chispa que Malcolm había estado conteniendo. Sabía que los rumores en el pueblo estaban creciendo, alimentados por la ignorancia y el miedo. Pero no permitiría que ese tipo de pensamiento afectara su decisión, y mucho menos que pusiera en peligro la seguridad de Fiona.

—Cuidado con lo que dices —advirtió Malcolm, su voz baja y peligrosa—. Fiona me salvó la vida, y no permitiré que nadie la trate con desprecio bajo mi techo.

Fiona, sorprendida por la intensidad de las palabras de Malcolm, dio un paso atrás, observándolo con una mezcla de asombro y temor. No estaba acostumbrada a que alguien la defendiera de esa manera, y mucho menos un hombre como Malcolm, cuya reputación de guerrero no dejaba lugar a la debilidad.

El guerrero miró a Malcolm, desconcertado por la firmeza en su voz. Era evidente que no esperaba esa respuesta de su líder, especialmente cuando el motivo de su visita era llevarlo de regreso al castillo.

—No puedes quedarte aquí —insistió el guerrero, aunque su tono ya no era tan desafiante—. Tu lugar es con nosotros, con tu clan. Esta mujer...

—Esta mujer es la razón por la que sigo respirando —interrumpió Malcolm, dando un paso hacia adelante a pesar del dolor que aún sentía en su costado—. No tienes idea de lo que ha hecho por mí. Y te aseguro que si no fuera por Fiona, estarías buscando a un nuevo líder en este momento.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso, cargado de la tensión que emanaba de ambos hombres. El guerrero, claramente desconcertado, parecía debatirse entre el deber hacia su líder y el temor alimentado por los rumores del pueblo.

Fiona, aún sorprendida por la defensa de Malcolm, decidió intervenir antes de que la situación se saliera de control. Sabía que debía mantener la calma y evitar que las cosas se complicaran más.

—Malcolm está en el camino de la recuperación —dijo, su voz suave pero firme—. Pronto estará lo suficientemente fuerte para regresar a su clan. Pero por ahora, necesita tiempo. Si te preocupa su bienestar, puedes regresar en unos días para ver cómo está. Te aseguro que no hay ninguna razón para preocuparse.

El guerrero la miró, su expresión reflejando la lucha interna que estaba librando. Finalmente, asintió, aunque su rostro seguía tenso.

—Regresaré en unos días —dijo, más como una advertencia que como una concesión—. Pero si algo ocurre... —Dejó la amenaza en el aire, sin necesidad de completar la frase.

Malcolm lo miró fijamente, sus ojos duros como el acero. —Nada ocurrirá. Y te lo repito, Fiona no es el enemigo aquí.

Con esas palabras, el guerrero se giró y salió de la cabaña, cerrando la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria. El sonido del portazo resonó en la pequeña cabaña, dejando a Malcolm y Fiona en un silencio pesado.

Malcolm, respirando con dificultad por el esfuerzo de mantenerse firme, se apoyó en la mesa, intentando calmarse. Sabía que debía tener cuidado, que no podía permitirse estallar en cólera, no cuando aún no estaba completamente recuperado. Pero el desafío que acababa de enfrentar había removido algo dentro de él, una mezcla de ira y frustración que aún no podía calmar.

Fiona se acercó lentamente, observándolo con preocupación. —Malcolm... No deberías haberte esforzado tanto. Aún no estás en condiciones de...

—Tenía que hacerlo —interrumpió él, su voz aún cargada de emociones—. No podía dejar que te faltaran al respeto. No después de todo lo que has hecho por mí.

Fiona lo miró, sus ojos suavizándose al ver la honestidad en sus palabras. —No necesitabas defenderme —dijo suavemente—. Estoy acostumbrada a que la gente desconfíe de mí. No es nada nuevo.

—Pero no debería ser así —replicó Malcolm, con una intensidad que sorprendió a ambos—. No mereces ser tratada de esa manera. Eres mucho más de lo que ellos creen. Y si no lo ven, es porque son demasiado ciegos para darse cuenta.

Fiona bajó la mirada, sus mejillas sonrojadas por la sinceridad de sus palabras. No estaba acostumbrada a recibir elogios, y mucho menos de alguien como Malcolm, cuya opinión comenzaba a importar más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Agradezco lo que dices —murmuró, sin saber qué más añadir—. Pero ellos son tu clan, tu gente. No quiero causar problemas entre tú y ellos.

—No eres tú quien causa problemas —respondió Malcolm, con una voz que reflejaba tanto determinación como frustración—. Es su miedo, su ignorancia. Pero eso cambiará. No permitiré que te vean como una amenaza. No mientras yo esté aquí.

El silencio que siguió a sus palabras fue profundo, cargado de una comprensión tácita que se había desarrollado entre ellos. Aunque ambos sabían que sus vidas estaban destinadas a seguir caminos diferentes, en ese momento, compartían algo más que simples palabras. Había una conexión que iba más allá de la gratitud o la obligación, algo que los unía de una manera que ni ellos mismos podían entender del todo.

Fiona, sintiendo que la tensión en la cabaña había alcanzado su punto máximo, decidió cambiar el tema, aunque en su corazón sabía que lo que acababa de ocurrir marcaría un antes y un después en su relación con Malcolm.

—Deberías descansar —dijo, su voz más suave—. Ha sido un día largo, y no quiero que empeores tu estado por haberte esforzado demasiado.

Malcolm asintió, consciente de que el dolor en su costado era un recordatorio constante de su fragilidad actual. Sin embargo, mientras se dirigía a su cama, no pudo evitar sentir que algo dentro de él había cambiado. La confrontación con su guerr

ero, el desafío de defender a Fiona, había despertado en él una nueva determinación, una que lo impulsaba a protegerla, no solo porque le debía su vida, sino porque algo más profundo estaba naciendo en su corazón.

Fiona lo observó mientras se acomodaba en la cama, sus pensamientos divididos entre la preocupación por su bienestar y la confusión por los sentimientos que comenzaban a surgir en su interior. Sabía que Malcolm era un hombre marcado por su deber, por su lealtad al clan, pero también veía en él una humanidad que pocos conocían, una vulnerabilidad que lo hacía más real, más cercano.

Cuando Malcolm finalmente se acomodó, cerrando los ojos para intentar descansar, Fiona se acercó a la ventana, mirando hacia el bosque que rodeaba la cabaña. Las sombras de la noche comenzaban a caer, envolviendo el lugar en una oscuridad que, lejos de ser amenazante, le ofrecía un refugio del mundo exterior.

En ese momento, mientras el silencio llenaba la cabaña y el sonido lejano del viento susurraba entre los árboles, Fiona se dio cuenta de algo. Aunque había vivido en soledad durante mucho tiempo, esa soledad ya no le resultaba tan reconfortante como antes. Malcolm había traído consigo una presencia que no solo perturbaba la calma de su vida, sino que también despertaba en ella un deseo que había olvidado que existía: el deseo de conexión, de ser vista y comprendida.

El día que había comenzado con la amenaza de los rumores y la desconfianza había terminado con una nueva comprensión, una promesa silenciosa que Malcolm había hecho al defenderla, y que Fiona había aceptado sin palabras. Sabía que los días por venir estarían llenos de desafíos, que el retorno de Malcolm a su clan no sería fácil y que la relación que comenzaba a formarse entre ellos no sería bien vista por muchos.

Pero en ese momento, mientras la noche avanzaba y el sueño comenzaba a reclamar a Malcolm, Fiona sintió que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola en su lucha. Y aunque no sabía qué depararía el futuro, se permitió un pequeño resquicio de esperanza, una esperanza que, aunque frágil, brillaba en la oscuridad como una llama que se negaba a extinguirse.

## Capítulo 8: El Pasado Oculto

El crepitar del fuego en la chimenea llenaba la cabaña con un sonido reconfortante, mientras las sombras danzaban en las paredes de piedra, creando un ambiente cálido y acogedor. Afuera, la noche envolvía el bosque en su manto oscuro, donde solo el susurro del viento entre los árboles rompía el silencio. Dentro, Malcolm se encontraba sentado junto al fuego, observando las llamas con una expresión pensativa, su mente ocupada con preguntas que había estado evitando durante días.

Fiona estaba sentada al otro lado de la mesa, organizando las hierbas que habían recogido esa tarde. Aunque sus manos se movían con destreza, su mente no estaba en la tarea frente a ella. Sentía la mirada de Malcolm sobre ella, un peso suave pero constante que le indicaba que algo lo preocupaba. Sabía que la confrontación de ese día con el guerrero del clan había dejado a Malcolm intranquilo, pero había algo más, algo que él no estaba dispuesto a decir en voz alta.

Después de varios minutos de silencio, Malcolm finalmente levantó la vista, sus ojos oscuros reflejando la luz del fuego. —Fiona —comenzó, su voz más suave de lo habitual—. Hay algo que he estado queriendo preguntarte.

Fiona dejó de lado las hierbas y lo miró con atención, notando la seriedad en su rostro. —¿Qué es lo que te preocupa, Malcolm?

Él vaciló un momento, como si buscara las palabras correctas para expresar lo que sentía. —Has hecho mucho por mí —dijo finalmente—. Me has salvado la vida, me has cuidado... Pero no sé casi nada sobre ti. Sobre tu vida antes de que nos encontráramos. Quiero entender, Fiona. Quiero saber más sobre quién eres.

Fiona sintió un nudo formarse en su estómago. Aunque había sabido que este momento llegaría, no estaba segura de estar preparada para enfrentarlo. Su pasado era un tema delicado, lleno de recuerdos dolorosos y secretos que había guardado celosamente durante años. Pero al mirar a Malcolm, vio en sus ojos una genuina preocupación, una curiosidad que no nacía del morbo, sino de un deseo sincero de conocerla mejor.

—No es una historia fácil de contar —admitió, bajando la mirada hacia sus manos—. Pero si realmente quieres saber, te lo diré.

Malcolm asintió, su expresión suave pero atenta. —Quiero entenderte, Fiona. Quiero saber quién eres, y cómo llegaste a ser quien eres hoy.

Fiona tomó una respiración profunda, preparándose para abrirse de una manera que no había hecho en mucho tiempo. Sabía que contarle a Malcolm sobre su pasado significaba exponer partes de sí misma que había mantenido ocultas, pero también entendía que, si quería que él la conociera verdaderamente, debía ser honesta.

—Nací en un pequeño pueblo, no muy lejos de aquí —comenzó, su voz baja, casi como si hablara para sí misma—. Mi madre murió cuando yo era muy joven, así que me crié con mi abuela. Ella era una curandera, al igual que yo, y fue quien me enseñó todo lo que sé sobre las plantas y sus propiedades.

Malcolm la escuchaba con atención, notando la mezcla de nostalgia y tristeza en su voz. Podía imaginar a una joven Fiona, aprendiendo de su abuela, descubriendo los secretos de la naturaleza en medio de un entorno que ya entonces debía de haber sido hostil hacia su conocimiento.

—Mi abuela era respetada, pero también temida —continuó Fiona, sus manos jugueteando nerviosamente con una de las hierbas que había dejado sobre la mesa—. La gente venía a ella cuando necesitaba ayuda, pero al mismo tiempo, la miraban con desconfianza. Decían que sus habilidades eran... antinaturales, que ella tenía un pacto con fuerzas que no comprendían.

Malcolm frunció el ceño, sintiendo la injusticia en esas palabras. Sabía que las habilidades de Fiona, lejos de ser algo oscuro, eran un don que había salvado innumerables vidas, incluida la suya.

—A medida que fui creciendo, empecé a darme cuenta de que la desconfianza que la gente tenía hacia mi abuela se extendía a mí también —dijo Fiona, su voz ahora más firme, como si al hablar estuviera exorcizando los fantasmas de su pasado—. La gente me evitaba, y cuando se veían obligados a hablarme, siempre había ese temor en sus ojos, como si temieran que yo pudiera hacerles daño.

Malcolm podía sentir la soledad que Fiona debía de haber sentido en esos años, la dolorosa desconexión de un mundo que no estaba dispuesto a aceptar lo que no entendía. —Eso debió de ser difícil para ti —dijo en voz baja, queriendo ofrecerle algún tipo de consuelo.

Fiona asintió, sin levantar la mirada. —Lo fue. Pero mi abuela siempre me dijo que nuestras habilidades eran un regalo, no una maldición. Me enseñó a usarlas para el bien, para ayudar a los demás, aunque ellos no siempre lo vieran de esa manera.

Hizo una pausa, recordando los últimos días de su abuela, cuando la enfermedad la había debilitado y Fiona había hecho todo lo posible por salvarla, utilizando cada remedio, cada planta que conocía. Pero al final, ni siquiera sus habilidades habían sido suficientes.

—Cuando mi abuela murió, el pueblo se volvió aún más frío conmigo —continuó Fiona, con un tono que no lograba esconder el dolor que aún la atormentaba—. Sin ella para protegerme, la gente se sintió más libre de mostrar su desconfianza. Algunos incluso llegaron a acusarme de haber causado su muerte, diciendo que había tratado de robarle sus poderes.

Malcolm sintió una oleada de ira ante esa injusticia. Era difícil imaginar a alguien tan dedicada y compasiva como Fiona siendo tratada de esa manera, culpada por los mismos a los que había ayudado. —Eso es... imperdonable —dijo, con los dientes apretados—. No tenían derecho a tratarte así.

Fiona esbozó una sonrisa triste, agradecida por su apoyo, pero también consciente de que el mundo no siempre era justo. —No esperaba justicia, Malcolm. Solo quería encontrar mi lugar en el mundo, aunque eso significara estar sola. Así que me alejé del pueblo, me vine a vivir a este bosque y seguí ayudando a aquellos que lo necesitaban, aunque siempre desde la distancia.

Malcolm la miró, su corazón apesadumbrado por lo que había escuchado. Sabía que Fiona era una mujer fuerte, pero no se había dado cuenta de cuánto había tenido que soportar para llegar a ser quien era hoy. Su fuerza y resiliencia eran algo que admiraba profundamente, y con cada palabra que escuchaba, esa admiración solo crecía.

—Eres increíble, Fiona —dijo finalmente, su voz llena de sinceridad—. No puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para ti, pero has soportado todo con una dignidad y una fuerza que pocos podrían igualar.

Fiona lo miró, sorprendida por la intensidad de sus palabras. Estaba acostumbrada a la soledad, a depender solo de sí misma, pero escuchar a Malcolm decir esas cosas, saber que alguien la veía bajo una luz tan diferente, era algo que nunca había esperado.

—No soy tan fuerte como crees —murmuró, bajando la mirada—. He cometido errores, he tenido dudas. Y a veces, me he preguntado si valía la pena seguir adelante.

—Todos cometemos errores, Fiona —replicó Malcolm, su tono firme pero gentil—. Eso no te hace débil. Te hace humana. Y es precisamente esa humanidad, esa compasión que tienes, lo que te hace tan especial.

Las palabras de Malcolm resonaron en el corazón de Fiona, tocando fibras que habían estado adormecidas durante mucho tiempo. Sentir esa conexión, esa comprensión, era algo que la conmovía profundamente, aunque también la asustaba. Había pasado tanto tiempo protegiéndose, construyendo muros a su alrededor, que ahora, cuando alguien intentaba atravesarlos, no sabía cómo reaccionar.

—Gracias, Malcolm —dijo en voz baja, sus ojos brillando con una emoción que luchaba por controlar—. No sé qué decir.

Malcolm sonrió, una sonrisa sincera que iluminó su rostro. —No tienes que decir nada, Fiona. Solo quería que supieras que te admiro, no solo por lo que has hecho por mí, sino por la persona que eres.

El silencio que siguió fue diferente de los anteriores. No había tensión ni incomodidad, solo una profunda comprensión entre ellos, una conexión que iba más allá de las palabras. En ese momento, Malcolm vio a Fiona no solo como la curandera que lo había salvado, sino como una mujer de una fuerza inquebrantable, alguien que había luchado contra las adversidades y había salido más fuerte, aunque marcada por las cicatrices de su pasado.

Fiona, por su parte, sintió que una parte de ella que había mantenido oculta durante tanto tiempo,

una parte que había temido mostrar por miedo a ser herida de nuevo, estaba comenzando a abrirse. No estaba segura de lo que eso significaba, pero en ese instante, bajo la cálida luz del fuego y la mirada comprensiva de Malcolm, decidió dejar que las cosas

siguieran su curso.

El sonido de la madera crepitando en la chimenea era el único ruido en la cabaña, pero en el silencio que compartían, ambos sabían que algo había cambiado. Fiona había confiado en Malcolm lo suficiente como para compartir su historia, y él había respondido con una comprensión y una admiración que la conmovían profundamente.

Finalmente, Malcolm rompió el silencio, aunque su voz era suave, como si temiera romper el frágil momento que compartían. —No tienes que estar sola, Fiona. No más. Sé que no puedo cambiar lo que has pasado, pero estoy aquí ahora. Y no pienso irme hasta que sepas que no tienes que cargar con todo tú sola.

Fiona lo miró, sorprendida por la sinceridad de sus palabras. Había pasado tanto tiempo siendo autosuficiente, creyendo que no necesitaba a nadie más, que escuchar a alguien ofrecerle apoyo de esa manera era algo que la dejaba sin palabras.

—Es difícil para mí... confiar en los demás —admitió, su voz temblando ligeramente—. Pero agradezco lo que dices, Malcolm. Y... trataré de aceptar tu ayuda.

Malcolm asintió, respetando la reticencia de Fiona pero también determinado a demostrarle que no estaba sola. —Eso es todo lo que pido —dijo suavemente—. No tienes que hacer esto sola. Estoy aquí, y estaré aquí mientras me necesites.

El silencio volvió a caer sobre la cabaña, pero esta vez era un silencio cargado de promesas, de posibilidades no dichas. Ambos sabían que aún había mucho que resolver, muchas barreras que derribar, pero en ese momento, compartían algo que ninguno de los dos había esperado encontrar: una conexión genuina, construida sobre la base de la confianza y la comprensión.

Mientras la noche avanzaba y las llamas de la chimenea comenzaban a menguar, Fiona se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no temía lo que el futuro pudiera traer. Con Malcolm a su lado, sentía que podía enfrentar cualquier cosa, que las sombras de su pasado ya no la perseguirían de la misma manera.

Y mientras el sueño comenzaba a reclamar a ambos, Fiona se permitió un pequeño resquicio de esperanza, una esperanza que había creído perdida. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero también sabía que ya no estaba sola en ese camino. Y eso, más que cualquier otra cosa, le daba la fuerza para seguir adelante.

# Capítulo 9: La Sombra del Clan MacDonald

El sol de la mañana apenas comenzaba a asomarse por detrás de las colinas, bañando las tierras de las Highlands en una luz dorada y tenue. El aire estaba cargado con el aroma de la tierra húmeda, y el canto de los pájaros resonaba en el silencio del amanecer. Sin embargo, dentro de la cabaña de Fiona, la atmósfera era densa, cargada de una tensión que solo había crecido en los últimos días.

Malcolm se encontraba junto a la ventana, mirando hacia el horizonte con una expresión grave. Sus pensamientos, aunque en apariencia tranquilos, eran un torbellino de preocupación y responsabilidad. A pesar de las semanas que había pasado recuperándose bajo el cuidado de Fiona, sabía que no podía quedarse allí mucho más tiempo. Su lugar estaba con su clan, protegiéndolos de cualquier amenaza que pudiera surgir. Y ahora, con las noticias que habían llegado la noche anterior, esa amenaza parecía más real que nunca.

Fiona lo observaba desde la mesa, donde había estado preparando una nueva mezcla de hierbas. Aunque había intentado mantener la calma, el cambio en el comportamiento de Malcolm no había pasado desapercibido para ella. Había algo en la rigidez de sus hombros, en la manera en que su mirada se perdía en el paisaje, que le decía que algo estaba mal.

Finalmente, decidió romper el silencio que se había instalado entre ellos. —Malcolm —dijo suavemente, su voz llena de preocupación—. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Ha pasado algo?

Malcolm apartó la mirada del horizonte y se volvió hacia Fiona, su rostro mostrando la batalla interna que estaba librando. Sabía que no podía ocultarle la verdad, no después de todo lo que ella había hecho por él. Pero también sabía que una vez que le contara lo que estaba ocurriendo, la tranquilidad que habían compartido en la cabaña se rompería.

—Anoche, uno de mis hombres vino a verme —comenzó, su voz tensa—. Trajo noticias de que el clan MacDonald está planeando un ataque contra nosotros.

Fiona sintió un nudo formarse en su estómago al escuchar esas palabras. Conocía bien la historia de conflicto entre los MacLeod y los MacDonald, una enemistad que se remontaba a generaciones. Sabía que, si los rumores eran ciertos, la paz que habían disfrutado en los últimos tiempos estaba a punto de romperse.

—¿Cuándo planean atacar? —preguntó, su voz un poco más baja, como si el peso de la noticia la aplastara.

—No lo sabemos con certeza —respondió Malcolm, frunciendo el ceño—. Pero no puedo quedarme aquí y esperar a que ocurra. Debo regresar a mi hogar, preparar a mi clan para lo que

viene. No puedo permitir que nos tomen por sorpresa.

Fiona asintió, aunque su corazón se encogió ante la idea de que Malcolm se marchara. Sabía que su recuperación aún no estaba completa, que aunque había ganado fuerza en las últimas semanas, no estaba en condiciones óptimas para enfrentarse a una batalla. Pero también entendía que no podía retenerlo, no cuando su deber lo llamaba.

—Entiendo —dijo finalmente, aunque la tristeza en su voz era evidente—. Pero Malcolm, no estás completamente recuperado. Si vas ahora, podrías ponerte en peligro.

Malcolm la miró, su expresión suave, pero decidida. —Lo sé, Fiona. Pero no puedo quedarme aquí mientras mi clan está en peligro. Ellos son mi familia, y debo protegerlos, sin importar el costo.

Fiona bajó la mirada, luchando por mantener la compostura. Había llegado a conocer a Malcolm lo suficiente como para saber que, una vez que tomaba una decisión, era casi imposible hacerlo cambiar de opinión. Y aunque entendía su responsabilidad, no podía evitar sentir miedo por lo que podría ocurrir.

—Si eso es lo que debes hacer —dijo, tratando de sonar fuerte—, entonces no te detendré. Pero prométeme que tendrás cuidado, que no te arriesgarás innecesariamente.

Malcolm se acercó a ella, tomando sus manos entre las suyas. Sentía el calor de su piel, la suavidad de su toque, y por un momento, deseó poder quedarse, alejado del conflicto que amenazaba con destruir todo lo que amaba. Pero sabía que ese deseo era una ilusión, una fantasía que no podía permitirse.

—Lo prometo —dijo con sinceridad—. No soy de los que se lanzan a la batalla sin pensar. Haré todo lo que esté en mi poder para proteger a mi clan, pero también para regresar sano y salvo.

Fiona asintió, aunque las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos. Se alejó de él, volviendo a concentrarse en las hierbas que había estado preparando. Sabía que debía mantenerse ocupada, que concentrarse en algo le permitiría alejarse del dolor que estaba sintiendo.

—Toma esto —dijo, extendiéndole un pequeño frasco de vidrio lleno de un líquido verde oscuro—. Es un tónico que te ayudará a mantener tus fuerzas. Úsalo solo si es absolutamente necesario.

Malcolm tomó el frasco, sintiendo el peso del gesto de Fiona. Sabía que ella había puesto todo su conocimiento y cuidado en esa pequeña botella, y que, aunque sus palabras habían sido prácticas, detrás de ellas había un deseo de protegerlo, de cuidarlo incluso cuando él ya no estuviera bajo su techo.

—Gracias, Fiona —dijo, guardando el frasco en su bolsa—. No sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Fiona esbozó una pequeña sonrisa, aunque su tristeza seguía latente. —No necesitas agradecerme, Malcolm. Solo... regresa cuando todo haya terminado. Estaré aquí, esperando.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una promesa que ambos esperaban poder cumplir. Malcolm asintió, sabiendo que aunque su camino lo llevaba de regreso al castillo MacLeod, parte de su corazón quedaría en esa cabaña, junto a Fiona.

Horas más tarde, Malcolm estaba listo para partir. Se había equipado con las pocas pertenencias que había traído consigo, y aunque su cuerpo aún mostraba signos de su reciente debilidad, su determinación era inquebrantable. Fiona lo acompañó hasta la entrada de la cabaña, su figura esbelta enmarcada por la luz dorada del atardecer.

—Cuídate, Malcolm —dijo, su voz suave pero cargada de emoción—. Y recuerda, no estás solo en esto. Estaré pensando en ti.

Malcolm se volvió hacia ella, tomando su rostro entre sus manos con una ternura que nunca había mostrado antes. —No te preocupes, Fiona. Haré todo lo posible por regresar pronto. Y cuando lo haga, te prometo que hablaremos de todo lo que ha ocurrido, de todo lo que hemos dejado sin decir.

Fiona asintió, sin poder confiar en su voz. El vínculo que se había formado entre ellos era fuerte, pero ambos sabían que las circunstancias externas podrían ponerlo a prueba de maneras que aún no podían prever.

Con una última mirada, Malcolm se alejó, desapareciendo entre los árboles del bosque. Fiona permaneció en la entrada de la cabaña, observando cómo su figura se desvanecía en la distancia, hasta que ya no pudo verlo más.

El camino de regreso al castillo MacLeod era arduo, pero Malcolm se movía con la eficiencia de un guerrero entrenado. A pesar del dolor persistente en su costado y la debilidad ocasional que sentía, no permitió que su cuerpo lo traicionara. Sabía que su deber era llegar a su clan lo antes posible, para prepararlos ante la amenaza inminente.

Cuando finalmente divisó las torres del castillo en el horizonte, sintió una mezcla de alivio y preocupación. Estaba de vuelta, pero sabía que la paz que había disfrutado en la cabaña de Fiona era algo efímero, algo que no duraría una vez que la batalla comenzara.

Al cruzar las puertas del castillo, fue recibido por sus hombres con expresiones de sorpresa y alivio. Aunque sabían que Malcolm había estado recuperándose bajo el cuidado de Fiona, ver a su líder de regreso les daba una nueva fuerza, una renovada esperanza en medio de la incertidumbre.

Uno de sus lugartenientes, un hombre de confianza llamado Ewan, se acercó rápidamente a él. —Malcolm, es bueno verte de regreso. Las noticias sobre el clan MacDonald no son buenas. Han estado reuniendo fuerzas en sus tierras, y se rumorea que podrían atacar en cualquier momento.

Malcolm asintió, su rostro serio. —Lo sé. No tenemos mucho tiempo. Reúne a los hombres. Necesitamos preparar las defensas del castillo y enviar exploradores para vigilar sus

movimientos. No podemos permitir que nos tomen desprevenidos.

Ewan asintió con firmeza, consciente de la gravedad de la situación. —Lo haré de inmediato. Pero, Malcolm, ¿estás seguro de que estás listo para esto? Aún no estás completamente recuperado.

Malcolm apretó los dientes, consciente de que su debilidad era evidente para aquellos que lo conocían bien. Pero también sabía que no podía mostrar duda, no cuando sus hombres dependían de su liderazgo.

—Estoy listo, Ewan —respondió con determinación—. No me subestimes. Sé lo que debo hacer

.

Ewan lo miró por un momento, sopesando las palabras de su líder, antes de asentir. —Lo entiendo. Estamos contigo, Malcolm, hasta el final.

Con esas palabras, Ewan se alejó para cumplir las órdenes de Malcolm, dejando a su líder solo en el patio del castillo. Malcolm respiró hondo, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que la batalla que se avecinaba sería una prueba no solo de su fuerza física, sino de su capacidad para liderar a su gente en tiempos de crisis.

Mientras se dirigía hacia la sala de guerra, donde lo esperaban sus consejeros, sus pensamientos volvieron a Fiona. Recordó la promesa que le había hecho, la promesa de regresar a salvo. Y aunque sabía que el futuro era incierto, se aferró a esa promesa como una fuente de fuerza, un recordatorio de que había algo más allá de la batalla, algo que valía la pena luchar.

Al llegar a la sala de guerra, fue recibido por los rostros serios de sus consejeros, hombres que, al igual que él, sabían que las decisiones que tomaran en los próximos días podrían cambiar el destino de su clan.

—Malcolm, hemos estado discutiendo nuestras opciones —dijo Angus, su consejero más cercano, un hombre mayor con un conocimiento profundo de las estrategias militares—. El clan MacDonald ha estado moviéndose hacia nuestras fronteras, pero aún no han cruzado. Creemos que están esperando el momento adecuado para atacar.

Malcolm asintió, tomando asiento en la gran mesa de roble que dominaba la sala. —No podemos esperar a que ataquen primero. Debemos estar preparados para defendernos en cualquier momento. Quiero que reforcemos las defensas en las áreas más vulnerables y que enviemos mensajeros a los clanes aliados. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

Los hombres asintieron en acuerdo, aunque la preocupación era palpable en sus rostros. Sabían que, a pesar de las medidas que tomaran, la batalla que se avecinaba sería dura, y que las consecuencias podrían ser devastadoras.

—También debemos considerar la posibilidad de un ataque sorpresa —añadió Malcolm, sus pensamientos volviendo a la táctica que había aprendido en su tiempo como guerrero—. Si

logramos desestabilizarlos antes de que lancen su ataque principal, podríamos tener una ventaja significativa.

Angus asintió, apreciando la estrategia de su líder. —Es arriesgado, pero podría funcionar. Debemos ser cuidadosos y asegurarnos de que cualquier movimiento que hagamos sea preciso y efectivo.

La reunión continuó durante varias horas, con Malcolm y sus consejeros discutiendo cada detalle, cada posibilidad, hasta que finalmente se sintieron seguros de que habían hecho todo lo posible para preparar al clan para la batalla.

Cuando la reunión terminó, Malcolm se retiró a sus aposentos, sintiendo el agotamiento acumulado de los últimos días. Sabía que el verdadero desafío aún estaba por venir, pero también sabía que no podía permitirse flaquear. Su clan dependía de él, y no les fallaría.

Mientras se dejaba caer sobre la cama, cerrando los ojos para descansar, sus pensamientos volvieron una vez más a Fiona. Se preguntó si ella estaría bien, si estaría pensando en él tanto como él pensaba en ella. Sabía que, pase lo que pase, debía regresar a ella, no solo porque le había hecho una promesa, sino porque había algo en Fiona que lo atraía de una manera que no podía ignorar.

Con ese pensamiento en mente, Malcolm dejó que el sueño lo reclamara, sabiendo que el día siguiente traería consigo nuevos desafíos. Pero también sabiendo que, en lo más profundo de su ser, estaba decidido a luchar no solo por su clan, sino por el futuro que deseaba construir, un futuro en el que Fiona tendría un lugar importante.

## Capítulo 10: El Retorno al Castillo

El camino que conducía al castillo MacLeod serpenteaba a través de colinas verdes y valles profundos, bordeado por árboles altos cuyas ramas se mecían suavemente al compás del viento. Malcolm montaba en su caballo con la espalda erguida, aunque una punzada persistente en su costado le recordaba que su recuperación aún no estaba completa. A su lado, montada en una yegua marrón que Malcolm le había proporcionado, cabalgaba Fiona, con la misma serenidad que había mostrado desde que partieron de su cabaña.

El viaje había sido silencioso, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Para Malcolm, la presencia de Fiona a su lado era a la vez reconfortante y perturbadora. Sabía que llevarla al castillo era una decisión cargada de implicaciones, tanto para él como para ella. La tensión que podría generar su llegada, especialmente ante la percepción del clan, era algo que lo preocupaba profundamente. Sin embargo, su preocupación por su propia salud y el deseo de tener a Fiona cerca, al menos hasta que estuviera completamente recuperado, pesaron más que cualquier temor a las habladurías.

Fiona, por su parte, mantenía una expresión serena, pero su mente no dejaba de girar en torno a lo que le esperaba en el castillo. Conocía bien las miradas de desconfianza y los susurros que podrían esperarla, pero había aceptado acompañar a Malcolm por una razón más poderosa que cualquier miedo: no podía soportar la idea de dejarlo en un estado vulnerable sin la seguridad de que recibiría el cuidado adecuado. Aunque no lo hubiera expresado en palabras, Fiona sabía que la conexión que había comenzado a formarse entre ellos iba más allá de la gratitud o la obligación.

El sol ya estaba bajo en el horizonte cuando el castillo MacLeod apareció ante ellos, sus torres recortadas contra el cielo anaranjado del atardecer. La estructura imponente, rodeada por gruesas murallas de piedra, parecía estar en guardia, como un centinela vigilante en las tierras de las Highlands. A medida que se acercaban a las puertas, Malcolm sintió una mezcla de alivio y tensión. Había estado lejos de su hogar por demasiado tiempo, y aunque sabía que su regreso era necesario, no podía ignorar la preocupación que lo había acompañado desde que dejó la cabaña de Fiona.

Las puertas del castillo se abrieron ante ellos, y los guardias, al reconocer a su líder, inclinaron la cabeza en señal de respeto. Al entrar en el patio, fueron recibidos por un grupo de hombres que se apresuraron a ayudar a Malcolm a desmontar, aunque él, con una determinación obstinada, lo hizo por sí mismo, ocultando cualquier señal de debilidad.

No pasó mucho tiempo antes de que Alasdair, el hermano mayor de Malcolm y Laird del clan MacLeod, apareciera en la entrada principal del castillo. Su figura imponente, con la postura de un líder nato, era inconfundible. Al ver a Malcolm, una mezcla de alivio y preocupación cruzó su rostro.

—Malcolm —dijo Alasdair, su voz profunda resonando en el patio—. Es un alivio verte de regreso.

Malcolm asintió, acercándose a su hermano con un apretón de manos firme. —Es bueno estar de vuelta, Alasdair. Las cosas han estado... complicadas.

Alasdair estudió a su hermano menor con una mirada escrutadora, notando la fatiga en su rostro y la rigidez en sus movimientos. A pesar de su intento de parecer fuerte, Alasdair podía ver que Malcolm aún no estaba completamente recuperado.

—Parece que no te has dado suficiente tiempo para sanar —dijo Alasdair con un tono de reproche leve—. Deberías haber esperado más.

—No podía quedarme al margen —respondió Malcolm, con la misma obstinación que siempre había caracterizado su relación con su hermano mayor—. El clan MacDonald está planeando algo, y no podía permitirme estar ausente.

Alasdair asintió lentamente, entendiendo la urgencia en las palabras de Malcolm. Sin embargo, sus ojos se desviaron hacia Fiona, quien había permanecido en silencio a un lado, observando la interacción entre los hermanos con una mezcla de respeto y reserva. La presencia de Fiona no había pasado desapercibida para Alasdair, y aunque sus facciones permanecieron neutrales, una chispa de preocupación se encendió en su interior.

—Y veo que no vienes solo —comentó Alasdair, su voz cuidadosamente medida—. Fiona MacTavish, la curandera. Es un placer tenerte en nuestro hogar.

Fiona inclinó la cabeza en un gesto de respeto, pero no pudo evitar sentir la tensión en el aire. Sabía que su llegada al castillo no sería recibida con la misma calidez que la de Malcolm. Su reputación como "la hechicera del bosque" la precedía, y no esperaba que eso cambiara de la noche a la mañana.

—Gracias, Laird MacLeod —respondió Fiona, con la misma calma que había mostrado durante todo el viaje—. He venido para asegurarme de que Malcolm reciba el cuidado necesario hasta que esté completamente recuperado.

Alasdair asintió, aunque no pudo evitar preguntarse si esa era la única razón por la que Fiona había decidido acompañar a Malcolm. Había escuchado los rumores sobre la creciente cercanía entre los dos, y aunque confiaba en el juicio de su hermano, sabía que cualquier relación con una mujer como Fiona podría traer complicaciones, tanto dentro como fuera del clan.

—Tu ayuda es apreciada, Fiona —dijo finalmente, su tono cordial, pero distante—. Pero debo insistir en que Malcolm reciba el cuidado de nuestros propios sanadores. Tenemos excelentes curanderos aquí en el castillo que estarán encantados de hacerse cargo.

Malcolm frunció el ceño, sintiendo el sutil rechazo en las palabras de su hermano. —Fiona ha estado cuidándome desde el principio, y confío en sus habilidades. Quiero que ella siga

supervisando mi recuperación.

Alasdair levantó una ceja, sorprendido por la firmeza en la voz de Malcolm. Podía ver que su hermano no estaba dispuesto a ceder en este asunto, y aunque no compartía su entusiasmo por la presencia de Fiona en el castillo, decidió no presionarlo más por el momento.

—Como desees —dijo finalmente, inclinando ligeramente la cabeza—. Pero si en algún momento necesitas la ayuda de nuestros sanadores, estarán a tu disposición.

Malcolm asintió, agradecido por la concesión, aunque sabía que la preocupación de su hermano no se desvanecería tan fácilmente. —Lo tendré en cuenta. Ahora, si me disculpas, creo que es mejor que me retire a descansar. Ha sido un viaje largo.

Alasdair lo observó por un momento, sopesando sus palabras, antes de hacer un gesto hacia uno de los sirvientes cercanos. —Asegúrate de que los aposentos de Malcolm estén listos. Y prepara una habitación para Fiona también —añadió, con un tono que no dejaba lugar a discusión.

El sirviente asintió rápidamente y se retiró para cumplir con las órdenes, dejando a los hermanos y a Fiona en el patio. Mientras los hombres de Malcolm comenzaban a dispersarse para atender sus propios asuntos, Alasdair se acercó a su hermano, colocando una mano en su hombro.

—Malcolm, entiendo que sientas una deuda con Fiona, y es evidente que ella te ha sido de gran ayuda. Pero ten cuidado, hermano. Las cosas son diferentes aquí, y no todos verán su presencia con buenos ojos.

Malcolm lo miró a los ojos, reconociendo la preocupación en ellos, pero también sabiendo que no podía permitir que el temor de los demás dictara sus acciones. —Lo sé, Alasdair. Pero Fiona no es lo que la gente piensa. Es mucho más. Y aunque respeto tu consejo, esta es una decisión que debo tomar por mí mismo.

Alasdair suspiró, sabiendo que no podía cambiar la mente de su hermano en ese momento. —Como quieras. Solo recuerda que siempre estoy aquí, si necesitas hablar.

Malcolm asintió, agradecido por el apoyo implícito de su hermano, aunque ambos sabían que la situación era más complicada de lo que cualquiera de los dos quería admitir. Con una última mirada, se despidió de Alasdair y se dirigió hacia la entrada del castillo, seguido de cerca por Fiona.

El interior del castillo MacLeod era imponente, con sus altos techos abovedados y gruesas paredes de piedra que emanaban una sensación de fortaleza y permanencia. El sonido de sus pasos resonaba en los pasillos mientras Malcolm y Fiona avanzaban en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Finalmente, llegaron a los aposentos de Malcolm, donde un par de sirvientes ya habían encendido el fuego en la chimenea y preparado la habitación para su llegada. Fiona se detuvo en la entrada, observando el entorno con una mezcla de curiosidad y aprensión. Sabía que estar

dentro del castillo significaba estar bajo la mirada constante de aquellos que la veían con recelo, pero también sabía que su lugar estaba al lado de Malcolm hasta que estuviera completamente recuperado.

—Este es tu hogar ahora —dijo Malcolm, volviéndose hacia Fiona—. Al menos, por el tiempo que necesites.

Fiona asintió, agradecida

por sus palabras, aunque no podía evitar sentir una punzada de incertidumbre. —Gracias, Malcolm. Sé que no es fácil tenerme aquí, y te agradezco que confíes en mí.

Malcolm la miró con una expresión suave, sabiendo que sus palabras no podían transmitir todo lo que realmente sentía. Había mucho que quedaba sin decir entre ellos, pero también sabía que no era el momento ni el lugar para profundizar en esas emociones.

—Te has ganado mi confianza, Fiona —dijo finalmente—. Y no voy a dejar que los temores de otros dicten nuestras acciones. Aquí estás segura, y eso es lo que importa.

Fiona esbozó una pequeña sonrisa, reconociendo el consuelo en sus palabras. —Haré todo lo posible por asegurarme de que te recuperes por completo, Malcolm. Esa es mi prioridad ahora.

Malcolm asintió, sintiendo una mezcla de gratitud y algo más profundo, una emoción que aún no estaba listo para nombrar. —Lo sé, Fiona. Y confío en ti.

Con esas palabras, ambos supieron que, aunque el camino por delante sería difícil, no estarían enfrentándolo solos. Fiona se retiró a la habitación que le habían asignado, dejando a Malcolm solo en sus aposentos, donde el crepitar del fuego era el único sonido que llenaba la estancia.

Mientras Fiona se acomodaba en su nueva habitación, dejando que la familiaridad del silencio la envolviera, no pudo evitar pensar en todo lo que había cambiado en tan poco tiempo. Desde que conoció a Malcolm, su vida había dado un giro inesperado, uno que la había llevado lejos de la soledad de su cabaña y la había puesto en el centro de un conflicto que no podía ignorar.

Y aunque el futuro era incierto, Fiona sabía una cosa con certeza: no importaba lo que ocurriera, estaba decidida a estar al lado de Malcolm, a apoyarlo en cada paso del camino, sin importar lo que eso significara para ella. Porque en su corazón, Fiona ya no era solo la curandera solitaria del bosque. Ahora, había encontrado algo más, algo que no estaba dispuesta a dejar ir.

# Capítulo 11: Tensión Familiar

El sol apenas se había levantado sobre las colinas cuando el castillo MacLeod comenzó a cobrar vida con la actividad diaria. Los sirvientes corrían de un lado a otro, llevando cestas de provisiones, mientras los soldados realizaban sus ejercicios matutinos en el patio. Sin embargo, en medio de la rutina y la normalidad, una tensión subyacente se había instalado en el corazón del castillo, una tensión que todos los que vivían entre sus muros podían sentir.

Malcolm había pasado la noche en un sueño inquieto, su mente atrapada entre la necesidad de proteger a su clan y los sentimientos crecientes que tenía por Fiona. Sabía que la presencia de Fiona en el castillo no sería fácil de aceptar para todos, pero no había anticipado cuán profunda sería la preocupación de su hermano, Alasdair. Al despertar, supo que la conversación que había evitado durante días ya no podía postergarse.

Después de vestirse con la ayuda de uno de los sirvientes, Malcolm salió de sus aposentos y caminó hacia el salón principal, donde esperaba encontrar a Alasdair. El castillo estaba aún en silencio, el eco de sus pasos resonando en los pasillos de piedra. Al llegar al gran salón, lo encontró vacío, salvo por un par de criados que preparaban la sala para el día. Alasdair, sin embargo, no estaba allí.

—¿Dónde está el Laird? —preguntó Malcolm a uno de los criados, un joven de rostro aniñado que se apresuró a responder.

—Está en su estudio, mi señor —respondió el joven, inclinando la cabeza con respeto—. Dijo que no quería ser molestado, pero si es usted...

Malcolm asintió y se dirigió hacia el estudio de Alasdair. Sabía que su hermano solía refugiarse allí cuando tenía asuntos importantes que resolver, lejos del bullicio del castillo. Al llegar a la puerta, dudó por un momento antes de llamar suavemente con los nudillos.

—Entra —se escuchó la voz profunda de Alasdair desde el interior.

Malcolm empujó la puerta y entró en la habitación, encontrando a su hermano mayor sentado detrás de un escritorio cubierto de pergaminos y mapas. La luz de la mañana entraba a través de las ventanas, iluminando el rostro serio de Alasdair mientras estudiaba los documentos frente a él.

—Malcolm —dijo Alasdair, levantando la vista para encontrar la mirada de su hermano—. Me alegra verte tan temprano. Hay mucho de lo que debemos hablar.

Malcolm cerró la puerta tras de sí y se acercó al escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho. Podía sentir la tensión en el aire, una tensión que sabía que solo se disiparía una vez que hubieran tenido la conversación que ambos habían estado evitando.

—Alasdair, sé que estás preocupado por Fiona —comenzó Malcolm, yendo directamente al grano—. Pero quiero que entiendas algo: ella no es una amenaza para nosotros. De hecho, es gracias a ella que estoy aquí, hablando contigo.

Alasdair suspiró, recostándose en su silla mientras observaba a su hermano con una mirada cargada de emociones. —No es Fiona lo que me preocupa, Malcolm —dijo finalmente—. Es la situación en la que esto nos coloca a todos. Los rumores ya están corriendo por el castillo, y no me sorprendería si pronto llegaran a los oídos de los otros clanes. La reputación de Fiona no es... favorable, y aunque tú puedas confiar en ella, no todos lo harán.

Malcolm frunció el ceño, sintiendo cómo la ira comenzaba a bullir en su interior. — ¿Reputación? ¿Estás preocupado por lo que dirán los demás? Fiona ha salvado más vidas de las que podemos contar. Si la gente es demasiado ciega para ver eso, entonces es su problema, no el nuestro.

Alasdair se inclinó hacia adelante, con la expresión endurecida por la preocupación. —No es tan simple, Malcolm. Eres uno de los líderes de este clan, y lo que haces, las decisiones que tomas, afectan a todos aquí. Si te involucras con Fiona de una manera que pueda ser vista como... inapropiada, podrías poner en riesgo más que tu propia reputación. Podrías poner en riesgo la estabilidad del clan.

Malcolm lo miró fijamente, sus ojos reflejando la determinación que siempre lo había caracterizado. —No me involucraré en rumores ni en miedos infundados, Alasdair. Fiona es una mujer fuerte, capaz y digna de respeto. Y no permitiré que nadie, ni siquiera nuestro propio clan, la trate con menos de lo que merece.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso, cargado de emociones no expresadas. Alasdair observó a su hermano menor, reconociendo la fuerza de sus convicciones, pero también sintiendo el peso de la responsabilidad que ambos compartían. Sabía que Malcolm siempre había sido impulsivo, siguiendo su corazón más que su mente, pero esta vez, la situación era diferente.

—Malcolm, no dudo de tus intenciones —dijo finalmente Alasdair, su tono más suave—. Pero debemos ser prudentes. Los tiempos que vivimos son peligrosos, y no podemos permitirnos debilidades. Si la relación entre tú y Fiona se malinterpreta, podríamos enfrentarnos a problemas más graves de los que ya tenemos.

Malcolm apretó los puños, luchando por mantener la calma. Sabía que su hermano tenía razón en parte, que la situación era delicada, pero también sabía que no podía traicionar sus propios sentimientos, ni a Fiona, simplemente para mantener las apariencias.

—No estoy pidiendo que el clan acepte a Fiona de inmediato —dijo Malcolm, con la voz cargada de resolución—. Pero sí pido que se le dé una oportunidad. Que se le permita demostrar quién es realmente, más allá de los rumores y las supersticiones. Y si hay algo que puedas hacer para facilitar eso, te lo agradecería.

Alasdair lo miró en silencio durante varios segundos, evaluando sus palabras, su convicción.

Finalmente, asintió lentamente, como si aceptara el desafío que Malcolm le estaba presentando.

—Haré lo que pueda —dijo Alasdair, con un tono que reflejaba tanto la preocupación como el apoyo—. Pero, Malcolm, no me hagas arrepentirme de esto. Te lo pido como tu hermano.

Malcolm sintió que la tensión en sus hombros disminuía ligeramente, aunque sabía que la situación aún estaba lejos de resolverse. —No te arrepentirás, Alasdair —respondió con firmeza—. Te lo prometo.

Con esas palabras, el momento de tensión entre los dos hermanos se disipó un poco, aunque ambos sabían que el camino por delante seguiría siendo complicado. Malcolm se despidió de su hermano y salió del estudio, sintiendo que había dado un pequeño paso en la dirección correcta, pero también consciente de que quedaba mucho por hacer.

Mientras Malcolm caminaba por los pasillos en dirección a los aposentos que habían asignado a Fiona, su mente se llenaba de pensamientos sobre lo que había dicho Alasdair. Sabía que su hermano tenía razón al preocuparse por las repercusiones de su relación con Fiona, pero también sabía que no podía darle la espalda a lo que sentía. Había algo en Fiona que lo atraía de una manera que no podía ignorar, una conexión que se había fortalecido con cada día que pasaban juntos.

Al llegar a la puerta de los aposentos de Fiona, Malcolm llamó suavemente antes de entrar. La encontró sentada junto a la ventana, mirando hacia los jardines del castillo con una expresión pensativa. Al escucharlo entrar, Fiona giró la cabeza y lo observó en silencio, como si pudiera leer en su rostro lo que había ocurrido.

—¿Hablaste con Alasdair? —preguntó Fiona, su voz tranquila, pero con un matiz de preocupación.

Malcolm asintió, acercándose a ella y sentándose en la silla junto a la suya. —Sí, hablamos. Está preocupado por... todo esto. Por ti, por nosotros.

Fiona bajó la mirada, su expresión reflejando la lucha interna que había estado librando desde que llegó al castillo. —No quiero causarte problemas, Malcolm. Tal vez fue un error que viniera aquí. Tal vez debería regresar a mi cabaña antes de que las cosas se compliquen más.

Malcolm sintió una punzada en el corazón al escuchar esas palabras. La idea de que Fiona se marchara, de que volviera a su vida solitaria, era algo que no podía soportar. Había llegado a depender de su presencia, de su fuerza tranquila, y no estaba dispuesto a dejarla ir tan fácilmente.

—No fue un error, Fiona —dijo con firmeza, tomando su mano entre las suyas—. Y no quiero que te vayas. Necesito que estés aquí, no solo por mí, sino porque sé que eres una parte importante de lo que estamos enfrentando. No podemos dejar que el miedo o los rumores dicten nuestras acciones.

Fiona lo miró a los ojos, buscando en ellos alguna señal de duda, pero lo único que encontró fue

sinceridad y determinación. Sabía que Malcolm estaba siendo honesto, que realmente quería que se quedara, pero también sabía que su presencia en el castillo podría traer complicaciones para ambos.

—No quiero ser una carga para ti, Malcolm —murmuró,

sus ojos brillando con una emoción que trataba de controlar—. Ya tienes suficiente de lo que preocuparte.

Malcolm sacudió la cabeza, acercándose un poco más a ella. —No eres una carga, Fiona. Eres lo contrario. Y sé que esto no será fácil, pero nada que valga la pena lo es. Estoy dispuesto a enfrentar lo que sea necesario, siempre y cuando tú estés a mi lado.

Fiona sintió que las barreras que había construido a su alrededor comenzaban a desmoronarse, y aunque una parte de ella quería seguir protegiéndose, otra parte, la que había aprendido a confiar en Malcolm, le decía que tal vez, solo tal vez, era hora de dejar entrar a alguien más en su vida.

—Si estás seguro de esto, Malcolm —dijo finalmente, su voz temblando ligeramente—, entonces me quedaré. Pero solo si prometes que seremos honestos el uno con el otro, que no dejaremos que el miedo o las dudas nos separen.

Malcolm sonrió, una sonrisa sincera que iluminó su rostro. —Te lo prometo, Fiona. No dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

El silencio que siguió a sus palabras fue profundo y cargado de significado, un silencio en el que ambos reconocieron que habían cruzado un umbral en su relación, uno del que no había vuelta atrás. Mientras el día avanzaba y el sol ascendía en el cielo, Malcolm y Fiona se quedaron junto a la ventana, observando los jardines del castillo, sabiendo que aunque el camino por delante sería difícil, lo enfrentarían juntos.

## Capítulo 12: La Atracción Irresistible

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo con tonos anaranjados y rosados que se reflejaban en las aguas del pequeño estanque en los jardines del castillo MacLeod. Las flores, todavía vibrantes a pesar de la cercanía del otoño, llenaban el aire con su fragancia dulce, creando una atmósfera de paz que contrastaba con la turbulencia interior que Malcolm y Fiona sentían.

Habían decidido dar un paseo por los jardines para despejar sus mentes después de la intensa conversación con Alasdair. El ambiente en el castillo se había vuelto denso, y ambos necesitaban un respiro, un momento lejos de las miradas inquisitivas y de las preocupaciones que parecían acecharlos a cada paso. El sonido suave del agua que corría en un pequeño arroyo cercano y el susurro de las hojas movidas por la brisa eran los únicos ruidos que acompañaban sus pasos mientras caminaban en silencio por un sendero bordeado de arbustos en flor.

Fiona, vestida con un sencillo vestido de lino que se ceñía a su figura con gracia, mantenía los ojos fijos en el suelo, como si la belleza del jardín no fuera suficiente para distraerla de los pensamientos que la atormentaban. Cada vez que su mano rozaba la de Malcolm, un pequeño estremecimiento recorría su cuerpo, un recordatorio constante de la tensión que latía entre ellos. Pero Fiona no era la única que luchaba por mantener la compostura.

Malcolm, con su porte alto y seguro, aparentaba calma, pero en su interior, la batalla entre el deber y el deseo se libraba con furia. Desde que había regresado al castillo, su mente no había dejado de girar en torno a Fiona, a la manera en que su presencia parecía calmar su espíritu y, al mismo tiempo, encender un fuego que apenas podía controlar. Caminaba junto a ella, pero sentía como si hubiera una distancia abismal entre ellos, una distancia que él anhelaba cerrar, aunque sabía que hacerlo traería consecuencias que ambos temían enfrentar.

Finalmente, llegaron a una pequeña glorieta cubierta de enredaderas, un rincón escondido del jardín que ofrecía un refugio lejos de las miradas curiosas. Fiona se detuvo, sus ojos recorriendo el paisaje con una melancolía que no podía disimular. Malcolm la observó en silencio, notando la delicadeza de su perfil a la luz del atardecer, la manera en que los rayos dorados se reflejaban en su cabello, dándole un brillo casi etéreo.

—Es un lugar hermoso —murmuró Fiona, rompiendo el silencio que había caído entre ellos—. Tranquilo, como si el mundo exterior no pudiera alcanzarnos aquí.

Malcolm asintió, pero su atención no estaba en el paisaje. Sus ojos permanecían fijos en Fiona, en la manera en que su voz suave resonaba en el aire, en la forma en que sus labios se movían al hablar. La atracción que sentía por ella era una fuerza poderosa, casi palpable, que lo empujaba hacia ella, incluso cuando su mente le decía que debía resistir.

—Lo es —respondió finalmente, su voz más grave de lo habitual—. Pero la tranquilidad a veces

puede ser engañosa.

Fiona giró la cabeza hacia él, sus ojos encontrando los de Malcolm con una intensidad que hizo que su corazón se acelerara. Durante unos segundos que parecieron eternos, ninguno de los dos habló. El silencio se llenó con la tensión acumulada, con la lucha interna que ambos estaban librando.

—Malcolm... —comenzó Fiona, pero las palabras murieron en sus labios cuando vio la expresión en su rostro, una mezcla de deseo y conflicto que reflejaba exactamente lo que ella misma sentía.

Antes de que pudiera decir algo más, Malcolm dio un paso hacia ella, su mano levantándose lentamente para rozar su mejilla con una suavidad que la hizo cerrar los ojos por un breve momento. El contacto, aunque ligero, fue suficiente para enviar una corriente eléctrica por su piel, encendiendo una chispa que había estado latente entre ellos durante demasiado tiempo.

—Fiona —susurró Malcolm, su voz baja, cargada de emoción—. No sé cómo detener esto. No sé si quiero detenerlo.

Fiona abrió los ojos, encontrándose con la mirada intensa de Malcolm, una mirada que le hacía difícil pensar con claridad. Podía sentir su respiración, lenta y pesada, mezclándose con la suya, y el calor que emanaba de su cuerpo la envolvía como una manta protectora, pero también peligrosa.

—Esto... —Fiona tragó saliva, su mente luchando por encontrar las palabras correctas—. Esto es más complicado de lo que podemos manejar, Malcolm. Tú lo sabes.

Malcolm no apartó la mirada, sus ojos oscuros fijos en los de Fiona mientras su mano continuaba acariciando suavemente su mejilla. —Lo sé, Fiona. Pero también sé que no puedo seguir ignorando lo que siento. He tratado de mantenerme alejado, de ser fuerte, pero... cuando estoy cerca de ti, todo eso se desvanece.

Las palabras de Malcolm resonaron en el corazón de Fiona, derrumbando las últimas barreras que había intentado mantener en pie. Sabía que lo que sentía por él era algo que no podía simplemente ignorar o enterrar, por más que quisiera protegerse a sí misma y a él de las posibles consecuencias.

—Malcolm, yo... —comenzó de nuevo, pero antes de que pudiera continuar, sintió cómo la mano de Malcolm se deslizaba hasta la nuca, inclinando su rostro hacia el suyo.

Y entonces ocurrió. Fue como si el tiempo se detuviera, como si el mundo a su alrededor se desvaneciera, dejándolos solos en ese pequeño rincón del jardín. Los labios de Malcolm rozaron los de Fiona con una suavidad que le arrancó un suspiro involuntario, un suspiro que él no tardó en silenciar al profundizar el beso.

El beso fue al principio tierno, un delicado descubrimiento, como si ambos estuvieran tanteando

las aguas de un nuevo territorio. Pero en cuestión de segundos, la tensión contenida, la pasión reprimida, estalló en una oleada de deseo que no pudieron contener. Los brazos de Malcolm rodearon la cintura de Fiona, acercándola a él, mientras sus labios exploraban los suyos con una intensidad creciente. Fiona se aferró a los hombros de Malcolm, sintiendo cómo su propio cuerpo respondía al contacto, cómo el calor que emanaba de él la envolvía por completo.

El sabor de sus labios, el roce de su barba incipiente contra su piel, la firmeza de su cuerpo contra el suyo... todo se unió en una sinfonía de sensaciones que la hicieron olvidar, aunque fuera por un momento, todas las dudas, todos los miedos.

Pero entonces, tan repentinamente como había comenzado, la realidad los alcanzó. Malcolm se apartó de Fiona con un jadeo, sus manos todavía apoyadas en su cintura, pero sus ojos reflejando el conflicto que aún luchaba por controlar. Fiona también se alejó, llevando una mano a sus labios hinchados mientras intentaba recuperar el aliento y la claridad mental.

Ambos permanecieron en silencio, las palabras atrapadas en sus gargantas mientras intentaban procesar lo que acababa de ocurrir. El peso de sus decisiones, de sus responsabilidades, cayó sobre ellos con fuerza, recordándoles que lo que acababan de compartir no era algo simple ni fácil de ignorar.

—Lo siento —murmuró Malcolm finalmente, su voz rota por la emoción—. No debería haber...

—No, no te disculpes —lo interrumpió Fiona, su tono suave pero firme—. Yo también lo deseaba, Malcolm. Pero tienes razón, esto es complicado. Y no podemos permitirnos dejarnos llevar por lo que sentimos, no ahora.

Malcolm la miró, sintiendo la punzada del arrepentimiento mezclada con el deseo que aún latía en su interior. —Fiona, no quiero que pienses que esto fue un error. Lo que siento por ti es real, pero... no puedo ignorar las implicaciones que esto tiene.

Fiona asintió lentamente, comprendiendo el peso de sus palabras. Sabía que lo que acababan de compartir era algo poderoso, algo que no podía deshacerse con una simple disculpa. Pero también sabía que el mundo en el que vivían, las responsabilidades que ambos tenían, complicaban cualquier intento de seguir adelante con lo que había surgido entre ellos.

—Lo sé, Malcolm —dijo en voz baja, su mirada perdida en el reflejo del agua en el estanque—. Pero tal vez lo mejor sería que nos tomáramos un tiempo para pensar. Para decidir cómo queremos seguir adelante sin herirnos el uno al otro... o a los demás.

Malcolm sintió un nudo formarse en su garganta ante la idea de alejarse de Fiona, pero también sabía que ella tenía razón. No podían simplemente ceder al impulso sin considerar las consecuencias, no cuando tanto estaba en juego.

—Tienes razón —admitió con un suspiro, su mirada volviendo a encontrarse con la de Fiona—. Pero eso no significa que mis sentimientos cambien. Solo... necesitamos tiempo.

Fiona asintió, agradecida por su comprensión, aunque en su corazón supiera que este "tiempo" podría complicar aún más las cosas. —Tiempo —

repitió en un susurro, como si al decirlo en voz alta pudiera convencerse a sí misma de que era la mejor opción.

El silencio volvió a caer entre ellos, esta vez menos tenso, pero cargado de una nueva realidad que ambos tendrían que enfrentar. La atracción que había surgido entre ellos no era algo que pudiera ser ignorado, y aunque en ese momento decidieron dar un paso atrás, sabían que lo que sentían continuaría creciendo, desafiando cualquier barrera que intentaran erigir.

Finalmente, Fiona se apartó un poco más, su rostro sereno, pero con una tristeza que Malcolm no pudo ignorar. —Deberíamos regresar —dijo, su voz firme pero suave—. Antes de que alguien note nuestra ausencia.

Malcolm asintió, aunque en su interior deseaba prolongar ese momento un poco más, sabiendo que lo que acababan de compartir era un hito en su relación, algo que no desaparecería fácilmente. Con un último vistazo a la glorieta y al jardín que había sido testigo de su beso, se volvieron hacia el castillo, caminando uno al lado del otro, pero con la distancia física marcada por la necesidad de mantener el control sobre sus emociones.

Mientras regresaban por el mismo sendero por el que habían llegado, Malcolm sintió la carga de lo que acababa de ocurrir. Sabía que había cruzado una línea, una línea que podría tener repercusiones más allá de lo que él y Fiona pudieran prever. Pero también sabía que no podía arrepentirse, porque lo que había sentido en ese beso, lo que había descubierto en esos breves momentos de intimidad, era algo que jamás había experimentado antes.

Y mientras el castillo se alzaba ante ellos, Malcolm comprendió que, aunque intentaran ignorarlo, aunque trataran de mantener la distancia, la atracción entre él y Fiona sería una fuerza imparable, una fuerza que, tarde o temprano, volvería a unirlos.

## Capítulo 13: El Consejo de los Ancianos

El fuego crepitaba en la gran chimenea del salón de reuniones del castillo MacLeod, lanzando sombras danzantes sobre las paredes de piedra mientras los ancianos del clan se reunían en torno a la mesa central. Las antorchas colgadas en las paredes iluminaban los rostros curtidos por los años y las batallas, sus expresiones marcadas por la preocupación y la gravedad del momento. La noticia de la inminente amenaza del clan MacDonald había alcanzado un punto crítico, y todos sabían que las decisiones tomadas esa noche podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte para el clan.

Malcolm se encontraba en uno de los extremos de la mesa, sus músculos tensos y la mandíbula apretada. Podía sentir la tensión en el aire, una tensión que lo hacía estar alerta, preparado para lo que fuera que los ancianos del clan estuvieran por sugerir. Al otro extremo de la mesa, Alasdair, su hermano mayor y líder del clan, observaba con calma a los hombres que lo rodeaban, su mirada penetrante no dejando espacio para el error.

El silencio pesado fue roto finalmente por la voz de Angus, uno de los ancianos más respetados y experimentados del clan. Su barba gris y larga, sus ojos claros y su voz grave daban peso a cada palabra que pronunciaba.

—Estamos aquí porque enfrentamos una amenaza que no podemos ignorar —comenzó Angus, sus ojos recorriendo a cada uno de los presentes—. El clan MacDonald se prepara para atacarnos, y no podemos darnos el lujo de subestimarlos. Debemos estar listos, no solo para defender nuestras tierras, sino para asegurar la supervivencia de nuestro pueblo.

Hubo murmullos de asentimiento a lo largo de la mesa, pero Malcolm notó que no todos los rostros reflejaban el mismo acuerdo. Sabía que algunos de los hombres presentes estaban considerando opciones que él encontraba inaceptables.

—Es por eso —continuó Angus— que debemos considerar todas las posibilidades. Todos los recursos a nuestro alcance. Y cuando hablo de recursos, me refiero también a las habilidades de Fiona MacTavish.

El nombre de Fiona cayó sobre la sala como una piedra en un lago, creando ondas de tensión que se expandieron rápidamente. Malcolm sintió un nudo formarse en su estómago, su intuición confirmando lo que había temido desde el momento en que entró en la sala. Se enderezó en su silla, sus ojos fijos en Angus, mientras el anciano continuaba hablando.

—Fiona es conocida por sus habilidades, habilidades que han salvado muchas vidas en este clan —dijo Angus, con una voz medida—. Algunos de nosotros creemos que podríamos utilizar sus conocimientos para proteger nuestras tierras, para crear barreras de protección o incluso para disuadir a los MacDonald de atacarnos. Si sus habilidades son tan poderosas como se dice, sería irresponsable no considerarlas en este momento de crisis.

El murmullo se hizo más fuerte, algunos de los ancianos asintiendo en acuerdo mientras otros intercambiaban miradas de duda. Malcolm sintió cómo la ira comenzaba a hervir dentro de él, pero se obligó a contenerse, sabiendo que necesitaba expresar su desacuerdo de manera clara y firme.

—No podemos hacer eso —dijo Malcolm, su voz cortando el murmullo como un cuchillo—. Fiona no es un arma, no es un objeto que podamos utilizar para nuestros fines. Es una mujer que ha dedicado su vida a ayudar a los demás, no a ser utilizada como una herramienta de guerra.

Angus se volvió hacia Malcolm, sus ojos entrecerrados mientras evaluaba la firmeza en la voz del guerrero. —Malcolm, nadie está diciendo que forcemos a Fiona a hacer algo en contra de su voluntad —dijo Angus con un tono conciliador—. Pero debemos ser realistas. Si Fiona puede ayudarnos, ¿no deberíamos al menos considerarlo?

Malcolm apretó los puños bajo la mesa, su frustración evidente en cada palabra que pronunció. —Lo que debemos considerar es lo que es justo y correcto. No podemos pedirle que ponga su vida en peligro, que se convierta en algo que no es. Fiona ha hecho más que suficiente por este clan, y no voy a permitir que sea tratada como un medio para un fin.

Los murmullos se acallaron ante la contundencia de las palabras de Malcolm, y el silencio que siguió estuvo cargado de una tensión palpable. Alasdair, quien había estado observando en silencio hasta ese momento, decidió intervenir.

—Malcolm tiene razón —dijo Alasdair, su voz calmada pero autoritaria—. Fiona es una parte valiosa de nuestro clan, pero no debemos olvidar que ella es, ante todo, una curandera. No podemos permitir que se convierta en un arma, ni que se la presione para hacer algo que no desea. Debemos enfocarnos en nuestras propias fuerzas y en nuestras propias estrategias. Y si Fiona decide ayudarnos, lo aceptaremos con gratitud, pero no la utilizaremos como una herramienta de guerra.

Las palabras de Alasdair parecieron calmar un poco la inquietud en la sala, pero Malcolm no podía dejar de notar que algunos de los ancianos aún parecían indecisos. Angus, aunque evidentemente respetuoso de la posición de Alasdair, no parecía completamente convencido.

—Entiendo tu preocupación, Laird —dijo Angus finalmente, con un tono más suave—. Y respeto lo que dices. Pero no podemos ignorar el hecho de que estamos en una situación desesperada. Los MacDonald no mostrarán piedad, y debemos estar preparados para cualquier cosa. Si Fiona está dispuesta a ayudarnos, no deberíamos rechazar su oferta.

Alasdair asintió, comprendiendo la preocupación de Angus, pero manteniéndose firme en su postura. —Si Fiona elige ayudarnos, lo hará bajo sus propios términos, y no bajo presión o coacción. Eso es todo lo que podemos hacer por ahora.

El silencio que siguió a las palabras de Alasdair fue tenso, pero lentamente, los ancianos comenzaron a asentir, aceptando a regañadientes la decisión. La reunión continuó con

discusiones sobre las defensas del castillo y las estrategias para enfrentar el ataque inminente de los MacDonald. Aunque Malcolm participó activamente en las discusiones, su mente seguía volviendo una y otra vez a Fiona, preguntándose cómo afectaría esto su relación con el clan y cómo podría protegerla de las expectativas que algunos ya estaban comenzando a poner sobre ella.

Cuando la reunión finalmente concluyó, Malcolm se quedó atrás, observando cómo los ancianos se retiraban del salón uno por uno. Sabía que no podía esperar más. Tenía que hablar con Fiona, explicarle lo que había sucedido y asegurarse de que entendiera que él no permitiría que fuera utilizada como un peón en este juego de poder.

Al llegar a los aposentos de Fiona, Malcolm tocó suavemente la puerta, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Cuando la puerta se abrió, encontró a Fiona con una expresión tranquila, aunque la preocupación se reflejaba en sus ojos.

—Malcolm —dijo Fiona, su voz suave—. ¿Qué ha pasado? Sabía que esta reunión no sería fácil.

Malcolm entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él, preparándose para la difícil conversación que sabía que debía tener. —Fiona, hay algo de lo que necesito hablarte. Algo que ocurrió en la reunión de esta noche.

Fiona lo miró en silencio, su expresión serena pero atenta. Malcolm le explicó lo que había sucedido, las sugerencias de Angus y otros ancianos de utilizar sus habilidades para proteger al clan, y la forma en que él y Alasdair habían intervenido para detener esa idea.

A medida que Malcolm hablaba, Fiona se mantuvo en silencio, sus ojos reflejando una mezcla de sorpresa y comprensión. Cuando él terminó, Fiona suspiró, apartando la mirada por un momento antes de volver a encontrarse con los ojos de Malcolm.

—No es sorprendente que lo hayan sugerido —dijo finalmente Fiona, con una calma que sorprendió a Malcolm—. Entiendo sus miedos, sus deseos de proteger a su gente. Pero tú y Alasdair tenéis razón. Mis habilidades no deben ser utilizadas como un arma. No es para eso para lo que me entrené.

Malcolm sintió una oleada de alivio al escuchar sus palabras, pero también un profundo respeto por la fortaleza que Fiona demostraba. Sabía que no todos habrían reaccionado de la misma manera ante tal situación.

—Lo sé, Fiona —dijo Malcolm, acercándose un poco más a ella—. Pero también sé que algunos no dejarán de presionar para que te involucres. No quiero que te sientas obligada a hacer algo que no desees.

Fiona sonrió levemente, una sonrisa cargada de tristeza y determinación. —Malcolm, lo que más deseo es ayudar a proteger a esta gente. Es mi hogar ahora, y no puedo quedarme de brazos cruzados si hay algo que pueda hacer para ayudar. Pero lo haré bajo mis propios términos, y no permitiré que me utilicen.

Malcolm asintió, sintiendo un profundo respeto por la decisión de Fiona. —Eso es todo lo que puedo pedir, Fiona. Y te prometo que estaré a tu lado en todo momento.

El silencio que siguió fue reconfortante, lleno de una comprensión tácita entre ambos. Fiona sabía que la batalla que se avecinaba sería difícil, pero también sabía que no estaba sola, y que, con Malcolm a su lado, podría enfrentar cualquier desafío que se les presentara.

Mientras la noche avanzaba, con el viento ululando fuera de los muros del castillo, Malcolm y Fiona se quedaron juntos, sabiendo que, aunque las decisiones que debían tomar serían difíciles, lo harían con el apoyo inquebrantable del uno hacia el otro.

## Capítulo 14: Un Plan Peligroso

El viento azotaba las murallas del castillo MacLeod con una fuerza inusitada, como si las propias Highlands estuvieran al tanto de la tormenta que se cernía sobre el clan. Dentro de los gruesos muros de piedra, la atmósfera era igual de tensa. Los preparativos para la inminente batalla contra el clan MacDonald estaban en pleno apogeo, y la sala de guerra del castillo era el centro de toda actividad.

Malcolm se encontraba de pie junto a una mesa cubierta de mapas y pergaminos, trazando estrategias y discutiendo con los otros líderes del clan. Su rostro, endurecido por la determinación, no dejaba entrever las dudas que lo consumían por dentro. Sabía que enfrentarse a los MacDonald sería una tarea titánica, pero estaba resuelto a proteger a su gente, a su familia, sin importar el costo. Aun así, la idea de poner en peligro a Fiona era algo que no podía aceptar.

—Debemos concentrar nuestras fuerzas aquí —dijo Malcolm, señalando un punto en el mapa donde los MacDonald probablemente lanzarían su ataque principal—. Si logramos mantener esta posición, podremos repelerlos antes de que lleguen a las murallas del castillo.

Los hombres a su alrededor asintieron en silencio, confiando en el juicio de Malcolm. Pero entre los murmullos de aprobación, una voz se alzó, cuestionando lo que muchos temían admitir.

—¿Y qué pasa si no podemos contenerlos? —preguntó uno de los hombres, su tono lleno de preocupación—. Los MacDonald son implacables. Si rompen nuestras defensas, no tendremos otra oportunidad.

Malcolm apretó los dientes, sabiendo que la pregunta era válida, pero también consciente de que no había margen para la duda. —No romperán nuestras defensas —respondió con una firmeza que no dejaba lugar a discusión—. Estaremos preparados para cualquier eventualidad. Y no, no necesitamos a Fiona para esto.

El silencio que siguió a sus palabras fue pesado, cargado de la tensión que todos sentían pero que ninguno se atrevía a expresar abiertamente. Malcolm sabía que algunos todavía consideraban la idea de involucrar a Fiona, pero él se había mantenido firme en su decisión: no permitiría que la mujer a la que estaba empezando a amar se convirtiera en un peón en este juego mortal.

La reunión concluyó con una serie de órdenes distribuidas entre los hombres, quienes se dispersaron rápidamente para cumplir con sus tareas. Malcolm se quedó solo en la sala de guerra, su mirada fija en el mapa frente a él, pero su mente perdida en pensamientos mucho más personales.

Sabía que el plan que había diseñado era peligroso. Si algo salía mal, él sería el primero en enfrentar el ataque de los MacDonald, y las probabilidades de sobrevivir a un enfrentamiento directo con sus mejores guerreros eran escasas. Pero prefería arriesgarse él mismo antes que

permitir que Fiona se viera arrastrada a una situación que podría costarle la vida.

Mientras Malcolm se sumergía en sus pensamientos, Fiona se movía sigilosamente por los pasillos del castillo. Había escuchado lo suficiente durante la reunión de los ancianos para saber que, a pesar de las promesas de Malcolm y Alasdair, algunos seguían considerando la idea de utilizar sus habilidades para proteger el castillo. Y aunque Malcolm había diseñado un plan que excluía su participación, Fiona no podía quedarse de brazos cruzados sabiendo que su vida estaba en peligro.

Esa misma tarde, había pasado horas en la pequeña habitación que le habían asignado, meditando sobre lo que debía hacer. No quería desobedecer a Malcolm, no después de todo lo que él había hecho para protegerla. Pero tampoco podía ignorar la sensación creciente de que algo terrible estaba por suceder. Sabía que tenía que actuar, y sabía cómo hacerlo sin que nadie lo supiera.

Fiona había crecido en un mundo donde la naturaleza y la magia estaban entrelazadas de manera inseparable. Desde niña, había aprendido a escuchar los susurros del viento, a leer los signos en las hojas y a sentir la energía de la tierra bajo sus pies. Y aunque nunca había usado sus dones para dañar a otros, sabía que podía canalizar esa energía para fortalecer las defensas del castillo, para proteger a las personas que se habían convertido en su nueva familia.

Con esa determinación en mente, Fiona había reunido los ingredientes necesarios y había comenzado a trabajar en silencio, utilizando su conocimiento ancestral para preparar un ritual que canalizaría la fuerza de la naturaleza hacia las murallas del castillo. No era una magia oscura ni peligrosa, pero sí requería concentración y precisión. Cualquier error podría hacer que el esfuerzo fuera en vano, o peor, podría atraer la atención de quienes aún la veían con desconfianza.

Cuando llegó la noche, y el castillo se sumió en el silencio, Fiona salió de su habitación, llevando consigo los ingredientes y las herramientas que necesitaba. Sabía que el tiempo era esencial; el ataque de los MacDonald podría ocurrir en cualquier momento, y necesitaba estar lista antes de que eso sucediera.

Con pasos ligeros, se dirigió hacia la muralla norte, el punto más vulnerable del castillo según los planes de Malcolm. La luna brillaba débilmente entre las nubes, iluminando su camino mientras se aseguraba de no ser vista por los guardias que patrullaban las murallas. Se movía con la habilidad de alguien que había pasado toda su vida en los bosques, sin hacer ruido, sin llamar la atención.

Al llegar a la base de la muralla, Fiona se detuvo, cerrando los ojos y permitiendo que sus sentidos se abrieran a la energía que la rodeaba. Podía sentir el pulso de la tierra bajo sus pies, el susurro del viento en sus oídos, y el ritmo constante del agua en el arroyo cercano. Todos esos elementos formaban parte del equilibrio natural, y ella era simplemente una guía, una conductora que los dirigiría hacia el propósito que había determinado.

Con movimientos precisos, Fiona comenzó a colocar los ingredientes en el suelo, formando un círculo que rodeaba la base de la muralla. En el centro, depositó una pequeña piedra que había

recogido del arroyo, su superficie lisa y brillante bajo la luz de la luna. Luego, cerró los ojos y comenzó a murmurar las palabras del ritual, palabras que había aprendido de su abuela, la misma mujer que le había enseñado todo lo que sabía sobre las antiguas artes.

A medida que las palabras fluían de sus labios, Fiona sintió cómo la energía comenzaba a reunirse a su alrededor, lenta pero constante, como la marea que sube en la playa. Podía sentir el poder de la tierra, del agua y del viento fusionándose, canalizándose a través de ella y extendiéndose hacia las piedras de la muralla. Era una sensación abrumadora, pero también reconfortante, como si estuviera devolviendo algo que siempre había pertenecido a ese lugar.

El ritual continuó durante lo que parecieron horas, aunque en realidad solo pasaron unos minutos. Finalmente, cuando sintió que la energía había alcanzado su punto máximo, Fiona dejó que el poder fluyera hacia la muralla, impregnándola con una fuerza que no era visible a simple vista, pero que ahora formaba parte de la estructura misma del castillo. Sabía que esa protección no duraría para siempre, pero al menos daría tiempo a Malcolm y a los suyos para defenderse, para preparar una respuesta al ataque que se avecinaba.

Cuando el ritual terminó, Fiona se desplomó brevemente sobre el suelo, agotada por el esfuerzo. Pero el cansancio era un precio pequeño a pagar por la seguridad de aquellos a quienes amaba. Sabía que nadie debía enterarse de lo que había hecho; si Malcolm o Alasdair lo supieran, podrían sentirse traicionados, y eso era lo último que deseaba. Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, Fiona sabía que había tomado la decisión correcta.

Con las primeras luces del amanecer, Fiona regresó a su habitación, su cuerpo cansado pero su espíritu en paz. Se permitió descansar solo un momento antes de que el ajetreo del castillo la despertara por completo. No había tiempo para más descanso; la batalla estaba a punto de comenzar.

Malcolm, por su parte, se levantó temprano, como siempre, dispuesto a enfrentar el día con la determinación que lo caracterizaba. Cuando se encontró con Fiona en el gran salón para el desayuno, no pudo evitar notar el brillo en sus ojos, una chispa de resolución que lo hizo sentir tanto orgullo como preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó Malcolm, susurrando para que nadie más escuchara.

Fiona le dedicó una sonrisa suave, una que solo él conocía. —Estoy bien, Malcolm. Solo un poco cansada. Pero estoy lista para lo que venga.

Malcolm asintió, aceptando sus palabras aunque no podía deshacerse de la sensación de que algo más estaba sucediendo. Pero decidió no presionar; confiaba en Fiona, y sabía que, cuando llegara el momento, estarían juntos en lo que fuera necesario.

Mientras el día avanzaba y el castillo se preparaba para la inminente batalla, Fiona se aseguró de mantenerse al margen, observando cómo los guerreros se organizaban, cómo Malcolm y Alasdair trazaban sus estrategias finales. Sabía que había hecho todo lo que estaba en su mano para protegerlos, y ahora solo quedaba esperar.

Cuando los primeros gritos de alarma resonaron en las murallas, anunciando la llegada de los MacDonald, Fiona se mantuvo firme, sabiendo que, pase lo que pase, había hecho lo correcto. Y mientras el rugido de la batalla comenzaba a llenar el aire, su corazón latía con la esperanza de que la energía que había canalizado hacia las murallas sería suficiente para resistir el embate.

Malcolm, liderando a sus hombres hacia el frente, sentía una calma inusitada en su interior, como si alguna fuerza invisible lo estuviera protegiendo. Y aunque no podía saberlo con certeza, en su corazón sabía que Fiona estaba detrás de ese sentimiento, de esa fuerza que lo impulsaba a luchar con más valor que nunca.

La batalla sería feroz, pero Malcolm y Fiona estaban preparados para enfrentarla juntos, cada uno con su propio papel en este juego peligroso. Y aunque el futuro era incierto, ambos sabían que su conexión, su amor creciente, les daría la fuerza para superar cualquier obstáculo.

# Capítulo 15: La Batalla en la Oscuridad

La luna apenas asomaba entre las densas nubes que cubrían el cielo, lanzando destellos plateados que se reflejaban tenuemente en las piedras húmedas de las murallas del castillo MacLeod. La oscuridad reinaba sobre las Highlands, y el silencio de la noche solo era interrumpido por el lejano ulular del viento y el ocasional crujido de las ramas movidas por la brisa.

En lo alto de las murallas, los hombres de Malcolm estaban en guardia, con los ojos fijos en la negrura que se extendía más allá de las tierras del castillo. Sabían que el ataque del clan MacDonald era inminente, y cada segundo que pasaba los acercaba más al enfrentamiento que podría decidir su destino.

Malcolm, con la espada en mano, caminaba de un lado a otro sobre la muralla, inspeccionando a sus hombres y asegurándose de que todos estuvieran listos. Su figura, alta y imponente, se recortaba contra el débil resplandor de las antorchas que parpadeaban en los muros, proyectando sombras que parecían moverse al compás de su paso firme. Pero a pesar de su exterior calmado, su mente estaba en constante alerta, consciente de que cualquier señal podría ser el preludio de la batalla.

Desde su posición, Malcolm podía sentir la tensión de sus hombres, podía ver cómo apretaban las empuñaduras de sus espadas y lanzas, cómo murmuraban en voz baja, buscando consuelo en la compañía de sus camaradas. Él mismo sentía la presión de la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, pero también sabía que no estaba solo en esa lucha.

Fiona. Su nombre resonaba en su mente como un ancla en medio de la tormenta. Sabía que ella estaba dentro del castillo, segura por el momento, pero no podía evitar pensar en las medidas que había tomado en secreto, las que ni él ni nadie más conocía. Algo en su interior le decía que esas precauciones serían cruciales en la batalla que estaba a punto de comenzar, aunque no podía entender completamente cómo.

De repente, un grito rompió el silencio de la noche. —¡Están aquí!

El sonido de los cuernos de guerra resonó en el aire, seguido por el eco de tambores que se extendía como un latido ominoso a través del valle. Los hombres de Malcolm se tensaron, sus ojos buscando en la oscuridad cualquier signo de movimiento. Y entonces los vieron: las sombras de los guerreros del clan MacDonald avanzando bajo la cobertura de la noche, sus figuras oscuras apenas distinguibles en la penumbra.

Malcolm levantó su espada, el acero brillando bajo la luz de la luna, y gritó con voz firme y clara: —¡Defended el castillo! ¡Por el clan MacLeod!

Los guerreros respondieron con un grito unísono, sus voces llenas de determinación y coraje. Y así comenzó la batalla en la oscuridad.

El ataque fue feroz y rápido. Los MacDonald, aprovechando la falta de luz, intentaron escalar las murallas con ganchos y cuerdas, lanzando una lluvia de flechas sobre los defensores del castillo. Pero los hombres de Malcolm estaban preparados. A pesar de la confusión inicial, lograron repeler los primeros intentos de ascenso, utilizando lanzas y espadas para cortar las cuerdas y hacer retroceder a los atacantes.

Malcolm se movía con la agilidad de un guerrero experimentado, coordinando a sus hombres mientras luchaba en primera línea, su espada cortando el aire con precisión mortal. Cada vez que un guerrero del clan MacDonald lograba alcanzar la muralla, era recibido por la fría hoja de su espada o el filo de una lanza. La sangre salpicaba las piedras del castillo, y los gritos de los heridos y moribundos se mezclaban con el ruido del combate.

A pesar de la intensidad de la batalla, algo en el comportamiento de los atacantes desconcertó a Malcolm. Parecían desorientados, sus movimientos menos coordinados de lo que había anticipado. Y entonces lo comprendió: las medidas de Fiona estaban funcionando. La energía que ella había canalizado hacia las murallas no era visible, pero estaba allí, alterando sutilmente la percepción de los MacDonald, dificultando su avance y debilitando su ofensiva.

Un guerrero del clan MacDonald logró llegar hasta Malcolm, su espada levantada para un golpe mortal. Pero antes de que pudiera atacar, Malcolm giró con la rapidez de un rayo, su espada atravesando el torso del enemigo con un movimiento fluido y letal. El hombre cayó a sus pies, y Malcolm, sin perder un segundo, volvió a girarse hacia los otros atacantes que intentaban subir la muralla.

—¡No dejéis que pasen! —gritó, su voz clara y fuerte sobre el caos—. ¡Por nuestras tierras, por nuestras familias!

Sus palabras infundieron un nuevo vigor en sus hombres, que redoblaron sus esfuerzos para repeler el ataque. A lo lejos, Malcolm pudo ver a Alasdair luchando junto a sus guerreros, su figura inconfundible liderando con el mismo coraje y determinación que siempre había mostrado. Los hermanos MacLeod estaban unidos en esta lucha, y juntos defenderían su hogar hasta el último aliento.

Mientras la batalla se prolongaba, Malcolm notó que los ataques de los MacDonald comenzaban a disminuir en intensidad. Los guerreros enemigos, que al principio habían arremetido con fuerza y confianza, ahora parecían titubear, como si algo invisible estuviera minando su moral. Era como si una fuerza ajena los estuviera conteniendo, una fuerza que Malcolm sabía que debía agradecer a Fiona.

En medio del caos, un guerrero del clan MacDonald, más astuto que los demás, logró acercarse a Malcolm, aprovechando un momento de distracción. Pero antes de que pudiera atacar, un destello de luz azulada cruzó el aire, golpeando al atacante y haciéndolo caer de espaldas. Malcolm se giró, asombrado, y vio a Fiona, su figura destacándose en la oscuridad, con los ojos brillando de determinación y poder.

—¡Fiona! —gritó Malcolm, sin poder contener su sorpresa.

Fiona, sin dejar de observar el campo de batalla, asintió con la cabeza, sus manos levantadas en un gesto que parecía controlar la energía a su alrededor. —Estoy aquí para ayudar, Malcolm. No puedo quedarme al margen mientras lucháis por nuestras vidas.

Malcolm sintió una mezcla de alivio y preocupación al verla allí, en medio del peligro. Pero no había tiempo para discutir. La batalla aún no había terminado, y los MacDonald seguían intentando romper las defensas del castillo.

—¡A mi lado, entonces! —ordenó Malcolm, su voz resonando con autoridad—. ¡Lucharemos juntos!

Fiona se movió con gracia, colocándose a su lado mientras canalizaba la energía que había invocado, utilizando su poder para repeler a los atacantes y fortalecer a los defensores. A medida que luchaban juntos, Malcolm sintió cómo la conexión entre ellos se hacía más fuerte, como si el combate uniera no solo sus cuerpos, sino también sus almas.

Los MacDonald, que al principio habían luchado con una fiera implacable, comenzaron a retroceder, sus filas desmoronándose bajo la presión combinada de las defensas del castillo y la energía de Fiona. Los gritos de los líderes del clan enemigo resonaron en la oscuridad, ordenando una retirada mientras los guerreros restantes intentaban escapar del campo de batalla.

Malcolm, jadeando por el esfuerzo, levantó la vista hacia la muralla, donde los pocos MacDonald que quedaban intentaban escapar. No les dio tregua. —¡Perseguidlos! ¡No dejéis que se reagrupen!

Sus hombres, aunque agotados, respondieron con un grito de victoria, lanzándose tras los enemigos en retirada. Fiona, a su lado, se dejó caer de rodillas, su energía casi agotada por el esfuerzo, pero con una expresión de triunfo en su rostro.

Malcolm se arrodilló junto a ella, tomando su mano con suavidad. —Fiona... lo hemos logrado. Gracias a ti, hemos resistido.

Fiona alzó la vista hacia él, sus ojos brillando con una mezcla de alegría y cansancio. —No podía dejar que te enfrentases a esto solo, Malcolm. Te prometí que estaríamos juntos en esto.

Malcolm la miró, sintiendo una oleada de gratitud y admiración hacia la mujer que había arriesgado todo por él y por su gente. —Lo que has hecho... no tengo palabras para agradecerte, Fiona.

Fiona sonrió, su mano apretando la de Malcolm. —No necesitas palabras, Malcolm. Solo prométeme que nunca más intentarás enfrentar algo así solo.

Malcolm asintió, comprendiendo la profundidad de su petición. —Lo prometo, Fiona. A partir de ahora, lo enfrentaremos todo juntos.

Mientras la batalla llegaba a su fin y los MacLeod celebraban su victoria, Malcolm y Fiona

permanecieron juntos en la muralla, observando cómo el primer rayo de luz del amanecer comenzaba a iluminar el horizonte. La oscuridad había sido vencida, y con ella, el futuro del clan MacLeod parecía más seguro que nunca.

## Capítulo 16: La Revelación

El castillo MacLeod, que había estado envuelto en el caos y el estruendo de la batalla, se encontraba ahora en un silencio que solo podía seguir a una noche de lucha intensa. Los primeros rayos de sol se asomaban tímidamente por el horizonte, bañando las murallas en una luz dorada que parecía traer consigo una promesa de paz, aunque fuera momentánea. Los guerreros, agotados, se retiraban a sus aposentos o se sentaban en silencio, recuperando fuerzas y reflexionando sobre lo que habían vivido. Las sombras de la muerte y la victoria aún se cernían sobre ellos, como una neblina que tardaría en disiparse.

Malcolm, con el cuerpo cubierto de sudor y sangre, caminaba por los pasillos del castillo, sus pasos resonando en la piedra fría. Su mente era un torbellino de pensamientos, pero uno predominaba sobre todos los demás: Fiona. Había algo en su participación durante la batalla que no podía sacarse de la cabeza. Había sentido su presencia, una fuerza sutil pero innegable, en el momento en que los MacDonald comenzaban a flaquear. No podía explicarlo con lógica, pero sabía que ella había intervenido, y eso lo inquietaba profundamente.

El salón principal, normalmente bullicioso, estaba ahora casi vacío. Solo quedaban unos pocos hombres, vendando sus heridas o compartiendo murmullos en voz baja. Malcolm apenas les dirigió una mirada antes de dirigirse hacia los aposentos de Fiona. Cada paso que daba hacia ella intensificaba la mezcla de emociones en su pecho: la preocupación, el temor de que ella se hubiera puesto en peligro, y el desconcierto de no saber hasta qué punto había sido necesario su sacrificio.

Al llegar a la puerta de su habitación, Malcolm se detuvo un momento, respirando hondo para calmarse. Sabía que no podía entrar furioso, no después de todo lo que habían pasado. Tocó suavemente, sintiendo cómo la ansiedad le recorría el cuerpo. La puerta se abrió poco después, revelando a Fiona de pie ante él.

A pesar de la evidente fatiga en sus ojos, Fiona le sonrió, una sonrisa que no llegó a disipar la preocupación que reflejaba su rostro. Llevaba un sencillo vestido de lino, y su cabello estaba desordenado, pero para Malcolm, nunca había lucido más hermosa ni más fuerte. El peso de lo que había hecho, lo que había arriesgado, era evidente en cada línea de su expresión.

—Malcolm —dijo ella en un tono suave, invitándolo a entrar.

Malcolm asintió y cruzó el umbral, cerrando la puerta tras de sí. La pequeña habitación estaba iluminada por la luz tenue del amanecer, que se colaba por las ventanas estrechas. El ambiente era íntimo, casi cargado con la anticipación de la conversación que estaba por venir.

—Fiona —comenzó Malcolm, su voz más dura de lo que había planeado—, necesito entender lo que pasó anoche. Lo que hiciste.

Fiona lo miró en silencio durante unos segundos, como si estuviera reuniendo fuerzas para responder. Luego asintió lentamente y se dirigió a la pequeña mesa junto a la ventana, donde se sentó, indicándole con un gesto que la acompañara.

—Sé que lo que hice fue arriesgado —empezó Fiona, su voz tranquila pero firme—, y comprendo si estás enfadado conmigo por no haberte dicho nada antes. Pero sentí que era lo único que podía hacer para ayudar, para asegurarme de que tú y los tuyos sobrevivieran.

Malcolm se sentó frente a ella, sus ojos clavados en los de Fiona, buscando respuestas en esa mirada profunda que siempre había sido un enigma para él. —¿Qué hiciste, exactamente? Durante la batalla... sentí que algo estaba cambiando, que los MacDonald estaban perdiendo fuerza, como si algo los estuviera empujando hacia atrás. Y luego te vi... en medio de la batalla, canalizando esa energía. ¿Qué era?

Fiona respiró hondo, cerrando los ojos por un momento antes de abrirlos de nuevo. —Utilicé una parte de mí que normalmente mantengo oculta, Malcolm. Una parte que está conectada con las fuerzas de la naturaleza y los antiguos rituales que aprendí de mi abuela. No es magia oscura, ni nada que deba temerse, pero es poderosa. Sabía que si canalizaba esa energía hacia las murallas, podría ayudar a fortalecerlas y a confundir a nuestros enemigos.

Malcolm sintió cómo su corazón se aceleraba ante la revelación. Había oído hablar de esas habilidades, pero siempre habían sido parte de leyendas y susurros en la oscuridad, cosas que no se mencionaban en voz alta. Y ahora, Fiona le estaba confesando que había utilizado esa misma energía para salvarlos a todos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, su voz más suave ahora, pero aún con una sombra de dolor—. Podríamos haberlo planeado juntos, haber encontrado una forma de hacerlo sin que te pusieras en peligro.

Fiona lo miró con una tristeza que perforó el corazón de Malcolm. —Porque sabía que te preocuparías por mí, que intentarías detenerme. Y no podía permitirlo. Te amo, Malcolm, y no podía quedarme de brazos cruzados mientras tú y los tuyos luchabais por vuestras vidas. Lo hice por amor, no por desconfianza.

El aire en la habitación se volvió pesado con la confesión de Fiona. Malcolm sintió que las paredes que había construido alrededor de su corazón comenzaban a desmoronarse. Las emociones que había reprimido durante tanto tiempo emergieron con fuerza, abrumándolo con la intensidad de lo que sentía por ella.

—Fiona... —susurró, su voz quebrada por la emoción—. Lo que hiciste fue un acto de valentía y sacrificio que no puedo ignorar. Pero también fue un riesgo enorme. No puedo soportar la idea de perderte, de que algo te hubiera pasado por mi culpa.

Fiona extendió una mano hacia él, y Malcolm la tomó, sintiendo la calidez y la suavidad de su piel. —No fue por tu culpa, Malcolm. Fue mi elección. Y no me arrepiento de nada. Si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría, sin dudar.

Las palabras de Fiona, tan llenas de sinceridad y amor, derribaron las últimas defensas de Malcolm. Sabía que no podía seguir negando lo que sentía, no podía seguir protegiéndose detrás de un muro de orgullo y miedo. La amaba, con una profundidad que lo asustaba, pero también lo llenaba de una alegría que nunca antes había experimentado.

—Te amo, Fiona —dijo Malcolm, su voz cargada de una convicción que no dejaba lugar a dudas—. No puedo imaginar mi vida sin ti. Lo que hiciste... me demostró que no solo eres valiente, sino también increíblemente generosa y llena de amor. No merezco lo que has hecho por mí, pero te prometo que pasaré el resto de mi vida intentando estar a la altura de lo que mereces.

Fiona sonrió, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. —No necesito que intentes estar a la altura, Malcolm. Solo necesito que estés conmigo, que sigamos adelante juntos, sin secretos, sin barreras.

Malcolm asintió, sintiendo cómo un peso invisible se levantaba de sus hombros. —Lo haremos juntos, Fiona. Te lo prometo.

Se inclinó hacia ella, tomando su rostro entre sus manos y besándola con una suavidad que hablaba de todo el amor que había contenido durante tanto tiempo. Fiona respondió con igual ternura, sus labios entrelazándose en un beso que sellaba un pacto silencioso entre ambos. No habría más secretos, no habría más barreras entre ellos. Solo el compromiso de enfrentar juntos lo que viniera, fortalecidos por el amor que los unía.

El beso se profundizó, llenando el pequeño espacio con una calidez que contrastaba con la fría piedra que los rodeaba. Era un beso que sellaba no solo su amor, sino también la promesa de un futuro compartido, un futuro en el que ninguno tendría que luchar solo.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad, pero había una paz en sus rostros que no había estado allí antes. Malcolm se inclinó hacia Fiona, apoyando su frente contra la de ella, dejando que el momento los envolviera en su totalidad.

—Tenemos un largo camino por delante —dijo Fiona en un susurro, su voz llena de esperanza—. Pero lo recorreremos juntos.

Malcolm asintió, sus manos acariciando suavemente el rostro de Fiona. —Sí, lo haremos. Y no importa lo que venga, mientras estemos juntos, podremos superarlo.

El sol continuaba su ascenso, llenando la habitación con una luz dorada que prometía un nuevo día, un nuevo comienzo. Juntos, Malcolm y Fiona se levantaron, listos para enfrentar lo que el futuro les deparara. Sabían que habría desafíos, pero también sabían que, con el amor y la fuerza que compartían, no había nada que no pudieran superar.

Y mientras caminaban juntos hacia la puerta, listos para enfrentar el mundo exterior, lo hicieron con la certeza de que su unión, forjada en la adversidad y el sacrificio, sería el pilar sobre el cual construirían un futuro lleno de esperanza y amor.

## Capítulo 17: La Declaración

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de las Highlands con tonos cálidos de oro y rosa. La luz del atardecer se filtraba entre los árboles, proyectando sombras alargadas sobre el suelo cubierto de hojas mientras un suave viento susurraba entre las ramas. El aire olía a tierra húmeda y a las flores silvestres que crecían a la orilla del camino, creando una atmósfera de paz que contrastaba con las tensiones que se habían vivido en los días anteriores.

Fiona caminaba lentamente por el sendero que conducía de regreso a su cabaña, cada paso la alejaba más del castillo MacLeod y la sumergía en la tranquilidad del bosque que había sido su hogar durante tantos años. A su lado, Malcolm la seguía en silencio, sus pasos fuertes pero cuidadosos, como si temiera romper la frágil quietud que los envolvía.

Desde la batalla, ambos habían sentido la necesidad de estar solos, de alejarse del bullicio del castillo y de las miradas inquisitivas del clan. Pero para Fiona, el regreso a su cabaña era más que una simple retirada; era un retorno a la soledad que había abrazado durante tanto tiempo, una soledad que, aunque reconfortante, ahora le parecía llena de incertidumbre.

A medida que avanzaban, Fiona no podía evitar lanzar miradas furtivas a Malcolm, tratando de leer sus pensamientos. Había algo en su silencio que la preocupaba, algo que parecía más profundo que el cansancio de la batalla. Sabía que el momento que habían compartido en el castillo, la revelación de sus sentimientos, había cambiado todo entre ellos, pero también sabía que aún quedaban muchas barreras por superar.

Cuando finalmente llegaron a la cabaña, el lugar le pareció a Fiona a la vez familiar y extraño. Las paredes de madera, el tejado cubierto de musgo y las pequeñas ventanas que daban al bosque le recordaban a la vida que había llevado antes de que Malcolm entrara en ella, pero ahora, ese hogar solitario parecía incompleto. Se detuvo frente a la puerta, sus dedos acariciando el marco de madera, y exhaló un suspiro que llevaba el peso de sus pensamientos.

Malcolm, que la había estado observando en silencio, finalmente rompió el mutismo que los había acompañado durante el camino. —Fiona... —dijo, su voz profunda y suave a la vez, llena de una emoción contenida que Fiona reconoció al instante—. Sé que esta cabaña es tu refugio, tu hogar. Pero también sé que ha sido un lugar de soledad para ti. Y no quiero que vuelvas a estar sola.

Fiona se giró hacia él, sorprendida por la sinceridad de sus palabras. Había esperado que Malcolm la siguiera hasta aquí, pero no había anticipado la intensidad de su mirada, la seriedad en su tono. Sus ojos, normalmente llenos de determinación, ahora brillaban con una vulnerabilidad que la conmovió profundamente.

—Malcolm, yo... —comenzó a decir, pero él levantó una mano, pidiéndole silencio.

—Déjame hablar, Fiona. Necesito que entiendas lo que siento, lo que he llegado a comprender en estos últimos días —dijo, dando un paso más cerca de ella, hasta que la distancia entre ambos era mínima—. He pasado gran parte de mi vida pensando que el deber, el honor y la lealtad eran todo lo que importaba. Y aunque esos valores siguen siendo fundamentales para mí, me he dado cuenta de que hay algo más, algo que no puedo ignorar.

Fiona lo miró, sus ojos reflejando la lucha interna que sentía. Sabía lo que venía, podía sentirlo en el aire, en la forma en que Malcolm la miraba. Pero aún había una parte de ella que temía lo que ese amor significaría para ambos, lo que implicaría enfrentarse a un mundo que no los comprendía.

—Te amo, Fiona —continuó Malcolm, su voz ahora apenas un susurro, cargado de emoción—. Te amo de una manera que nunca creí posible. Y no me importa lo que los demás piensen, no me importa lo que la sociedad o las supersticiones digan. Lo único que me importa es estar contigo, construir una vida juntos, sin secretos, sin miedos.

El corazón de Fiona latía con fuerza en su pecho, sus emociones luchando por salir a la superficie. Durante tanto tiempo, había reprimido sus sentimientos, convencida de que el amor no era para alguien como ella, alguien que había sido relegada al margen de la sociedad, vista con recelo y miedo. Pero ahora, frente a Malcolm, esas barreras comenzaban a desmoronarse.

—Malcolm... —susurró Fiona, su voz temblando mientras lo miraba a los ojos—. Yo también te amo. Te amo más de lo que puedo expresar. Pero tengo miedo. Miedo de lo que este amor podría significar para nosotros, de cómo nos verán los demás. No quiero que sufras por mi culpa, no quiero que te enfrentes al rechazo de tu propio clan por estar conmigo.

Malcolm negó con la cabeza, tomando sus manos entre las suyas, sus dedos fuertes y cálidos envolviendo los de Fiona con una ternura que la desarmó por completo. —No me importa lo que piensen, Fiona. Si he aprendido algo en estos últimos días, es que la vida es demasiado corta para vivirla con miedo. Estoy dispuesto a enfrentar lo que sea, mientras estemos juntos. No quiero que vuelvas a sentirte sola, no quiero que vuelvas a esconder quién eres.

Fiona sintió cómo las lágrimas llenaban sus ojos, pero no eran lágrimas de tristeza, sino de alivio, de amor. Todo lo que había temido, todo lo que había intentado mantener a raya, ahora parecía insignificante frente a la fuerza de lo que sentía por Malcolm. Sabía que había desafíos por delante, que la sociedad en la que vivían no aceptaría fácilmente su unión, pero también sabía que no podía seguir negando lo que su corazón le pedía.

—Estoy contigo, Malcolm —dijo finalmente, su voz firme a pesar de la emoción que la embargaba—. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que quiero enfrentarlo contigo, que no quiero pasar un día más sin ti a mi lado.

Malcolm sonrió, una sonrisa que iluminó su rostro y que Fiona supo que nunca olvidaría. Se inclinó hacia ella, sus labios encontrando los de Fiona en un beso que fue a la vez suave y lleno de pasión, un beso que sellaba la promesa que acababan de hacerse. El mundo exterior, con todas sus expectativas y juicios, desapareció en ese momento, dejando solo a Malcolm y Fiona, unidos.

por un amor que ahora sabían que nada podría destruir.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad, pero sus corazones estaban en paz, llenos de una certeza que los anclaba al presente y les daba fuerzas para enfrentar lo que viniera.

—Debemos ser fuertes —dijo Malcolm, su voz grave pero llena de determinación—. Sabes que habrá quienes no acepten esto, que nos miren con desconfianza o incluso con odio. Pero no dejaremos que eso nos separe. Juntos, podremos superar cualquier cosa.

Fiona asintió, sabiendo que él tenía razón. Ya había sentido el peso de las supersticiones y el miedo que la rodeaban, pero también sabía que con Malcolm a su lado, podía enfrentarse a esos miedos y superarlos.

—No estoy sola ahora —dijo Fiona, con una sonrisa que reflejaba tanto su amor como su resolución—. Y eso lo cambia todo.

Juntos, entraron en la cabaña, dejando atrás la incertidumbre y el miedo que los había acompañado durante tanto tiempo. La pequeña habitación, con sus paredes de madera y el fuego crepitante en la chimenea, se llenó de una calidez que no provenía solo del calor del hogar, sino del vínculo que ahora compartían.

Se sentaron juntos junto al fuego, sus manos aún entrelazadas, hablando en voz baja sobre el futuro, sobre los planes que comenzarían a trazar. Aunque sabían que el camino sería difícil, que aún quedaban muchas batallas por librar, también sabían que, mientras estuvieran juntos, podrían enfrentarlo todo.

La noche cayó sobre las Highlands, y el bosque alrededor de la cabaña se sumió en la oscuridad. Pero dentro de la pequeña cabaña, la luz del fuego y el calor de su amor iluminaron el espacio, prometiendo un nuevo amanecer, un nuevo comienzo.

Malcolm y Fiona, ahora unidos no solo por las circunstancias sino por un amor profundo y verdadero, sabían que su historia estaba lejos de terminar. Pero, por primera vez en mucho tiempo, estaban listos para enfrentarlo todo, sabiendo que habían encontrado en el otro la fuerza que necesitaban para construir un futuro juntos.

## Capítulo 18: La Amenaza Interna

El pueblo cercano al castillo MacLeod despertaba lentamente, con el sol apenas asomándose sobre las colinas, bañando las humildes casas de piedra en una luz dorada y suave. Las actividades cotidianas comenzaban a tomar forma, los pastores llevaban a sus ovejas a los campos, las mujeres preparaban el desayuno y los niños corrían descalzos por los senderos de tierra. Sin embargo, bajo esta aparente normalidad, algo oscuro comenzaba a gestarse en el corazón del pueblo.

Desde la llegada de Fiona y su relación cada vez más cercana con Malcolm, los rumores y las habladurías habían empezado a extenderse como un incendio incontrolable. Lo que al principio había sido solo curiosidad por la presencia de la "hechicera" en la vida del segundo hijo del laird, ahora se transformaba en un murmullo constante de sospechas y temor.

En las esquinas, en las puertas de las casas, en la taberna que servía como el corazón social del pueblo, las conversaciones giraban en torno a Fiona, a su poder, y a la influencia que muchos creían que ejercía sobre Malcolm. Algunos aldeanos, recordando viejas historias y supersticiones, comenzaron a asociar su presencia con los recientes conflictos, interpretando su capacidad para curar y su conocimiento de las hierbas como algo más oscuro, algo peligroso.

—No puede ser una coincidencia —decía una anciana mientras tejía junto a la chimenea de la taberna—. Desde que esa mujer llegó, han pasado cosas extrañas. El clima ha cambiado, los animales están inquietos, y ahora Malcolm parece no ser el mismo. No sé qué tipo de magia usa, pero no es natural.

El hombre sentado a su lado, un granjero de manos callosas, asintió con la cabeza, su rostro sombrío. —Es cierto, Morag. Mi esposa dice que ha visto a Fiona hablando sola en el bosque, como si estuviera invocando algo. Y mi primo, que estuvo en la última batalla, jura que vio una luz extraña alrededor de ella cuando los MacDonald comenzaron a retirarse. No puede ser buena señal.

A lo largo del día, las sospechas crecieron, alimentadas por la ignorancia y el miedo. Los aldeanos, que ya veían con recelo a Fiona por su independencia y sus conocimientos, ahora comenzaban a pensar que su relación con Malcolm era una amenaza no solo para él, sino para todo el clan. La idea de que Fiona pudiera estar manipulándolo, utilizando algún tipo de brujería para controlar sus acciones, se convirtió en el tema principal de las conversaciones.

Angus, uno de los guerreros más veteranos del clan y un hombre de gran influencia en el pueblo, no tardó en escuchar estos rumores. Él mismo había comenzado a albergar dudas sobre Fiona, especialmente después de la última batalla, donde, aunque agradecido por la victoria, no podía ignorar lo que sus ojos habían visto: algo más allá de la simple estrategia militar.

Una tarde, después de entrenar a los jóvenes guerreros en los campos cercanos, Angus decidió

reunirse con algunos de los hombres más confiables del pueblo en la taberna. Sentados en una mesa en la esquina más alejada, lejos de oídos curiosos, comenzaron a discutir lo que percibían como una creciente amenaza.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras esa mujer pone en peligro a nuestro clan —dijo Angus con la voz grave, su ceño fruncido en una expresión de preocupación—. Malcolm es como un hijo para mí, y me duele ver cómo está siendo arrastrado por... lo que sea que Fiona esté haciendo.

Los hombres a su alrededor asintieron, compartiendo su preocupación. —No es normal —dijo uno de ellos, un granjero robusto con cicatrices de viejas batallas—. La forma en que se comporta, cómo habla con las plantas como si pudieran escucharla, y cómo Malcolm ha cambiado desde que ella llegó... No podemos ignorarlo.

Otro hombre, más joven, pero igualmente respetado, añadió: —Sabemos que las mujeres como ella no traen nada bueno. Todos hemos oído las historias de lo que pasa cuando los hombres caen bajo el hechizo de una bruja. Puede que Fiona no haya mostrado intenciones malvadas hasta ahora, pero ¿quién puede decir que no tiene planes ocultos?

Angus golpeó la mesa con un puño cerrado, haciendo que los vasos temblaran. —No podemos esperar a que sea demasiado tarde. Debemos proteger a Malcolm, proteger al clan. Si Fiona realmente tiene poderes oscuros, entonces necesitamos exponerla antes de que cause más daño.

La conversación en la taberna se prolongó hasta bien entrada la noche, y cuando los hombres finalmente se dispersaron, una decisión tácita se había tomado: investigarían a Fiona, buscarían pruebas de su supuesta brujería y harían lo necesario para proteger al clan, incluso si eso significaba enfrentarse a Malcolm.

Mientras tanto, en la cabaña en el bosque, Fiona sentía el peso de algo que no podía identificar completamente. Había notado las miradas que le lanzaban los aldeanos, el cambio en la forma en que hablaban con ella, la frialdad que se había infiltrado en cada interacción. No era la primera vez que experimentaba rechazo, pero algo en esta ocasión era diferente, más amenazante.

Malcolm, por su parte, había comenzado a percibir también la distancia creciente entre él y algunos de sus hombres. Aunque nadie se había atrevido a enfrentarlo directamente, podía sentir la tensión, el aire cargado de palabras no dichas. Decidió hablar con Fiona sobre sus preocupaciones una noche, cuando ambos estaban sentados juntos frente al fuego, disfrutando de un momento de tranquilidad.

—Fiona —dijo Malcolm, rompiendo el silencio con voz suave pero preocupada—, he notado algo extraño en el pueblo. La gente... parece estar actuando de manera diferente contigo. Y creo que no es solo en el pueblo. Algunos de mis hombres también parecen desconfiar de ti.

Fiona suspiró, sus ojos reflejando la luz del fuego mientras lo miraba. —Lo he sentido también —admitió—. No es nada nuevo para mí, Malcolm. La gente siempre teme lo que no comprende. Pero esta vez... —Se detuvo, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Esta vez siento

que es más peligroso. Que su miedo podría llevarlos a hacer algo que no podrán deshacer.

Malcolm frunció el ceño, sintiendo una oleada de protección hacia Fiona. Sabía que ella había soportado mucho, había sido fuerte en su aislamiento, pero ahora se encontraba en una situación en la que su seguridad podría estar en riesgo. Y él no iba a permitir que nada le sucediera.

—No dejaré que te hagan daño —dijo Malcolm con firmeza, tomando las manos de Fiona entre las suyas—. Eres parte de este clan ahora, y cualquiera que se atreva a cuestionar eso tendrá que enfrentarse a mí.

Fiona sonrió débilmente, apreciando el gesto, pero sabiendo que las palabras de Malcolm, aunque sinceras, no serían suficientes para detener la creciente marea de desconfianza.

—No puedes luchar contra los miedos de la gente con una espada, Malcolm —respondió suavemente—. Pero tal vez, si les mostramos que no tienen nada que temer, que no soy su enemiga, podemos cambiar sus corazones.

Malcolm asintió, comprendiendo la sabiduría en sus palabras. Pero también sabía que sería una tarea difícil, que cambiar las creencias arraigadas en la mente de la gente requeriría tiempo y paciencia, algo que tal vez no tuvieran.

Al día siguiente, mientras Malcolm y Fiona discutían cómo podrían acercarse más al clan y demostrar que sus temores eran infundados, Angus y sus hombres continuaban su propia investigación. Siguiendo a Fiona en secreto, observando sus movimientos, buscando cualquier signo que pudieran interpretar como evidencia de su brujería.

Todo esto culminó en un plan más concreto: enfrentar a Fiona públicamente, acusarla delante del clan y forzarla a demostrar su inocencia, o confesar su culpa. La amenaza interna, alimentada por el miedo y la superstición, estaba a punto de estallar en un conflicto que pondría a prueba no solo la relación entre Malcolm y Fiona, sino también la integridad del clan MacLeod.

La tarde antes del plan, mientras el sol se ocultaba detrás de las colinas y una fría brisa comenzaba a soplar, Malcolm recibió la visita de un joven mensajero. El muchacho, con los ojos llenos de preocupación, le entregó un mensaje que lo dejó helado.

—Los hombres planean acusar a Fiona —dijo el joven, su voz temblorosa—. Dicen que mañana, en la asamblea del clan, presentarán sus pruebas. Dicen que ella es una bruja, que está usando magia para controlarte.

La ira estalló en el pecho de Malcolm como un incendio incontrolable. Sin perder un segundo, se dirigió al gran salón del castillo, donde la asamblea estaba a punto de comenzar. Sabía que tenía que actuar rápido, que tenía que detener esta locura antes de que fuera demasiado tarde.

Al entrar en el salón, todos los ojos se volvieron hacia él, sorprendidos por su llegada repentina y por la expresión furiosa en su rostro. Sin preámbulos, Malcolm se dirigió al centro de la sala, su voz resonando con una mezcla de autoridad y desafío.

---

Sé lo que estáis planeando —dijo, sus palabras cortando el aire como un cuchillo—. Y no lo permitiré. Fiona no es una bruja. Ella no es una amenaza. Y cualquiera que se atreva a decir lo contrario, se enfrentará a mi ira.

La asamblea quedó en silencio, todos los presentes paralizados por la intensidad de las palabras de Malcolm. Incluso Angus, quien había estado preparando este momento, no pudo evitar sentir un nudo en la garganta ante la furia de su líder.

—El miedo no gobernará este clan —continuó Malcolm, mirando a cada uno de los hombres que lo rodeaban—. No mientras yo esté aquí. Si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora. Pero os advierto: no permitiré que la ignorancia y la superstición destruyan lo que hemos construido.

Nadie se atrevió a hablar. El plan que habían concebido se desmoronaba ante la férrea voluntad de Malcolm, y ninguno de ellos estaba dispuesto a ser el primero en desafiarlo abiertamente.

Malcolm esperó un momento más, asegurándose de que todos entendieran la gravedad de sus palabras, antes de girarse y salir del salón. Sabía que la amenaza no había desaparecido por completo, pero había ganado tiempo, y ahora necesitaba usarlo sabiamente para proteger a Fiona y restaurar la paz en el clan.

Mientras la noche caía sobre el castillo, la sombra de la conspiración se desvanecía, al menos por el momento. Pero en los corazones de algunos, el miedo seguía ardiendo, un fuego que solo el tiempo, la verdad y el amor podrían extinguir.

# Capítulo 19: La Conspiración

El castillo MacLeod, imponente y ancestral, se alzaba en lo alto de la colina, vigilando las tierras del clan con la majestad de un guardián eterno. Sus murallas, que habían resistido siglos de guerras y conflictos, ahora eran testigos silenciosos de una nueva batalla, una que se libraba no con espadas y lanzas, sino con palabras envenenadas y susurros en la oscuridad.

En una de las cámaras más sombrías del castillo, un grupo de hombres se había reunido en secreto. Entre ellos se encontraba Angus, cuyo rostro estaba tallado con las marcas de la experiencia y la dureza de la vida en las Highlands. A su alrededor, otros hombres, algunos de los guerreros más fieles del clan, escuchaban con atención mientras Angus exponía su plan.

—No podemos permitir que esta hechicera continúe envenenando la mente de Malcolm —dijo Angus, su voz baja pero cargada de fervor—. Su influencia sobre él es evidente. Lo que vimos en la última batalla no fue obra de la naturaleza, sino de la magia oscura. Y si no actuamos ahora, podríamos perder a nuestro líder y, con él, la fortaleza de nuestro clan.

Los hombres asintieron en silencio, sus rostros serios y preocupados. Sabían que lo que Angus proponía era peligroso, pero también sentían que era necesario. La idea de que Fiona pudiera estar controlando a Malcolm a través de medios sobrenaturales resonaba con fuerza en sus mentes, alimentada por años de supersticiones y leyendas.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —preguntó uno de los hombres, su voz apenas un susurro.

Angus miró a su alrededor, asegurándose de que nadie más estuviera escuchando. La traición que estaba a punto de proponer requería de la mayor discreción. —Debemos acusarla de brujería —dijo finalmente, su tono frío y calculado—. Hay suficiente evidencia para convencer a los ancianos del clan. Su relación con Malcolm, su poder durante la batalla, todo apunta a que está usando magia para manipularlo. Si podemos presentarlo de la manera correcta, el clan no tendrá otra opción que apartarla.

Los murmullos de aprobación se alzaron entre los hombres. Sabían que acusar a alguien de brujería no era algo que se hiciera a la ligera, pero también sabían que el miedo era una herramienta poderosa, y que el clan, temeroso de lo desconocido, podría ser fácilmente persuadido de que Fiona era una amenaza.

—Y si Malcolm se opone... —comenzó uno de los hombres, pero Angus lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Entonces lo enfrentaremos —dijo Angus con firmeza—. Pero no será necesario. Una vez que el clan se vuelva contra ella, incluso Malcolm tendrá que admitir la verdad. Lo más importante es proteger al clan, y eso es lo que debemos recordar.

El plan estaba en marcha, y los conspiradores comenzaron a esbozar los detalles de cómo llevarían a cabo la acusación. Sabían que debían actuar rápidamente, antes de que Malcolm tuviera la oportunidad de descubrir lo que estaban tramando.

Sin embargo, el destino, o quizás algo más poderoso, parecía estar del lado de Fiona y Malcolm. Mientras los conspiradores urdían su plan, Malcolm, que había notado el cambio en el comportamiento de algunos de sus hombres, decidió seguir a Angus aquella noche, sospechando que algo oscuro estaba ocurriendo.

Cuando escuchó la conversación desde las sombras del pasillo, el corazón de Malcolm se llenó de ira y desesperación. No podía creer que aquellos a quienes había confiado su vida, aquellos que se suponía que eran sus aliados más cercanos, estuvieran conspirando para destruir a la mujer que amaba. Pero más allá de la traición personal, lo que más le dolía era la ceguera y el miedo que los habían llevado a ese punto.

Malcolm esperó hasta que los hombres terminaron de tramar su plan y abandonaron la cámara. Entonces, con el rostro endurecido por la determinación, se dirigió hacia el gran salón del castillo, donde sabía que encontraría a la mayoría del clan reunido. Sabía que no podía esperar, que debía actuar de inmediato para proteger a Fiona y poner fin a esa locura antes de que fuera demasiado tarde.

El gran salón estaba iluminado por antorchas y el fuego de la gran chimenea. Los miembros del clan, aún ajenos a lo que estaba por desatarse, conversaban entre ellos, compartiendo historias y preocupaciones. Pero cuando Malcolm entró en la sala, su presencia fue imposible de ignorar. El silencio cayó sobre los presentes, y todos los ojos se volvieron hacia él.

Malcolm caminó con paso firme hasta el centro del salón, su mirada recorriendo a cada uno de los miembros del clan, buscando en sus rostros alguna señal de apoyo, pero encontrando principalmente incertidumbre y miedo. Sabía que tenía que ser cuidadoso, que cada palabra que dijera podría significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—Tengo algo que decir —comenzó Malcolm, su voz resonando con autoridad en el salón—. Y quiero que todos me escuchen bien.

Los murmullos cesaron por completo, y el salón quedó en un silencio expectante. Los conspiradores, conscientes de que su plan estaba en riesgo de ser descubierto, intercambiaron miradas de preocupación, pero se mantuvieron en sus lugares, esperando ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Sé que han circulado rumores —continuó Malcolm, su mirada fija en Angus y sus hombres—. Rumores sobre Fiona, sobre su poder y sobre su influencia en mí. Sé que algunos de vosotros habéis comenzado a cuestionar su presencia aquí, a temerla. Pero quiero dejar algo claro, aquí y ahora.

Malcolm hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran hondo en los corazones de los

presentes. Luego, con un tono que no admitía réplica, añadió:

—Fiona no es una bruja. No ha usado magia oscura para manipularme ni para dañar a este clan. Lo que ocurrió en la batalla fue un acto de amor, de sacrificio, de alguien que está dispuesto a hacer lo que sea necesario para proteger a los que ama. Y no permitiré que nadie, ni siquiera aquellos en quienes más confiaba, la acuse injustamente de algo tan vil.

Un murmullo de sorpresa recorrió el salón, pero Malcolm no les dio tiempo para reaccionar. Dio un paso más adelante, su mirada más intensa que nunca.

—Y quiero que todos sepáis una cosa más —dijo, su voz firme pero cargada de emoción—. Amo a Fiona. La amo con todo mi corazón, y no voy a permitir que nadie la lastime. Si alguien intenta levantar una mano contra ella, tendrá que enfrentarse a mí. Y os aseguro que no dudaré en defenderla, como defendería a cualquiera de vosotros.

El impacto de sus palabras fue como una ola que recorrió la sala, golpeando a cada miembro del clan con su fuerza. Muchos de los presentes se miraron entre sí, sintiendo cómo sus miedos y dudas comenzaban a disiparse ante la convicción y la pasión de Malcolm. Pero los conspiradores no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente.

Angus, con el rostro tenso por la ira, dio un paso adelante. —Malcolm, no estamos diciendo que no la ames. Pero debes entender que su poder... es peligroso. No podemos permitirnos el lujo de ignorarlo. Si algo sale mal, si ella pierde el control, podríamos todos estar en peligro.

Malcolm lo miró, sus ojos fríos como el acero. —Angus, lo que estás diciendo no es más que un reflejo de tu propio miedo. Estás dispuesto a sacrificar a una mujer inocente solo porque no comprendes lo que es diferente. Pero yo no lo permitiré. No voy a permitir que el miedo gobierne este clan. No mientras yo esté al mando.

El salón se llenó de un tenso silencio, mientras todos esperaban la respuesta de Angus. El veterano guerrero sabía que estaba perdiendo la batalla, pero también sabía que no podía enfrentarse directamente a Malcolm sin arriesgarlo todo.

—No queremos enfrentarnos a ti, Malcolm —dijo finalmente, su tono más conciliador, pero aún cargado de desconfianza—. Solo queremos lo mejor para el clan.

Malcolm asintió, sabiendo que había ganado por el momento, pero consciente de que la desconfianza aún no había desaparecido por completo.

—Entonces confiad en mí —respondió, su voz firme—. Porque yo confío en Fiona, y os aseguro que no es una amenaza. Ella es parte de este clan ahora, y la protegeré con mi vida, así como protegeré a cada uno de vosotros.

Con esas palabras, Malcolm dio por concluida la conversación. El mensaje había sido claro, y aunque sabía que algunos seguirían desconfiando, también sabía que había plantado la semilla de la aceptación en otros. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero mientras tuviera a

Fiona a su lado, estaba dispuesto a enfrentarlo todo.

El silencio en el gran salón fue reemplazado lentamente por murmullos y conversaciones en voz baja, mientras los miembros del clan asimilaban lo que acababan de escuchar. Malcolm salió del salón, sus pasos firmes resonando en el corredor mientras se dirigía hacia la cabaña de Fiona. Sabía que la lucha aún no había terminado, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que habían dado un paso significativo hacia la paz y la aceptación.

Y mientras el castillo se sumía en el silencio de la noche, Malcolm y Fiona, juntos en su pequeño refugio, sabían que aunque los desafíos seguirían llegando, su amor, ahora declarado ante todos, sería la fortaleza que los sostendría.

## Capítulo 20: El Juicio de Fiona

El aire en la plaza del pueblo estaba cargado de tensión, con una atmósfera densa y opresiva que parecía presagiar la tormenta que se avecinaba. Los habitantes del lugar se habían reunido en silencio, sus rostros sombríos y expectantes mientras observaban el centro de la plaza, donde un rústico estrado de madera había sido erigido apresuradamente. La brisa fría del amanecer agitaba las capas y mantos de los aldeanos, que se abrazaban a ellos como si buscaran refugio del juicio que estaba a punto de comenzar.

Fiona, de pie en el centro del estrado, mantenía la cabeza alta y la mirada firme, a pesar del miedo que le revolvía el estómago. Su corazón latía con fuerza, pero no permitió que el temor dominara sus pensamientos. Sabía que estaba en una posición peligrosa, enfrentando no solo a aquellos que la temían, sino también a un sistema de creencias tan antiguo como las Highlands mismas. Sin embargo, estaba decidida a mantener su dignidad y a enfrentarse a sus acusadores con la verdad.

A su lado, Malcolm permanecía inmóvil, su presencia una mezcla de furia contenida y protección. Había insistido en estar junto a Fiona, a pesar de las objeciones de los conspiradores, quienes argumentaban que su influencia podría sesgar el juicio. Pero Malcolm había dejado claro que no permitiría que Fiona enfrentara esto sola. Su rostro estaba tenso, sus ojos ardiendo con una mezcla de desafío y determinación. No tenía intención de permitir que este juicio, que consideraba una farsa, terminara en tragedia.

Angus, uno de los principales instigadores del juicio, dio un paso adelante, su mirada fija en Fiona. A pesar de los intentos de Malcolm por detener esto, Angus y sus hombres habían logrado convencer a suficientes miembros del clan para que se celebrara el juicio. La vieja superstición y el miedo al poder desconocido habían pesado más que la razón, y ahora Fiona se encontraba en el centro de una tormenta de acusaciones.

—Fiona MacTavish —comenzó Angus, su voz resonando en la plaza—, estás aquí acusada de brujería, de manipular a Malcolm MacLeod y de poner en peligro a este clan con tus prácticas oscuras. Este juicio no es solo para determinar tu inocencia o culpabilidad, sino para proteger a nuestro pueblo de cualquier amenaza que pueda representar tu poder.

Los murmullos de aprobación recorrieron la multitud, mientras los ojos de los aldeanos se centraban en Fiona, buscando alguna señal de que las acusaciones fueran ciertas. Fiona sintió esas miradas sobre ella, como cuchillos que la atravesaban, pero se mantuvo firme.

—Yo no soy una bruja —respondió Fiona con voz clara y firme—. No he utilizado ningún poder oscuro ni he manipulado a Malcolm. Mi único objetivo ha sido ayudar a este clan, curar a los enfermos y proteger a los que amo. Si eso es lo que consideráis brujería, entonces no tenéis una verdadera comprensión de lo que es el mal.

Sus palabras resonaron en la plaza, pero Angus no se dejó intimidar. —Tus palabras son hábiles, Fiona —replicó, entrecerrando los ojos—, pero no podemos ignorar los hechos. Desde que llegaste, las cosas han cambiado. Los hombres hablan de luces extrañas durante la batalla, de cómo tu presencia alteró el curso de los acontecimientos. ¿Cómo explicas eso?

Fiona lo miró fijamente, su mente trabajando rápido para encontrar las palabras adecuadas. —Lo que ocurrió en la batalla fue el resultado del coraje de los hombres de este clan, no de la magia. Sí, conozco las propiedades curativas de las hierbas y he aprendido a utilizarlas, pero eso no es brujería, sino conocimiento. Un conocimiento que he utilizado para salvar vidas, no para destruirlas.

Malcolm, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dio un paso al frente, colocando una mano protectora sobre el brazo de Fiona. —Angus, esto debe terminar —dijo con voz grave—. Sabes tan bien como yo que Fiona no es una amenaza para este clan. Ella ha demostrado su valía una y otra vez. Si realmente te preocupas por la seguridad de nuestro pueblo, deberías saber que acusar a una mujer inocente de brujería es un acto de cobardía, no de valor.

Angus apretó los labios, su rostro endurecido por la resolución. Sabía que la influencia de Malcolm era poderosa, pero también sabía que no podía retroceder ahora sin perder la confianza de aquellos que había convencido para apoyar el juicio. —No estamos aquí para discutir opiniones, Malcolm —dijo con frialdad—. Estamos aquí para descubrir la verdad. Si Fiona no es una bruja, entonces no tendrá nada que temer de este juicio.

Los murmullos aumentaron en la multitud, divididos entre aquellos que apoyaban a Angus y aquellos que comenzaban a cuestionar la validez del juicio. Entre ellos, algunos miembros clave del clan, hombres y mujeres que habían sido testigos de la bondad y la sabiduría de Fiona, comenzaron a moverse, dispuestos a intervenir.

Fue entonces cuando Alasdair MacLeod, el laird del clan y hermano mayor de Malcolm, hizo su aparición en la plaza, seguido por varios de sus hombres. Su presencia imponente trajo un silencio inmediato, y todos los ojos se volvieron hacia él. Alasdair había permanecido en silencio durante gran parte de este conflicto, observando con atención cómo se desarrollaban los acontecimientos, pero ahora sabía que era el momento de intervenir.

—Este juicio es una farsa —declaró Alasdair, su voz profunda resonando en la plaza—. No puedo permitir que esta locura continúe. Fiona ha demostrado su lealtad y valor hacia este clan en más de una ocasión. ¿Dónde está la justicia en acusar a una mujer que ha arriesgado su vida por nosotros?

Angus intentó replicar, pero Alasdair lo interrumpió con un gesto de la mano. —No, Angus, ya es suficiente. Las historias y supersticiones que has traído aquí no tienen lugar en un juicio justo. Si realmente crees que Fiona es culpable de algo, debes presentar pruebas, no meras acusaciones basadas en el miedo.

El laird miró a su alrededor, sus ojos recorriendo a la multitud, buscando y encontrando las

miradas de aquellos que aún tenían dudas. —Sabéis tan bien como yo que este clan ha sido fortalecido por aquellos que traen conocimiento, no destrucción. Fiona ha ayudado a salvar vidas, incluidas las de algunos de vuestros propios hijos y esposos. ¿Es así como agradecemos ese sacrificio, con acusaciones sin fundamento?

La tensión en la plaza comenzó a ceder bajo el peso de las palabras de Alasdair. Los aldeanos, que hasta ese momento habían estado divididos, comenzaron a reconsiderar sus posturas, recordando las veces que Fiona los había ayudado, las veces que su conocimiento había sido la diferencia entre la vida y la muerte.

Finalmente, uno de los ancianos del clan, un hombre conocido por su sabiduría y moderación, dio un paso adelante. —Alasdair tiene razón —dijo en voz alta, dirigiéndose a la multitud—. No podemos permitir que el miedo nos gobierne. He vivido lo suficiente para saber que las acusaciones de brujería casi siempre nacen de la ignorancia y el temor. Fiona ha demostrado ser una aliada, no una enemiga.

Otros aldeanos comenzaron a asentir, y pronto la marea de opinión se inclinó a favor de Fiona. Angus, viendo que la situación se volvía en su contra, finalmente cedió, aunque con visible reticencia. —Si ese es el deseo del clan, aceptaré el veredicto —dijo con un tono que apenas ocultaba su frustración.

Alasdair asintió, satisfecho de haber restaurado el orden. —El juicio ha terminado —anunció—. Fiona no es culpable de brujería, y cualquier otra acusación de este tipo será considerada un acto de traición al clan MacLeod. Hemos terminado aquí.

La multitud, ahora claramente en apoyo de Fiona, comenzó a dispersarse, algunos susurrando disculpas por haber dudado de ella, otros ofreciendo palabras de aliento. Malcolm, aliviado y orgulloso, se volvió hacia Fiona y la abrazó con fuerza, sintiendo el peso de los últimos días desvanecerse al saber que había superado esta prueba.

Fiona, aunque cansada por la experiencia, sonrió y asintió. Sabía que había ganado más que su libertad; había ganado la aceptación del clan y, con ello, la esperanza de un futuro junto a Malcolm.

Mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte, bañando el pueblo en un cálido resplandor, Fiona y Malcolm se alejaron juntos del centro de la plaza, sabiendo que, aunque aún quedaban desafíos por delante, habían superado una de las pruebas más difíciles de su vida. Con la fuerza de su amor y el apoyo de aquellos que ahora confiaban en ellos, estaban listos para enfrentar lo que fuera que el futuro les deparara.

# Capítulo 21: La Paz Restaurada

El sol se elevaba lentamente sobre las colinas que rodeaban el castillo MacLeod, iluminando la fortaleza con un cálido resplandor dorado. Los muros de piedra, que habían sido testigos de tantas batallas y conflictos, ahora parecían respirar aliviados bajo la luz del nuevo día. Había pasado poco tiempo desde el juicio de Fiona, pero ya se sentía un cambio palpable en el ambiente. La tensión que había impregnado el aire durante las semanas anteriores comenzaba a dispersarse, dejando lugar a una tranquilidad que el clan no había experimentado en mucho tiempo.

Malcolm se encontraba en el patio del castillo, observando cómo sus hombres realizaban sus entrenamientos diarios. A pesar de la aparente normalidad de la escena, él sabía que las heridas causadas por la reciente confrontación no se sanarían de la noche a la mañana. Había mucho trabajo por hacer para restaurar la confianza y la unidad dentro del clan, pero Malcolm estaba decidido a lograrlo. Sabía que el primer paso para ello era asegurarse de que Fiona fuera aceptada por completo, no solo por él, sino por todos aquellos que dudaban de ella.

Desde el juicio, Fiona había sido recibida con una mezcla de respeto y recelo. Algunos la miraban con gratitud, reconociendo que sus conocimientos y habilidades habían salvado vidas durante la batalla, mientras que otros aún guardaban reservas, manteniéndose a distancia y observándola con una desconfianza silenciosa. Malcolm entendía que no podía forzar a todos a cambiar de opinión de la noche a la mañana, pero estaba dispuesto a demostrar, a través de acciones y no solo palabras, que Fiona era una parte valiosa de su comunidad.

A medida que los días pasaban, Fiona comenzó a encontrar su lugar dentro del clan. Había decidido compartir su conocimiento con aquellos que estuvieran dispuestos a aprender, y para sorpresa de muchos, varias mujeres del pueblo se acercaron a ella, curiosas por aprender sobre las hierbas y las técnicas de curación que Fiona dominaba. Sabían que estos conocimientos podían ser invaluable para sus familias, y aunque algunas todavía dudaban de sus intenciones, la necesidad de aprender superaba el miedo.

Una tarde, mientras el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos rosados y anaranjados, Fiona se encontraba en el pequeño jardín detrás de la cabaña que había decidido mantener como su hogar. Estaba rodeada de mujeres del pueblo, sus rostros atentos mientras Fiona explicaba las propiedades de diferentes plantas que crecían en la región.

—Esta es la milenrama —dijo Fiona, sosteniendo una planta de hojas finas y flores blancas—. Es excelente para detener el sangrado y para tratar heridas. Si se aplica una infusión de esta planta sobre una herida, ayudará a cicatrizar más rápidamente.

Las mujeres asintieron, tomando notas mentales de lo que Fiona les enseñaba. Una de ellas, una joven llamada Aileen, levantó la mano tímidamente.

—¿Y qué pasa con el brezo? —preguntó Aileen, señalando una mata de flores púrpuras que crecía cerca—. Mi abuela solía decir que tenía poderes mágicos, pero nunca explicó qué hacía.

Fiona sonrió suavemente. —El brezo tiene muchas propiedades beneficiosas. Se puede utilizar para hacer una infusión que ayuda a calmar la tos y las afecciones respiratorias. También se dice que es una planta protectora, aunque eso depende de lo que quieras creer. En cualquier caso, es una planta muy útil.

A medida que Fiona continuaba enseñando, las mujeres comenzaron a relajarse. La conversación se volvió más fluida, las risas surgieron con mayor frecuencia, y la tensión que había caracterizado sus encuentros iniciales comenzó a desvanecerse. Fiona podía sentir cómo, poco a poco, estaba ganándose el respeto de estas mujeres, y con ello, un lugar más firme dentro del clan.

Mientras tanto, Malcolm observaba desde la distancia, su corazón llenándose de orgullo al ver cómo Fiona se integraba cada vez más en la vida del clan. Sabía que su relación había sido puesta a prueba, no solo por el juicio, sino por las dificultades que habían enfrentado juntos. Pero ahora, con la paz restaurada, Malcolm sentía que podían empezar a construir algo nuevo y duradero.

Una tarde, después de un largo día de trabajo, Malcolm se acercó a Fiona mientras ella terminaba su clase con las mujeres del pueblo. Se quedó de pie, esperando pacientemente hasta que todas se despidieron y se marcharon. Cuando quedaron solos, Fiona se giró hacia él, sonriendo con cansancio pero con satisfacción evidente en sus ojos.

—Estás haciendo algo maravilloso, Fiona —dijo Malcolm, acercándose a ella y tomando sus manos—. Cada día que pasa, veo cómo la gente te aprecia más. Estás haciendo una verdadera diferencia aquí.

Fiona lo miró con una sonrisa suave, sus dedos entrelazándose con los de él. —Solo estoy compartiendo lo que sé, lo que aprendí de mi abuela. Si puedo ayudar a que estas mujeres se sientan más seguras, más capaces de cuidar a sus familias, entonces siento que estoy haciendo lo correcto.

Malcolm asintió, admirando la humildad y la generosidad de Fiona. Sabía que no había sido fácil para ella, que había tenido que enfrentarse a miedos y prejuicios profundamente arraigados, pero había demostrado ser más fuerte que cualquier superstición o rumor.

—Lo estás haciendo mejor de lo que cualquier otro podría haber hecho —respondió Malcolm, su voz suave pero llena de sinceridad—. Y estoy seguro de que, con el tiempo, todos lo verán así.

Fiona sonrió y asintió, agradecida por el apoyo incondicional de Malcolm. Aunque había logrado ganar la aceptación de algunos, sabía que el camino por delante aún estaría lleno de desafíos. Sin embargo, con Malcolm a su lado, sentía que podía enfrentar cualquier obstáculo.

Los días se convirtieron en semanas, y lentamente, la paz se asentó sobre el clan MacLeod. Las

heridas emocionales comenzaron a sanar, y el pueblo recuperó su ritmo normal. Los hombres volvieron a sus trabajos en los campos y en la defensa del castillo, las mujeres retomaron sus labores diarias, y los niños corrían nuevamente por las calles con risas despreocupadas.

La influencia de Fiona continuó creciendo a medida que más personas acudían a ella en busca de consejo y ayuda. Algunas mujeres incluso comenzaron a ayudarla en el jardín de hierbas, aprendiendo a cultivar las plantas que necesitaban para sus propias familias. Con el tiempo, Fiona dejó de ser vista como una extraña y comenzó a ser considerada como una sabia, una mujer cuya presencia fortalecía al clan en lugar de debilitarlo.

Una mañana, mientras Fiona y Malcolm paseaban por los jardines del castillo, disfrutando del sol que calentaba suavemente el aire, Fiona se detuvo y miró hacia el horizonte. —He estado pensando mucho —dijo, su voz llena de serenidad—. Sobre lo que podría hacer para seguir ayudando al clan. Tal vez podríamos organizar algo más formal, enseñar a más personas sobre las hierbas, sobre cómo cuidarse. No solo a las mujeres, sino a todos. Creo que sería beneficioso para todos nosotros.

Malcolm la miró con admiración, sorprendido por su constante deseo de ayudar y mejorar la vida de quienes la rodeaban. —Es una excelente idea, Fiona —dijo, sonriendo—. Estoy seguro de que muchos estarían interesados en aprender. Podríamos construir un pequeño centro de enseñanza, cerca del castillo, donde puedas impartir tus conocimientos.

La idea llenó a Fiona de esperanza y entusiasmo. Sabía que aún había mucho por hacer, que el camino hacia la aceptación completa aún estaba en curso, pero la paz que ahora reinaba en el clan le daba la confianza necesaria para seguir adelante.

Con el apoyo de Malcolm y el liderazgo de Alasdair, Fiona comenzó a organizar clases regulares, abiertas a todos los miembros del clan que quisieran aprender. Lo que comenzó como un pequeño grupo de mujeres creció rápidamente, y pronto hombres y jóvenes se unieron, ansiosos por adquirir conocimientos que podrían marcar la diferencia en sus vidas.

La paz restaurada no era simplemente la ausencia de conflicto, sino la creación de un nuevo entendimiento, un nuevo respeto por lo que cada miembro del clan podía aportar. Y en el corazón de este cambio estaba Fiona, quien, con su sabiduría y generosidad, había logrado transformar las sospechas en confianza, el miedo en aceptación.

Malcolm, observando cómo el clan prosperaba bajo esta nueva armonía, supo que, a pesar de los desafíos que aún podrían enfrentar en el futuro, había encontrado algo más valioso que cualquier victoria en el campo de batalla: un amor que fortalecía, una paz que unía, y un futuro que se construía día a día con la fuerza de sus corazones y la sabiduría de sus acciones.

## Capítulo 22: Un Futuro Juntos

El crepúsculo comenzaba a descender sobre las Highlands, bañando la cabaña de Fiona en tonos cálidos de naranja y dorado. La luz del atardecer se filtraba a través de las ventanas, iluminando suavemente el interior rústico y acogedor, donde cada rincón hablaba de la vida que Fiona había construido para sí misma. Las hierbas colgadas del techo, el fuego crepitante en la chimenea, y los libros de medicina cuidadosamente colocados en estantes de madera desgastada, todo reflejaba el corazón de la mujer que vivía allí.

Malcolm, sentado frente a la chimenea, observaba a Fiona mientras ella terminaba de preparar una infusión. Habían compartido tantas noches juntos en esa cabaña, hablando hasta altas horas de la noche sobre sus sueños, sus miedos y el futuro incierto que ahora, por fin, parecía más claro. Pero esta noche, Malcolm sentía que algo importante estaba a punto de suceder, algo que cambiaría sus vidas para siempre.

Fiona se acercó con una taza humeante y se la entregó a Malcolm antes de sentarse junto a él. El silencio entre ellos no era incómodo, sino lleno de una comprensión tácita y una profunda conexión que había crecido con el tiempo. Fiona observó cómo Malcolm tomaba un sorbo de la infusión, su expresión relajada pero concentrada, como si estuviera reuniendo valor para decir algo que había estado en su mente.

Finalmente, fue Malcolm quien rompió el silencio, con una voz suave pero cargada de emoción.

—Fiona, hemos pasado por tanto juntos. Has sido mi roca, mi fuerza cuando más lo necesitaba. Y ahora, cuando las tormentas parecen haberse calmado, no puedo imaginar mi vida sin ti.

Fiona lo miró, su corazón latiendo con fuerza al escuchar las palabras que, en su interior, había anhelado oír. Sabía que Malcolm la amaba, pero escuchar esos sentimientos expresados en voz alta le daba un nuevo peso, una nueva realidad a lo que compartían.

—Yo tampoco puedo imaginar mi vida sin ti, Malcolm —respondió Fiona, con la misma sinceridad—. Pero también sé que soy quien soy gracias a la vida que he llevado aquí, en esta cabaña, rodeada de la naturaleza y de las cosas que amo.

Malcolm asintió, comprendiendo el significado profundo de sus palabras. Se acercó un poco más, tomando las manos de Fiona entre las suyas, sus ojos fijos en los de ella.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Fiona —dijo con firmeza—. Quiero que seas mi esposa, que compartamos cada día, cada risa, cada desafío. Pero también sé lo importante que es para ti tu independencia, tu conexión con este lugar. Por eso, no te pido que dejes todo eso atrás. Quiero que sigas siendo quien eres, que sigas viviendo tu vida aquí, si eso es lo que deseas. Pero también quiero que sepas que mi hogar, el castillo, siempre será tu hogar también, si decides compartirlo conmigo.

Fiona sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos, conmovida por la comprensión y el respeto que Malcolm mostraba hacia sus deseos y su necesidad de independencia. Sabía que su vida no sería la misma sin él, pero también sabía que no quería perderse a sí misma en el proceso de unirse a él.

—Malcolm, sí quiero casarme contigo —dijo finalmente, sus palabras suaves pero llenas de determinación—. Quiero que seamos una familia, que construyamos nuestro futuro juntos. Pero también quiero seguir siendo yo misma, seguir cuidando de esta cabaña, seguir enseñando y ayudando a los demás con lo que sé. Y si podemos hacer eso, entonces sé que nuestro amor solo se fortalecerá con el tiempo.

Malcolm sonrió, su corazón aliviado y lleno de amor por la mujer que tenía ante él. Había temido, en algún momento, que Fiona rechazara su propuesta por miedo a perder su independencia, pero escucharla hablar con tanta claridad sobre su deseo de compartir su vida con él, sin renunciar a su esencia, lo llenó de una felicidad inmensa.

—No esperaré menos de ti, Fiona —respondió con una sonrisa—. Y te prometo que siempre te apoyaré en todo lo que decidas hacer. Esta cabaña, este lugar, es parte de lo que eres, y quiero que sigas siendo esa persona que tanto admiro y amo.

Fiona se inclinó hacia Malcolm, y sus labios se encontraron en un beso suave pero lleno de promesas. Era un beso que sellaba su compromiso mutuo, no solo como pareja, sino como individuos que respetaban y valoraban la independencia del otro.

Cuando el beso terminó, Fiona se acurrucó en el pecho de Malcolm, sintiendo su calor y su fuerza envolviéndola. Juntos, miraron el fuego que danzaba en la chimenea, sabiendo que, aunque aún quedaban desafíos por delante, los enfrentarían juntos.

—He estado pensando en cómo podríamos hacer que esto funcione —dijo Malcolm después de un rato, sus dedos acariciando suavemente el cabello de Fiona—. Podríamos pasar parte del tiempo en el castillo y parte aquí. Quizás podríamos construir una pequeña casa de campo cerca del castillo, para cuando necesitemos estar más cerca de la comunidad, pero sin alejarnos demasiado de este lugar que tanto amas.

Fiona levantó la cabeza, sorprendida por la idea. La propuesta de Malcolm le parecía perfecta, un compromiso que les permitiría estar juntos sin renunciar a las cosas que más valoraban.

—Eso suena maravilloso, Malcolm —respondió con una sonrisa—. Me gusta la idea de tener un pie en ambos lugares, de poder ser parte del clan y, al mismo tiempo, mantener mi conexión con la naturaleza. Podemos construir algo nuevo, algo que sea solo nuestro.

Malcolm asintió, satisfecho con la idea de un futuro que no solo respetara su amor, sino también las raíces de Fiona. —Entonces, así lo haremos —dijo con determinación—. Empezaremos a construir nuestra vida juntos, uniendo lo mejor de ambos mundos.

Los días siguientes se llenaron de planes y conversaciones sobre cómo llevarían a cabo su nuevo

proyecto. Decidieron que la construcción de la casa de campo sería el primer paso, y para ello, contaron con la ayuda de algunos hombres del clan que, a pesar de las reservas iniciales, se habían ganado el respeto por Fiona y estaban dispuestos a apoyar su futuro junto a Malcolm.

Mientras supervisaban la construcción, Fiona continuó enseñando a las mujeres del pueblo, fortaleciendo los lazos que había comenzado a tejer. Ahora, más que nunca, se sentía parte del clan, aceptada y respetada no solo por lo que podía ofrecer, sino también por la persona que era.

Malcolm, por su parte, se aseguró de que los lazos entre los miembros del clan se fortalecieran, trabajando codo a codo con su hermano Alasdair para mantener la paz y la prosperidad en las tierras MacLeod. Sabía que su papel como líder implicaba grandes responsabilidades, pero con Fiona a su lado, sentía que podía enfrentar cualquier desafío que surgiera.

Una mañana, cuando la casa de campo estaba casi terminada, Malcolm y Fiona se tomaron un momento para admirar el trabajo que habían realizado juntos. La pequeña casa, construida con piedras y madera de la región, se erguía con orgullo en una colina suave, con vistas al castillo y al vasto paisaje de las Highlands. Era un símbolo de su amor, de su unión, y de la promesa de un futuro juntos.

—Es perfecta —dijo Fiona, tomando la mano de Malcolm mientras contemplaban la casa—. Un nuevo comienzo para nosotros.

Malcolm la miró, su corazón lleno de gratitud y amor. —Sí, lo es. Y no puedo esperar para comenzar esta nueva vida contigo, Fiona.

Esa noche, regresaron a la cabaña de Fiona, sabiendo que, aunque pronto tendrían un nuevo hogar, ese lugar siempre sería especial para ambos. Mientras el fuego crepitaba suavemente en la chimenea, Fiona y Malcolm se acurrucaron juntos, hablando en voz baja sobre los sueños que tenían para el futuro, sobre la familia que esperaban formar y sobre el legado que querían dejar.

El amor que compartían, forjado en las pruebas y fortalecido por la comprensión mutua, era una llama que nunca se apagaría. Y mientras las estrellas brillaban en el cielo sobre las Highlands, Malcolm y Fiona supieron que, sin importar los desafíos que enfrentaran, siempre tendrían un hogar en el corazón del otro.

El futuro se extendía ante ellos, lleno de promesas y posibilidades. Y con cada día que pasaba, Malcolm y Fiona se acercaban más a la vida que habían soñado, una vida construida con amor, respeto y la inquebrantable voluntad de estar juntos, sin importar lo que el destino les deparara.

# Capítulo 23: La Boda del Guerrero y la Hechicera

El castillo MacLeod resplandecía bajo la luz del sol de la tarde, sus muros de piedra antigua decorados con guirnaldas de flores silvestres y ramas de brezo, un símbolo de protección y prosperidad en la cultura celta. El aire estaba cargado de una energía vibrante y expectante, mientras los miembros del clan, junto con los invitados de pueblos cercanos, se reunían en los jardines exteriores para presenciar la unión de Malcolm y Fiona.

Las preparaciones para la boda habían sido intensas, una colaboración entre las tradiciones del clan MacLeod y las antiguas costumbres celtas que Fiona valoraba profundamente. El resultado era una ceremonia que no solo unía a dos personas, sino también dos mundos, entrelazando el pasado y el presente, lo místico y lo terrenal, en un solo y poderoso rito de amor y compromiso.

Fiona, vestida con un sencillo pero elegante vestido de lino blanco, decorado con intrincados bordados celtas, estaba de pie frente a un espejo en la pequeña habitación que le habían asignado en el castillo. Su cabello, suelto y cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, estaba adornado con una corona de flores silvestres y hierbas, un tributo a su conexión con la naturaleza y su papel como curandera.

A su lado, Margaret, la hermana de Alasdair y amiga cercana de Fiona, ajustaba los últimos detalles de su vestido, asegurándose de que todo estuviera perfecto.

—Estás hermosa, Fiona —dijo Margaret con una sonrisa cálida—. Pareces una verdadera reina celta.

Fiona sonrió, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. No podía negar que estaba nerviosa, pero también estaba emocionada, llena de una profunda felicidad que la envolvía por completo.

—Gracias, Margaret —respondió Fiona, su voz suave—. No podría haber hecho todo esto sin ti.

Margaret la miró con afecto y orgullo. —Es un honor estar aquí contigo en este día. Tú y Malcolm merecen toda la felicidad del mundo. Y hoy no solo estamos celebrando vuestra unión, sino también la unión de nuestras tradiciones, de nuestras creencias. Es un día que todos recordaremos.

Fiona asintió, sabiendo cuánta verdad había en las palabras de Margaret. Su boda con Malcolm era más que una simple ceremonia; era un símbolo de reconciliación, de aceptación, de la convergencia de dos mundos que, durante tanto tiempo, habían permanecido separados.

En el gran salón del castillo, Malcolm esperaba nerviosamente, vestido con un kilt tradicional que lucía los colores del clan MacLeod. A su alrededor, los hombres del clan intercambiaban risas y bromas, intentando calmar los nervios del guerrero, que en ese momento parecía más

vulnerable que nunca. Pero a pesar de su aparente ansiedad, Malcolm no podía contener la sonrisa que se dibujaba en su rostro cada vez que pensaba en Fiona, en lo cerca que estaban de empezar su vida juntos.

—Pareces listo para enfrentarte a una batalla, hermano —bromeó Alasdair, dándole una palmada en la espalda—. Pero esta vez, la victoria será la más dulce de todas.

Malcolm rió, su nerviosismo aliviado por la camaradería de su hermano. —Estoy más nervioso ahora que antes de cualquier batalla —admitió Malcolm, sin dejar de sonreír—. Pero no cambiaría esto por nada.

Alasdair lo miró con seriedad, luego asintió. —Fiona es una mujer increíble. Sabía que había algo especial en ella desde el principio. Y hoy, todos verán lo que nosotros ya sabemos: que ella es la compañera perfecta para ti.

Malcolm asintió, sus ojos llenos de determinación y amor. —No hay nada que desee más que pasar el resto de mi vida con ella. Y sé que, juntos, podemos enfrentar cualquier cosa.

La ceremonia se celebró en los jardines exteriores del castillo, bajo un arco de ramas entrelazadas decorado con cintas y flores. Fiona caminó por el sendero que llevaba al altar, cada paso ligero y seguro, mientras los invitados la observaban con admiración y respeto. El sol, que se inclinaba en el cielo, bañaba el lugar con una luz dorada, creando un ambiente casi mágico.

Malcolm la esperaba al final del sendero, sus ojos fijos en ella, incapaz de apartar la vista. Cuando Fiona llegó a su lado, él tomó su mano, sintiendo la suavidad de su piel y el calor de su presencia. No necesitaban palabras para expresar lo que sentían; todo estaba en la mirada que compartían, en la conexión profunda que los unía.

El druida, un anciano sabio conocido por sus conocimientos de las antiguas tradiciones, dirigió la ceremonia. Sus palabras, en gaélico y en inglés, resonaron en el aire, hablando de la importancia del amor, del respeto mutuo, y del compromiso de estar juntos en todas las circunstancias. La ceremonia incluía ritos celtas antiguos, como el "handfasting", donde las manos de Fiona y Malcolm fueron atadas con una cinta de colores, simbolizando la unión de sus vidas y destinos.

—Que el fuego del hogar os mantenga cálidos —dijo el druida mientras anudaba la cinta—. Que el agua os purifique y os refresque. Que la tierra os sustente, y que el viento os llene de fuerza y libertad. Estéis siempre juntos, como lo están los elementos.

Las palabras del druida resonaron en los corazones de todos los presentes, y cuando finalmente pronunció a Malcolm y Fiona como marido y mujer, un rugido de alegría y celebración estalló en la multitud. Malcolm, con una sonrisa que iluminaba su rostro, tomó a Fiona en sus brazos y la besó, sellando su unión con un gesto lleno de amor y pasión.

La celebración continuó con un banquete en el gran salón del castillo, donde las mesas estaban repletas de comida y bebida, y la música resonaba alegremente en el aire. Las danzas tradicionales se mezclaban con canciones celtas, y el ambiente era de pura felicidad. La unión de

Malcolm y Fiona no solo había traído paz a sus corazones, sino también a todo el clan.

Durante la fiesta, Fiona y Malcolm compartieron momentos especiales con los invitados. Fiona fue recibida con calidez por aquellos que alguna vez habían dudado de ella, ahora reconociendo su valor y su lugar en el clan. Margaret, Alasdair, y muchos otros se acercaron a ella con palabras de afecto y respeto, expresando su alegría por la felicidad que había encontrado.

En un momento de tranquilidad, Malcolm y Fiona se retiraron del bullicio de la celebración para caminar juntos por los jardines, ahora iluminados por la luz suave de la luna. El silencio entre ellos no necesitaba ser roto; se entendían perfectamente sin necesidad de palabras.

—¿Estás feliz? —preguntó Malcolm, deteniéndose para mirar a Fiona, sus ojos brillando con amor.

—Más de lo que jamás pensé que podría estar —respondió Fiona, acercándose más a él—. Este día ha sido perfecto, Malcolm. Gracias por respetar mis creencias, por permitirme ser yo misma.

Malcolm acarició su mejilla, su corazón lleno de gratitud y amor por la mujer que había elegido. —No podría haberte pedido que fueras de otra manera, Fiona. Te amo tal como eres, con tus raíces, tu independencia, y tu fuerza. Hoy, hemos unido nuestras vidas, pero no hemos perdido quienes somos.

Fiona lo miró con ternura, sintiendo que cada palabra de Malcolm era una promesa cumplida. Sabía que su vida juntos estaría llena de desafíos, pero también de amor, respeto y crecimiento mutuo.

—Juntos, haremos de este clan un lugar donde todos puedan prosperar, donde las tradiciones antiguas y las nuevas se unan para crear algo más fuerte —dijo Fiona, tomando la mano de Malcolm—. Este es solo el comienzo.

Mientras la noche avanzaba, Fiona y Malcolm volvieron a unirse a la celebración, disfrutando del calor de su gente, de la música, y del amor que los rodeaba. Su boda no solo había sido una ceremonia, sino un símbolo de reconciliación, de unión, y de esperanza para el futuro.

Y así, bajo el cielo estrellado de las Highlands, en un castillo lleno de historia y promesas, el guerrero y la hechicera iniciaron su viaje juntos, dispuestos a enfrentar el mundo con un amor que era tan antiguo como las montañas que los rodeaban, y tan nuevo como el día que acababan de comenzar.

# Epílogo: Un Nuevo Amanecer

El sol apenas comenzaba a asomarse sobre las montañas que rodeaban las Highlands, tiñendo el cielo de suaves tonos rosados y dorados. El aire fresco del amanecer llenaba el bosque de un aroma limpio y revitalizante, mientras el rocío aún brillaba en las hojas y las flores que bordeaban el sendero. El silencio solo era interrumpido por el canto de los pájaros y el susurro del viento a través de los árboles, creando una atmósfera de paz y serenidad que envolvía el entorno.

Fiona caminaba despacio, su mano entrelazada con la de Malcolm, mientras avanzaban por el sendero que conocían tan bien. La cabaña que había sido su hogar durante tantos años se encontraba a poca distancia, un refugio que ahora compartía con el hombre que amaba. A pesar del tiempo que había pasado desde su boda, la sensación de maravilla y gratitud que sentía al caminar junto a él no había disminuido en lo más mínimo.

Malcolm, con la otra mano apoyada en la espalda de Fiona, la miraba con una mezcla de adoración y ternura. En su pecho, un sentimiento de satisfacción profunda y plena lo llenaba de calidez. Aquel hombre fuerte y guerrero, que en un tiempo solo había conocido la batalla y el deber, ahora encontraba su mayor felicidad en la quietud de estos momentos compartidos con Fiona. Habían superado tanto juntos, y ahora, con la llegada de su primer hijo en el horizonte, el futuro parecía más brillante que nunca.

Fiona acarició suavemente su vientre, donde una vida nueva crecía dentro de ella. Sentía una conexión especial con el ser que estaba por llegar, una conexión que la llenaba de esperanza y alegría. La presencia de Malcolm a su lado solo fortalecía esa conexión, recordándole que no estaba sola en este viaje, que juntos enfrentarían cualquier desafío que la vida les presentara.

—¿Estás pensando en él? —preguntó Malcolm en voz baja, rompiendo el silencio del bosque mientras miraba a Fiona con una sonrisa suave.

Fiona asintió, sus ojos brillando con emoción. —Sí, cada día. No puedo evitar imaginar cómo será, qué traerá consigo a nuestras vidas. Siento que ya lo conozco, que de alguna manera ya estamos conectados.

Malcolm sonrió y apretó su mano con suavidad. —Yo también lo siento, Fiona. Y no puedo esperar para conocerlo, para enseñarle todo lo que he aprendido, para ser el padre que siempre he querido ser.

Fiona lo miró, sus ojos llenos de amor y admiración. —Sé que serás un padre maravilloso, Malcolm. Ya lo eres. Y sé que nuestro hijo crecerá rodeado de amor, de fuerza y de sabiduría.

Malcolm inclinó la cabeza y besó suavemente la frente de Fiona, su corazón latiendo con un profundo sentido de propósito. Había sido testigo del coraje y la determinación de Fiona durante

los últimos meses, mientras juntos equilibraban sus vidas entre la cabaña y el castillo. Fiona había continuado enseñando a las mujeres del pueblo, compartiendo sus conocimientos de hierbas y curación, mientras que Malcolm había trabajado incansablemente para fortalecer los lazos dentro del clan, ganándose el respeto de todos.

A medida que continuaban caminando, la cabaña de Fiona apareció entre los árboles, con su techo cubierto de musgo y su jardín de hierbas floreciendo bajo el sol naciente. Malcolm se detuvo un momento, tomando la escena a su alrededor, antes de hablar.

—Este lugar, Fiona... —dijo en voz baja, conmovido—. Es más que una cabaña. Es nuestro refugio, nuestro hogar. Cada vez que estamos aquí, siento que todo está bien, que estamos exactamente donde debemos estar.

Fiona asintió, comprendiendo perfectamente lo que Malcolm quería decir. Para ella, la cabaña había sido su mundo, su santuario, un lugar donde podía ser completamente ella misma. Pero ahora, con Malcolm a su lado, se había convertido en algo aún más especial, un símbolo de su amor y de la vida que estaban construyendo juntos.

—Aquí es donde todo comenzó —respondió Fiona, apretando suavemente la mano de Malcolm—. Aquí es donde encontramos nuestro camino, donde descubrimos que podíamos construir un futuro juntos, sin renunciar a lo que somos.

Malcolm la miró con ternura, sabiendo que cada palabra que Fiona pronunciaba era cierta. Habían encontrado un equilibrio, un espacio donde sus mundos se habían fusionado sin perder su esencia. Y ahora, con la llegada de su hijo, ese equilibrio solo se fortalecería.

—Fiona —dijo Malcolm con voz suave, deteniéndose frente a la puerta de la cabaña y volviéndose hacia ella—, sé que hemos hablado de esto antes, pero quiero que sepas cuánto valoro lo que hemos construido aquí. No solo la cabaña, sino todo lo que representa. Nuestra vida juntos, nuestra familia, nuestra conexión con la tierra y con nuestro clan. Estoy más que dispuesto a seguir dividiendo nuestro tiempo entre aquí y el castillo, porque sé lo importante que es para ti. Y para mí también.

Fiona sintió que las lágrimas amenazaban con desbordar, pero no de tristeza, sino de pura felicidad. Las palabras de Malcolm confirmaban lo que ya sabía en su corazón: que habían encontrado el equilibrio perfecto, uno que respetaba sus creencias y su independencia, al mismo tiempo que honraba el amor y la devoción que compartían.

—Gracias, Malcolm —susurró Fiona, acercándose para abrazarlo con fuerza—. No podría haber soñado con una vida mejor que esta. No podría haber imaginado un compañero más perfecto para compartirla.

Malcolm la sostuvo en sus brazos, sintiendo la fuerza de su amor envolviéndolos a ambos. Sabía que los desafíos seguirían llegando, que la vida no siempre sería fácil, pero también sabía que, mientras estuvieran juntos, podrían superar cualquier cosa.

Después de un momento, se separaron ligeramente, y Malcolm sonrió con picardía mientras miraba a Fiona.

—¿Sabes? —dijo, su tono más ligero—. Creo que nuestro hijo va a tener una infancia muy interesante, con una madre como tú que le enseñará a amar la naturaleza y un padre que lo llevará a correr por las colinas y a entrenar con espadas.

Fiona rió suavemente, imaginando a su hijo creciendo bajo la tutela de ambos, aprendiendo tanto de la tierra como del acero, en un equilibrio perfecto que reflejaba la vida de sus padres.

—Tendrá lo mejor de ambos mundos —respondió Fiona con una sonrisa—. Y con eso, sé que será fuerte, sabio y lleno de amor.

Juntos, entraron en la cabaña, donde el fuego ya ardía suavemente en la chimenea, calentando el aire fresco del amanecer. El interior de la cabaña estaba impregnado de la misma paz y tranquilidad que el bosque exterior, un refugio que había sido testigo de su amor y de su crecimiento.

Malcolm ayudó a Fiona a sentarse en el cómodo sillón cerca del fuego, y luego se arrodilló frente a ella, mirando su vientre con una mezcla de asombro y devoción.

—No puedo esperar para conocerlo —murmuró Malcolm, colocando una mano sobre el vientre de Fiona—. Para sostenerlo en mis brazos, para enseñarle todo lo que sé. Pero sobre todo, para mostrarle cuánto lo amamos ya.

Fiona lo observó, su corazón llenándose de gratitud y amor. Sabía que Malcolm sería un padre increíble, un hombre que cuidaría y protegería a su hijo con la misma dedicación que había demostrado hacia ella.

—Será un niño muy afortunado, Malcolm —dijo Fiona en voz baja—. Porque tendrá un padre que lo guiará con fuerza y sabiduría, y una madre que lo amará incondicionalmente. Juntos, le daremos todo lo que necesita para crecer feliz y fuerte.

Malcolm levantó la vista, sus ojos encontrando los de Fiona. En ese momento, no hubo necesidad de palabras, porque todo estaba dicho en esa mirada compartida, en ese amor que los unía más allá de lo físico, más allá de lo terrenal.

El amanecer avanzaba, y con él, la promesa de un nuevo día, de un futuro lleno de posibilidades y de amor. Mientras se sentaban juntos en la cabaña, el sonido del bosque llenando el aire, Malcolm y Fiona sabían que, sin importar lo que el destino les deparara, lo enfrentarían juntos, como una familia, con un amor que nunca dejaría de crecer.

Y así, bajo la luz dorada del amanecer, el guerrero y la hechicera miraron hacia el futuro con esperanza, seguros de que habían encontrado no solo la paz, sino también el propósito y la felicidad que tanto habían buscado.

# Otras historias de S. K. Wallace

[Puedes encontrar todas mis historias aquí.](#)